

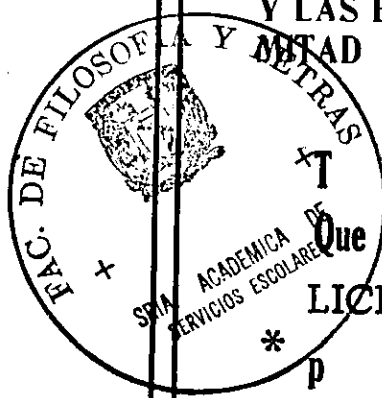
30  
29.



# UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras  
COLEGIO DE HISTORIA

MEXICO VISTO A TRAVES DE VIAJEROS  
EXTRANJEROS EN ASPECTOS RELACIONA-  
DOS CON LA VIVIENDA, LA ALIMENTACION  
Y LAS ENFERMEDADES, EN LA PRIMERA  
MITAD DEL SIGLO XIX.



**E S I S**  
para obtener el título de:  
**LICENCIADO EN HISTORIA**  
p r e s e n t a  
**JORGE PEREZ DE LA MORA**



Director: Dr. Miguel Soto Estrada

México, D. F.



1998

TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN

266709

FACULTAD DE FILOSOFIA  
Y LETRAS  
COLEGIO DE HISTORIA



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**SINODALES**

MTRA. BEATRIZ RUIZ GAYTAN

DR. MIGUEL SOTO ESTRADA

DRA. CRISTINA GOMEZ ALVAREZ

MTRA. ANA ROSA SUAREZ ARGUELLO

MTRA MA. DEL CARMEN DE LUNA MORENO



## DEDICATORIA

A la memoria de mi padre el Sr. Manuel Pérez Merodio quien siempre me apoyó en todos los aspectos, además de ser un buen amigo, y a quien debo los consejos que me han guiado en la vida. A mi madre Lolita, por el cariño y comprensión que siempre ha tenido conmigo y de quien me siento orgulloso de ser su hijo. Desde luego a mi hermana Bertha, quien siempre con su dulzura y comprensión tiene tiempo para escuchar mis experiencias, alegrías y tristezas. A mi hermano Miguel a quien admiro y respeto por su apoyo incondicional en cualquier tarea que emprendo, así como por su orientación y sugerencias. A mi hermano Sergio y su esposa Zoilita por su entusiasmo e interés. A la familia Becerra Uribe y en especial a mi linda hija Gisela Georgina. A mi amada esposa Rosario y a mis hijos Jorge Manuel y Diana y desde luego a Dios nuestro Señor quien ha hecho posible la superación y armonía de todos nosotros.

## AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, máxima casa de estudios del país, que me brindó la oportunidad de realizar mi formación académica y profesionalista en la carrera de historia y en especial a la Facultad de Filosofía y Letras, de la que tengo gratos recuerdos.

Al Dr. Miguel Soto Estrada por aceptar dirigirme el trabajo de tesis, por su dedicación, empeño, comentarios y orientación que hicieron posible la presente tesis. A la Mtra. Beatriz Ruiz Gaytán por sus enseñanzas, apoyo y amistad que me brindó desde el inicio de la carrera. A la Dra. Cristina Gómez Álvarez por su amabilidad, consejo, disposición y sugerencias para mejorar el contenido de esta investigación. A la Dra. Ana Rosa Suárez Argüello por sus observaciones cuidadosas, sugerencias y corrección de estilo de esta disertación y a la Dra. Ma. del Carmen Luna por sus atenciones y revisión del presente estudio.

Al Dr. Lorenzo Ochoa Salas y familia de quien fui alumno en la asignatura de mesoamérica y quien al término de mi carrera me orientó y apoyó para la elección y realización del anteproyecto de la presente obra. Al Dr. Alfredo López Agustín y su esposa Martha por los conocimientos adquiridos en las prácticas escolares de la asignatura de mesoamérica que me permitieron entrar en contacto natural con las raíces de nuestra cultura.

Al Mtro. Eduardo Blanquel Fuentes de quien tengo un gran respeto y admiración como persona y profesor, así como por su manera de transmitir sus conocimientos haciendo que uno se adentre y viva intensamente sobre el tema que desarrolla en clase. Al Mtro. José Manuel Lozano Fuentes por sus clases interesantes sobre introducción a la historia del arte y a cada uno de los maestros de la carrera de historia.

A los Directores del Instituto de Investigaciones Biomédicas Drs. Librado Ortiz Ortiz y Carlos Larralde Rangel, por las facilidades y apoyo brindados para la realización de esta tesis. En especial al Dr. Lino Díaz de León Hernández, jefe y compañero de trabajo además de amigo, quien me acompañó a viajar por cada uno de los caminos de esta investigación una y mil veces, saltando de párrafo en párrafo sin fatiga. A Lucy Tapia Pacheco, compañera de trabajo con quien existe una respetuosa amistad, quien siempre tuvo tiempo e interés de escuchar mi disertación y no solo eso, sino corregirme y presentarme sugerencias positivas, además de apoyarme con la escritura del manuscrito. A la Sra. Violeta Aguilar Rosas por su apoyo en la escritura de este estudio. Al Lic. Erasto Brito Brito, a la Sra. Emma Georgina Santillán Rivera y a la Sra. Ma. Petera Muñoz García, por su apoyo y atenciones en aspectos relacionados con la biblioteca. Al Dr. Jorge Marcuschamer Miller y familia por su preocupación y empeño en mi superación académica.

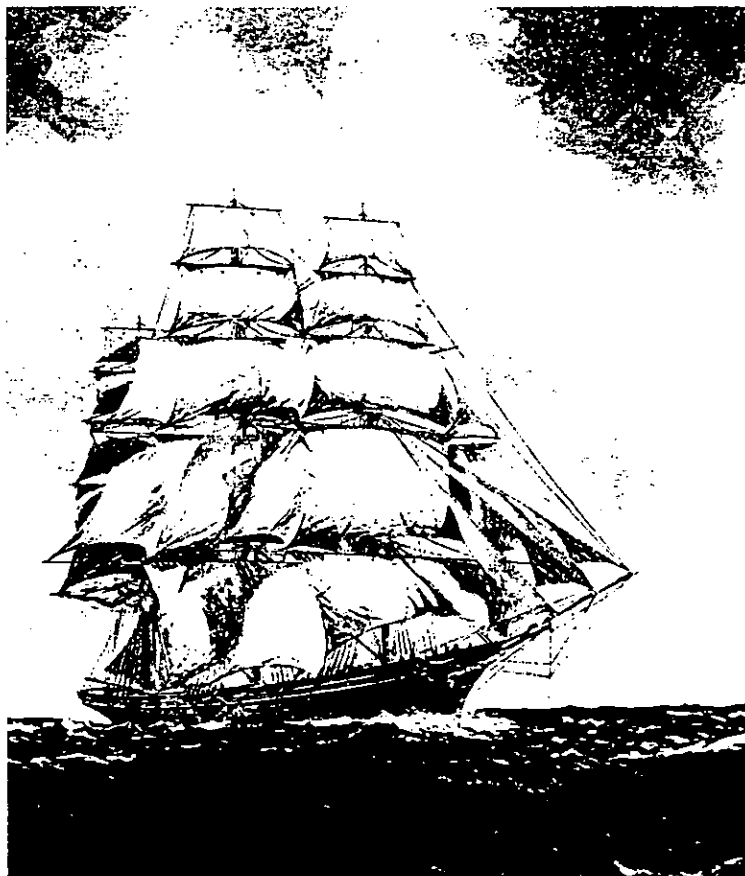
A todos aquellos que a través de su amistad y sugerencias hicieron posible el alcanzar esta meta.

Muchas gracias.

## CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
<i>Prologo</i>	10
<i>Ubicación Histórica</i>	16
<i>Vivienda</i>	97
<i>Alimentación</i>	139
<i>Enfermedades</i>	192
<i>Conclusiones</i>	233
<i>Bibliografía</i>	237





“Habiendo sido designado uno de los comisionados por las compañías Real del Monte y Bolaños, dejé Inglaterra el 8 de enero de 1826 en el bergantin *Perseverance* de la compañía, teniendo bajo mi mando a un grupo numeroso de artesanos destinados a la minas de Real del Monte y Bolaños”

**George Francis Lyon**

## PREFACIO

Yace en el horizonte la estela dejada por barcos de diferentes nacionalidades tales como la corbeta *John Adams*, la embarcación mercante *Rawlings*, la barca *Tennessee*, el vapor *Coatzacoalcos*, el bergantín *Perseverance* y otros más; que vienen cruzando la mar, desafiando los vientos, las tempestades, y esquivando los arrecifes. En estas naves vienen hombres con diferentes intereses pero que coinciden en uno, y éste es el conocer aquellas nuevas tierras que tienen mucho de historia, de leyendas, de fantasías y de mitos. En su larga travesía, no sólo existen momentos de tensión hacia el peligro mismo de la mar, también existen momentos agradables, como lo es el observar la gran variedad de peces, algunos de ellos voladores que se sostienen fuera del agua como si fueran saetas; delfines, ballenas y otros, así como el contemplar el indescriptible espectáculo de la salida y puesta de sol con su diversidad de tonalidades que hacen, que el hombre entre a un mundo de fantasías, meditaciones y llegue a un reencuentro consigo mismo.

Jorge Pérez de la Mora

## PROLOGO

**E**ste trabajo se titula *México visto a través de viajeros extranjeros, en aspectos relacionados con la vivienda, la alimentación y las enfermedades en la primera mitad del siglo XIX.*

En distintas ocasiones se ha analizado el contenido de las apreciaciones de los viajeros desde diferentes puntos de vista: históricos, antropológicos y aun estéticos, ya de los caminos, las costumbres y otros aspectos. Sin embargo, poco se ha dicho acerca de: *¿Cuáles fueron las primeras impresiones de los viajeros extranjeros en aspectos tan importantes como los relacionados con la vivienda, la alimentación y la salud?*

Las experiencias plasmadas en los escritos de los viajeros consultados para el desarrollo de esta obra, nos permitirán conocer la visión y percepción que de los temas a tratar y desde su muy particular punto de vista, les dejó su experiencia y estancia durante su visita a diferentes partes del país. Por otro lado, su opinión nos permite bajo la óptica de otro enfoque cultural y de otra idiosincrasia observar el acontecer cotidiano del México del Siglo XIX y apreciar nuestras cualidades y defectos y aun entender el porqué de algunas de nuestras tradiciones.

¿Por qué vivienda, alimentación y enfermedades?. Estos tres aspectos se encuentran íntimamente ligados entre sí, ya que el tipo de vivienda y alimentación determinan hábitos de higiene y condiciones sanitarias de comunidades en ciudades y poblaciones, las cuales a su vez inciden sobre aspectos de salud y enfermedad. Además, la gran variedad geográfica y climática del país, así como las rutas comerciales existentes en este siglo, fueron factores adicionales que se tomarán en consideración al analizar dichos aspectos durante el periodo que abarca el trabajo de tesis presentado. De tal manera que al término de esta investigación el lector tendrá en forma condensada no solamente información al respecto de los temas abordados, sino también una visión más amplia y objetiva de las costumbres y tradiciones del México en los albores del siglo XIX.

Cabe recordar que la entrada principal hacia México, de personas provenientes de Europa, ha sido por el golfo de México, por lo tanto es mi intención analizar esta problemática en algunas poblaciones costeras como son Tampico, Veracruz, Alvarado, Coatzacoalco y Sisal, así como las poblaciones de la ruta tradicional Veracruz - Ciudad de México.

La primera mitad del siglo XIX es rica en testimonios que dejaron numerosos viajeros que visitaron estas tierras. Considero importante, por tanto, poder rescatar algunas impresiones que tuvieron en su primer contacto con un país, que en muchos aspectos era diferente a otros y que tenía mucho de fábula, gracias a las obras que escribieron los conquistadores y misioneros en relación con la conquista de México desde el siglo XVI, a

las publicaciones de viajeros que visitaron la Nueva España en forma ilícita o bien a las obras de carácter científico que se publicaron antes de la independencia de México.

El objetivo central de este trabajo es obtener a través de diarios, reportes, cartas familiares y otros documentos escritos por algunos viajeros estadounidenses y europeos, que vinieron a la Nueva España o a México (1803-1860), información sobre el tipo de vivienda y materiales utilizados en su construcción; sobre los productos alimenticios básicos y su uso en la elaboración del menú cotidiano de los habitantes de las distintas regiones, así como sus guisos festivos típicos, y por último identificar su opinión acerca de las enfermedades más notorias, así como las medidas terapéuticas. Más que hacer un escueto y frío análisis estadístico de sus opiniones, se ha preferido concederles voz y dejar que el lector interesado conozca sus impresiones y al mismo tiempo disfrute de sus anécdotas.

Los viajeros que se eligieron son de nacionalidades diferentes y los escritos de cada uno de ellos serán la bibliografía básica\*, estos se presentarán en el presente trabajo por orden de aparición siendo estos: Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España; Joel Roberts Poinsett, Notas sobre México; William Bullock, Seis meses de residencia y viajes en México; Henry George Ward, México en 1827; William T. Penny, Zaguán abierto al México republicano 1820-1830; Georges Francis Lyon, Residencia en México, 1826, diario de una gira con estancia en la república mexicana; Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca, La vida en México; John L. Stephens, Viaje a Yucatán y Charles Brasseur, Viaje por el Istmo de Tehuantepec 1859-1860.

---

\* Las referencias completas de las fuentes citadas, se pueden consultar en el apartado de bibliografía al final de este trabajo.

El siglo XIX fue muy complejo y sobre todo en la primera mitad, ya que se presentaron una serie de cambios radicales para México, pasando en una forma vertiginosa de ser una colonia española a un país independiente que fue experimentando diferentes formas de gobierno, esto es, haciendo su primer intento con una monarquía y posteriormente como país republicano. Debido a una serie de guerras continuas México se encontraba con una economía desarticulada y una sociedad dividida.

Su primer intento como monarquía fue encabezado por Agustín de Iturbide. Timothy E. Anna, en su libro El imperio de México, señala que: "Los 18 meses del régimen de Iturbide constituyen uno de los periodos más fascinantes de la historia de México, pues fue cuando los líderes de la nueva sociedad tuvieron que enfrentarse al reto de crear un gobierno y forjar una nación a partir de un vasto territorio que hasta entonces había sido una colonia de España."<sup>(1)</sup> Esta forma de gobierno no alcanzó un año de existencia (18 mayo 1822 - 19 marzo 1823).

Después, ensayó su forma de gobierno bajo una República Federal, que si bien satisfacía a un grupo de individuos otros se veían afectados por lo que propusieron el establecimiento de una República Central. Los que apoyaron a la República Federal, y sobre todo las provincias de oriente (Coahuila, Nuevo León, Nuevo Santander y Texas), manifestaban que, por la extensión y lejanía con respecto a los lugares donde residían las autoridades superiores, era una conveniencia obvia el que sus gobernantes tuvieran un cabal conocimiento de los problemas específicos de la región y que, para aplicar la más pronta y recta administración de justicia, apoyaban este tipo de gobierno. Así mismo, agregaban que "con un sistema similar al de los Estados Unidos, en donde los estados eran libres y soberanos, éstos podían desenvolverse de acuerdo a sus necesidades, recursos locales y

---

<sup>(1)</sup> Timothy E. Anna, El imperio de Iturbide, México. 1991, Ed. Alianza, p. 11

regionales"<sup>(2)</sup>. Los que se inclinaban por la República Central, consideraban que esta forma de gobierno era la más adecuada, porque era la que menos se apartaba de la tradición política del antiguo régimen colonial. Indicaban que "no existían en las provincias los elementos necesarios para que cada estado fuera soberano pues, si era así, todo se volvería disputa y divisiones". Finalmente, sostenían que "un sistema más centralizado en el que el poder del gobierno de la capital fuese supremo y actuase no como fuerza reguladora, sino como un impulso que emanase del centro a la periferia daría una estabilidad al país".<sup>(3)</sup>

Debido a los postulados mencionados, se ensayaron una y otra vez las diferentes formas de gobierno tanto central como federal en un periodo relativamente corto. Lo anterior provocó, en consecuencia, una gran movilidad en los puestos gubernamentales; era también común el que en el ejército los individuos cambiaran de bando, porque resultaban afectados debido a medidas enérgicas y no en pocas ocasiones arbitrarias o porque sus ideales se veían frustrados. Los indígenas, que como suele ser costumbre quedaban al final, resultaron ser los más perjudicados, y con esto no se quiere decir en su economía, ya que muchos solían ser únicamente dueños de su trabajo, sino por una desintegración familiar resultante de las continuas guerras. Una consecuencia lógica fue que las actividades productivas del campo y la ciudad se paralizaran en un porcentaje elevado, ocasionando con ello falta de trabajo, dinero, servicios, alimentos, así como desnutrición, enfermedades y falta de vivienda.

---

<sup>(2)</sup> Michael P. Costloc. La primera república federal, 1824-1835. Un estudio de los partidos políticos en el México independiente. México, 1993, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 492

<sup>(3)</sup> Ibid., p. 19



"Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin  
exceptuar las de los Estados Unidos,  
presenta establecimientos científicos  
tan grandes y sólidos como la  
capital de México".

**Alejandro de Humboldt**



## UBICACION HISTORICA

**A**ALEJANDRO DE HUMBOLDT (1769-1859), de nacionalidad alemana, perteneció a una generación ilustrada; su formación se llevó a cabo en distintas universidades en las que se interesó por tópicos tan diversos como la filosofía, la geografía, las ciencias administrativas-económicas-políticas y otras más, así como también por los idiomas llegando a dominar algunos de ellos. Su preparación e inteligencia lo llevaron a ser un hombre que se preocupaba tanto por las leyes de la física como por la estructura y funcionamiento de las instituciones. Humboldt planteaba que para un desarrollo adecuado éstas últimas deberían estar exentas de presiones u obstáculos que impidieran su desarrollo. Como requisito para esto, consideraba deseable la existencia de un Estado independiente que se sustentara en la libertad, como norma de equilibrio, así como en el respeto a sus obligaciones. Simpatizaba con las primicias o postulados de los partidos liberales cuando éstos sostenían como su finalidad la felicidad y el bienestar para las mayorías. Creía necesario el cambio de un gobierno despótico por uno más justo y racional, que beneficiara a la mayoría de la población y no sólo a unos cuantos y se oponía a un cambio violento y destructor.

Nuestro autor concebía que el Estado fuera el nivelador de todos los intereses y afanes nacionales y el encargado de administrar los bienes nacionales con equidad y justicia, responsable de la educación y salvaguarda de la paz tanto interna como externa. De acuerdo a sus ideas, debería utilizar para su propio beneficio el conocimiento científico-humanístico dentro de un orden natural y armonioso.

En su viaje a América, Humboldt visitó el Virreinato de la Nueva Andalucía (Venezuela), Nueva Granada (Colombia), el Reino de Quito, la Nueva España y los Estados Unidos. El 23 de febrero de 1803 se internó en la Nueva España por el puerto de Acapulco,

e inició su recorrido hacia la capital del país, por el conocido como Camino del Asia. Al llegar a la Ciudad de México se entrevistó con el virrey Iturrigaray, quien gobernó a la Nueva España de 1803 a 1808 y le dio acceso a los archivos coloniales. Durante su estancia en la capital novohispana visitó los establecimientos o centros culturales más importantes. En el Seminario de Minería se entrevistó con el director, Fausto Elhuyar, de nacionalidad española aunque de origen alemán, quien había cursado sus estudios superiores en varios países de Europa, y como investigador realizó el análisis químico del Wolframio y encontró un nuevo metal al que dio el nombre de Tungsteno. Debido a su experiencia y conocimientos, permaneció al frente del Colegio de Minería del 13 de septiembre de 1788 al 22 de octubre de 1821. En la misma institución, Humboldt conoció también a Andrés del Río, descubridor del Vanadio, quien llegó a la Nueva España en 1794 e impartió el primer curso sobre mineralogía. Posteriormente, a instancias del director, fue nombrado catedrático del Colegio de Minería.

En el Jardín Botánico, entabló relaciones con Martín de Sesse y Lacosta, médico de profesión, quien llegó comisionado a la Nueva España por la Corona Española. Como director de aquella institución, organizó una expedición que tenía la misión de estudiar y recolectar la mayor cantidad posible de flora, para lo cual realizó largos y extensos recorridos por el país, obteniendo un sinnúmero de plantas que fueron clasificadas y estudiadas a su regreso a la Ciudad de México. En 1804, Sesse volvió a España llevando consigo un extenso cargamento de materiales, así como de escritos preparados para la imprenta. Estos escritos se conservan en el Jardín Botánico de Madrid y dentro de ellos cabe destacar Flora mexicana y Plantas de la Nueva España. Otro personaje que Humboldt conoció en dicha institución fue Vicente Cervantes, profesor de Botánica en la Universidad de México y, junto con Sesse, fundador del Jardín Botánico, trabajó en la clasificación de la flora mexicana, haciendo más de mil descripciones de nuevos géneros y especies. Entre sus

obras son dignas de mención: Sobre un árbol llamado de las Manitas y Sobre un árbol de la Nueva España llamado Ule.

Durante su estancia en la Nueva España, realizó también algunas salidas fuera de la capital, sobre todo a lugares mineros como Pachuca y Guanajuato. En Morelia conoció al canónigo Manuel Abad y Queipo, el cual, junto con otros sacerdotes promovió una transformación de la mentalidad de su diócesis, que abarcó la introducción de la filosofía moderna y el consiguiente rechazo de la escolástica. Favoreció la creación de colegios y seminarios, dotados de nuevos programas de estudio y de la importación y difusión del liberalismo español en materia social. Así mismo, hizo una presentación explícita de las regiones que mantenían a las castas e indios en situación degradante y explicó los problemas económicos y sociales que frenaban el desarrollo de la colonia. Este sacerdote luchó por mejorar la deplorable situación de los indígenas y proporcionarles un status libre, así como por la necesidad de dividir las tierras comunales y permitir la mezcla y el contacto entre diferentes etnias para asegurar su incorporación al progreso. El 8 de octubre de 1810 publicó un edicto en el que señaló estar en total desacuerdo con el movimiento del cura Miguel Hidalgo y Costilla, ya que éste perturbaba al gobierno y alteraba el orden público, al incitar a la insurrección a la masa general del pueblo. Agregaba que Hidalgo persuadía a los indios de ser los legítimos dueños de las tierras, de las cuales los despojaron los españoles por conquista y de utilizar el mismo medio para su recuperación.<sup>(4)</sup>

Humboldt compartía las ideas ilustradas con el canónigo Abad y Queipo, quien, al igual que nuestro viajero, apoyaba el postulado de "felicidad y bienes para los más" al considerar que no deberían de existir esas diferencias de clases que marcaban a una sociedad y limitaban a los individuos al sancionarlos mediante leyes injustas que les impedían realizarse como hombres independientes y seres pensantes.

<sup>(4)</sup> Julio Zárate, México a través de los siglos. México, Ed. Publicaciones Herrerías S.A., T.III, p. 756

En el mes de marzo de 1808 comenzaron a aparecer en París las primeras entregas del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, que el librero Schoell ponía a disposición del público lector en formato grande (4o.) en dos volúmenes (XXV y XXVI) y un Atlas aparte en folio con 20 mapas. Estos volúmenes corresponden a la edición del Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente. Simultáneamente a esta edición en 4° del Ensayo, imprimía Schoell otra en 8° terminada en 1811, en cinco tomos y sin incluir el Atlas. La obra aparecía en un momento oportuno; la burguesía europea y norteamericana encontraba en el Ensayo el medio que necesitaba para orientar las inversiones y establecer sus inmediatas y futuras esferas de influencia económica, política y cultural. Los cinco volúmenes de Humboldt satisfacían por el momento el ansia de saber de los lectores y sobre todo el afán de ver ratificados sus propios juicios y prejuicios ancestrales frente al mundo novohispano. La primera edición en español se publicó en 1822 en cuatro volúmenes por la casa Rosa de París, con traducción de D. Vicente González Arnao. En 1966 Editorial Porrúa la publicó dentro de la colección "Sepan Cuántos...", con un estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, que es la obra que se consultó para el presente trabajo.

En la misma obra, Humboldt señaló las fallas y deficiencias en la administración imperial hispánica, fundamentalmente en relación a las violaciones políticas, sociales y económicas; criticó la burocracia paralizante y parasitaria, así como la dificultad de la metrópoli para gobernar grandes extensiones de tierra, como las de este virreinato. Denotó el atraso y la mala administración de la minería y se opuso al monopolio que ejercían los comerciantes de Cádiz, Filipinas y algunos dueños de tierras que controlaban ciertos productos agrícolas. El libro fue todo un éxito, no sólo en los círculos culturales sino también en los económicos, ya que por su estructura e información daba a conocer varios aspectos desconocidos.

Es indudable que su presencia en los círculos culturales mexicanos fue de gran beneficio, por sus amplios conocimientos en diversas disciplinas y por su técnica de sistematizar la información y analizarla. Cabe señalar que su labor fue enriquecida por las facilidades que se le brindaron y por el contacto con hombres cultos y estudiantes interesados en participar en su proyecto, los que durante los seminarios de revisión y discusión del material recopilado le permitieron conformar los capítulos del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, que si bien se debe a Alejandro de Humboldt fue también resultado de la ardua y comprometida participación de profesores y alumnos de la Nueva España.

Después de una estancia de aproximadamente un año, el día 7 de marzo de 1804 abordó en Veracruz la fragata *La O* con rumbo a los Estados Unidos.

Años después, en México se inició el proceso de independencia contra la Corona Española, llevándose a cabo la insurrección popular iniciada el 16 de septiembre de 1810 por el padre Hidalgo en el territorio novohispano. El carácter popular del movimiento, así como su desarrollo violento hizo que muchos criollos cambiarán de bando, unos se pasaron al bando realista, otros se mantuvieron como espectadores y algunos participaron en el grupo de los "guadalupes". Por su parte Hidalgo continuaba emitiendo decretos como el de la abolición de la esclavitud y otros. Sin embargo, después de varios enfrentamientos de los que no salió bien librado se dirigió hacia el norte del país, en donde fue aprehendido y después fusilado en Chihuahua el 30 de julio de 1811. A pesar de este lamentable suceso en distintas regiones continuaban los movimientos insurgentes y al mismo tiempo trataban de situarlos dentro de un marco político y jurídico que se vio reflejado en el Congreso de Chilpancingo en 1813, en el cual en acta solemne se proclamó la independencia de México, señalando que se constituiría en una república y libre de la monarquía española. El Congreso

se dio a la tarea de redactar la constitución, la cual fue promulgada en octubre de 1814 y que tuvo como fuente de inspiración la Constitución Española (de Cádiz) de 1812. Entre sus postulados declaró: como única la religión católica; señaló que la soberanía residía en el pueblo a través de sus representantes que se dividían en tres poderes; se establecía la igualdad, seguridad y libertad de todos los ciudadanos y se depositaba el mando de las tropas en el Congreso. Sin embargo, los realistas se fortalecieron e infligieron una serie de derrotas a los insurgentes. Para 1817 la insurgencia se reducía a los grupos comandados por Guadalupe Victoria en Veracruz <sup>(5)</sup> y Vicente Guerrero <sup>(6)</sup> en las montañas del sur, de tal manera que el movimiento independentista había sido prácticamente liquidado.

Cabe recordar que en España, durante la ausencia del Rey Fernando VII, en el año de 1812 se aprobó la Constitución de Cádiz, misma que tenía un carácter liberal, como la libertad de imprenta. Al regresar Fernando VII, *el Deseado*, quien encarnaba para sus súbditos un símbolo muy importante pero a la vez era una personalidad desconocida, la mayoría en las Cortes estaban seguras de que el rey tenía que aceptar el nuevo orden; por lo tanto, decretaron que sólo después de haber jurado obediencia a la Constitución en Madrid, el rey sería reconocido como soberano legítimo de España. Sin embargo, al enterarse que gran parte del ejército regular y numerosos tradicionalistas, así como la burocracia y cerca de 67 diputados lo apoyaban, Fernando VII se decidió y el 4 de mayo de 1814 abolió las Cortes y todo lo que en ellas se había legislado, esto es, la Constitución. El pueblo mantuvo su fe en él; desconocía su traición en Francia, mucho menos pensaba que se convertiría en un déspota. Todo lo que sabía era que había soportado seis años de sacrificios enormes en su nombre. Si estaba en contra de las Cortes debería tener buenas razones para ello y no se cuestionaría.

(5) (Originario de Durango en donde estudió en el Seminario de esa ciudad, posteriormente en 1811 ingresó al Colegio de San Idelfonso en la Ciudad de México).

(6) (Originario de Tixtla (ahora Estado de Guerrero), de familia campesina pobre, era mestizo con fuerte porcentaje de sangre negra. Se dedicaba a las actividades agrícolas y a la arriería).

El Rey Fernando VII no sólo contaba con una camarilla de amigos que restaba autoridad a sus ministros oficiales, sino que también estaba ampliamente asociado con elementos de pésima reputación. Los peninsulares que habían luchado contra los franceses a lo largo de seis años quedaron desalentados al ver que el rey reinstalaba al alto clero, a la nobleza, a la antigua burocracia y al ejército de carrera en el poder. De este modo, el monarca recompensó a quienes no supieron defender a España de los franceses. Las provincias de España empezaron a darse cuenta de que la Constitución les había permitido un mayor control local que cualquier gobierno anterior y los españoles de las ciudades llegaron a considerar que el absolutismo había fracasado y era urgente y necesario regresar al gobierno constitucional. Después de una serie de inconformidades el pueblo español levantó la bandera de rebelión y varias ciudades restablecieron sus gobiernos constitucionales. El 7 de marzo de 1820, el monarca fue obligado a jurar la Constitución de Cádiz.

Mientras tanto en la Nueva España, un grupo de la élite llegó a la conclusión de que era necesario establecer una monarquía constitucional limitada pero distinta a la de Cádiz. Sus miembros se reunían en diversos lugares para hablar acerca del futuro del país; uno de los sitios más notables era el salón de María Ignacia Rodríguez Velasco, conocida como la Güera Rodríguez, en la Ciudad de México.

Estas ideas fueron madurando, al punto que, en el templo de la Profesa, se formalizó un nuevo plan para cuya ejecución se consideró indispensable contar con un hombre que fuese valiente, activo, enérgico y emprendedor. Lorenzo de Zavala se pregunta extrañado: "Quién podría haber pensado jamás que el oficial mexicano que había derramado más sangre de sus ciudadanos para sostener la dependencia y esclavitud de su patria, fuese el

destinado para ponerse a la cabeza de un gran movimiento que destruyese el poder de los españoles para siempre".<sup>(7)</sup>

Indica más adelante que don Agustín de Iturbide contaba con fortaleza física y gran valor, además de tener experiencia en campañas militares. Así, Agustín de Iturbide fue nombrado Comandante del Sur para acabar con el insurgente Vicente Guerrero. Después de una serie de enfrentamientos de los que no salió bien librado el primero, convenció al jefe sureño de unir sus fuerzas para lograr la independencia bajo un plan que se llamó de Iguala, el cual buscaba un compromiso para conciliar los intereses de los diversos grupos coloniales. En éste, se garantizaba la religión católica, los fueros del clero y el sistema monárquico. El trono se reservaba a Fernando VII u otro miembro de la casa reinante. Guerrero lo apoyó y pronto se extendió la independencia por todo el virreinato. El 3 de agosto de 1821 llegó a Veracruz Juan de O' Donojú, jefe político superior de la Nueva España, designado por las Cortes Españolas para ocupar el cargo de virrey. Después de una serie de pláticas, y reunido con Iturbide, firmó el Tratado de Córdoba en el que se reconoció la independencia de México, pero se reservó el trono a la corona de España. El 27 de septiembre de 1821, el ejército de las tres garantías (religión, unión e independencia) entró triunfante a la Ciudad de México, encabezado por Agustín de Iturbide, quien tenía la secreta aspiración de convertirse en emperador.

**JOEL ROBERTS POINSETT** (1779-1851), de nacionalidad estadounidense, partió para el viejo mundo en 1796. Ingresó entonces en la Universidad de Edimburgo, donde realizó estudios de medicina. Sin embargo, debido a su frágil salud dejó las aulas y se dirigió a Portugal y a España. Después de unos meses se trasladó a Inglaterra, e interesado en la

<sup>(7)</sup> Lorenzo de Zavala, Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830, México, 1991, Ed. Secretaría de la Reforma Agraria, p.73





"Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin  
exceptuar las de los Estados Unidos,  
presenta establecimientos científicos  
tan grandes y sólidos como la  
capital de México".

**Alejandro de Humboldt**

carrera de las armas, contrató a un profesor para que lo instruyera sobre el arte de la fortificación, el manejo del sable, las matemáticas y otras disciplinas de la época. En el año de 1800 regresó a su país, en donde en vista de la oposición de su padre a que continuara con la carrera de las armas, inició el estudio de las leyes. Dada su inquietud e interés por los viajes, abandonó sus estudios para marcharse nuevamente a Europa en busca de aventuras en Francia, Suiza e Italia. A la vuelta de algunos años regresó a su país para recibir una herencia. En el año de 1806, decidió volver a Europa y conocer otros países tales como Suecia, Finlandia y Rusia, siendo presentado ante el zar Alejandro en San Petersburgo. En este país visitó varios lugares de interés y después de un recorrido por una fábrica de telares, señaló la necesidad de mejorar la producción, indicando que para lograr dicho fin se requería de maquinaria moderna y desde luego, de manufactura estadounidense, obteniendo un pedido para su país.

Durante su estancia en los distintos países que visitó, además de interesarse por conocer infinidad de lugares, le llamaron la atención aspectos relacionados con la política y la economía, obteniendo gracias a su sentido de observación una gran experiencia sobre la situación europea. En 1810 Poinsett regresó a su país. Según Eduardo Enrique Ríos, en el prólogo de Notas sobre México, en ese momento “era el americano mejor informado sobre política europea”.<sup>(8)</sup> Su permanencia en París le dio la oportunidad de conocer los propósitos de Inglaterra y Francia con respecto a las posesiones españolas en América, por lo que su regreso resultó de gran interés para su gobierno; en Estados Unidos se vislumbraba una expansión comercial dentro de las colonias españolas y quería tener la delantera para formalizar los tratos comerciales que otras naciones poderosas del Viejo Mundo también deseaban. Debido a lo anterior, Poinsett fue nombrado por el Departamento de Estado, agente comercial en Buenos Aires, teniendo como encargo señalar las ventajas que pudieran desprenderse de un tratado comercial con esa región. Visitó Brasil con propósitos similares.

<sup>(8)</sup> Joel R. Poinsett, Notas sobre México, México, 1950, Ed. Jus, p.12

En Chile se relacionó con personajes de importancia y participó en su política con objeto de conocer más de cerca los planes locales inmediatos y futuros; sin embargo, debido a su participación en las luchas independentistas, tuvo que regresar a los Estados Unidos. A pesar de su precaria salud, llama la atención su entusiasmo e interés por los viajes, que además de la aventura que representa conocer otros países, costumbres y paisajes, le permitió obtener un conocimiento más amplio y objetivo en aspectos relacionados con la política y la economía internacional. Es posible que los cambios climáticos en las regiones visitadas mejoraran su estado de salud.

Las experiencias obtenidas al visitar Sudamérica y Europa lo convirtieron en un personaje *sui generis* y en el emisario ideal para ser enviado a México y conocer cuales eran los planes y la política del imperio encabezado por Agustín de Iturbide, coronado el 21 de julio de 1822, así como investigar de qué manera podía obtener para los Estados Unidos los mejores convenios o tratados comerciales. El emperador se encontraba atendiendo y resolviendo diferentes asuntos; uno de ellos fue el organizar la petición de los títulos que habían de darse a la nueva familia real, ya que era necesario crear una corte en virtud que ésta no existía. El Congreso resolvió que la monarquía mexicana fuera constitucional y hereditaria, reconociendo a Iturbide como tronco de la dinastía. Se declararon príncipes al padre, hijos y hermanos del emperador. Se debían nombrar para la casa imperial ayudantes, chambelanes, mayordomos, caballeros, limosneros, capellanes, confesores, pajes, ayos de los príncipes, damas de honor y otros más. Como comprendió que, debido a la situación económica que atravesaba el imperio, no se podían crear tantos empleos, Iturbide solicitó al Congreso "que a nada de ello se proveyese en atención a la pobreza del país". Lo que sí se realizó fue la emisión de monedas en su honor, en las que se grabó el busto del emperador por el lado anverso con el lema *Augustinus des providenta* y en el reverso el águila coronada y en la circunferencia *Mexici primus imperator constitutionalis*.

A pesar de encontrarse la monarquía formalmente constituida, ésta recibía los honores correspondientes entre muchas críticas. El historiador Lucas Alamán menciona: "que pocos meses antes habían tenido a Iturbide por su compañero o subalterno; la clase alta y mediana de la sociedad, que había visto a su familia como inferior o igual, no consideraban tan repentina elevación sino como un golpe teatral y no podían acostumbrarse a pronunciar sin risa los títulos de príncipes y princesas".<sup>(9)</sup> El propio Poinsett al hacer una visita al príncipe de la Unión, padre del emperador, menciona "Fuimos presentados a su Alteza Imperial, hija suya, mujer buena y sencilla, que llevaba un vestido de percal, con rayas oscuras. Apenas pude aguantar la sonrisa cuando le di el tratamiento de (Vuestra Alteza) correspondiente a su rango. Estas gentes no se pueden imaginar cuán ridícula aparece a los ojos de un republicano, la representación de esta realeza".<sup>(10)</sup>

Otras de las dificultades que el imperio enfrentaba eran las fricciones que existían entre Iturbide y el Congreso, ya que el primero se ostentaba como soberano mientras que la asamblea legislativa reclamaba como propia la soberanía nacional y se oponía a que el nuevo monarca tuviera el derecho de vetar leyes constitucionales o decretos relativos a imposiciones fiscales. Pero las dificultades del gobierno iturbidista no sólo eran de índole política sino también financiera.

En este sentido, el principal punto de fricción fue el ejército el cual constituía un enorme cuerpo (35,000 soldados regulares y 30, 000 milicianos), que absorbía casi todo el presupuesto del erario. Además, tenía que cubrir el pago correspondiente a las promociones que otorgó el propio Iturbide a los soldados que habían participado activamente en el Ejército Trigarante y que representaba una cantidad considerable. El Congreso intentó reducir los activos y separar los mandos militares de los civiles. Sin embargo, Iturbide

<sup>(9)</sup> Citado en Juan de Dios Arias, México a través de los siglos, México, Ed. Publicaciones Herrerías S.A., T.IV, p. 87

<sup>(10)</sup> Joel R. Poinsett. Op. cit. p. 127

entendía que los militares eran su principal fuente de votos. Nunca hubo, bajo el imperio o después, ingresos adecuados para apoyar estas demandas.<sup>(11)</sup>

Para mediados del año de 1822, el Imperio de Agustín de Iturbide sufrió una fuerte crisis financiera causada por los envíos de dinero a la metrópoli en años anteriores, por la destrucción de las minas y haciendas en la lucha civil y a la reducción de impuestos y alcabalas. A esto se añadía la fuga de capitales causada por la emigración de españoles y el descenso del comercio exterior. Para hacer frente a la situación, el gobierno prohibió la salida de capitales del país y tuvo que recurrir a contribuciones y a préstamos forzosos, lo cual causó un gran descontento entre los comerciantes y propietarios.

En el ínterin, el 19 de octubre de 1822, Poinsett desembarcó en el puerto de Veracruz y se entrevistó con el general Antonio López de Santa Anna, quien había logrado la capitulación de la fortaleza de Perote y la expulsión de los realistas de la Ciudad de Veracruz, confinándolos en el Castillo de San Juan de Ulúa. Lucas Alamán refiere que en “seis meses Santa Anna recorrió la escala militar desde teniente hasta la alta graduación de Brigadier que el propio emperador le confirió”.<sup>(12)</sup>

Poinsett describió a Santa Anna como un hombre de 30 años de edad, de complexión delgada pero simétrica, con una fisonomía muy inteligente y expresiva, en la que sin embargo se percibía el cansancio y los efectos de un clima malsano. Así mismo, lo catalogó como un hombre cortés y cordial. Por su lado, Santa Anna, quien desempeñaba el cargo de gobernador de Veracruz, lo invitó a cenar y al término de la reunión le proporcionó una escolta para que lo protegiera de los salteadores de caminos, que eran muy abundantes y lo

---

(11) Timothy E. Anna, *Op. cit.*, p. 56

(12) Citado en Juan de Dios Arias, *Op. cit.*, T.IV, p. 24

condujera al interior del país. En Xalapa, el estadounidense se entrevistó y fue agasajado por el general José Antonio de Echavarrí, capitán general de las provincias de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

En esas fechas, las relaciones entre el emperador y el Congreso eran de mucha fricción por el arresto de varios diputados, entre ellos de Carlos María de Bustamante y Fray Servando Teresa de Mier, acusados de participar en un plan revolucionario cuyo objeto era el de proclamar una república. Otra de las fricciones con el emperador era la conformación del Parlamento, argumentando que había estados o provincias que tenían mayor número de representantes que el que requería su población, a lo que los diputados señalaban que en caso de ser conveniente una reforma de la legislatura, esta acción no debería emanar del poder ejecutivo sino de la Asamblea. Además, el emperador manifestaba la necesidad de crear un reglamento de policía y tribunales militares a lo que se negó rotundamente el Parlamento. Ante estas actitudes, Iturbide citó a varios diputados y generales a una reunión en su casa, con la finalidad de manifestarles la conveniencia de suprimir el Congreso, señalando:

No puedo dejar que la nación se precipite en la anarquía en las manos de hombres que por falta de experiencia unos, otros con mala intención se han propuesto un sistema de oposición a la marcha que ha adoptado mi administración privándome de los medios de hacer el bien. Cerca de 8 meses lleva el Congreso de sesiones, y no solamente no ha dado un solo paso para formar la Constitución del imperio [...] ni una ley sobre Hacienda y sobre el ejército; todo el tiempo lo ha ocupado en discusiones que tenían por objeto humillarme, desconceptuarme y presentarme ante la nación como un tirano.<sup>(13)</sup>

---

<sup>(13)</sup> Citado en Lorenzo de Zavala, Umbral de la independencia, México, 1949. Ed. Empresas Editoriales, p. 184

Por instrucciones del emperador Iturbide, el 31 de octubre de 1822 el general Luis Cortázar se presentó a las doce del día ante el Congreso y leyó el decreto que contenía en cuatro líneas la disolución del mismo y la entrega de los archivos. Los diputados se retiraron llenos de terror ante la posibilidad de ser insultados o atropellados por el gobierno. El presidente del Congreso nada expresó, ni tuvo energía para poner en discusión varias proposiciones que se le presentaron. En sus memorias, Iturbide dice: "que [el general Cortázar] después de haber cerrado las puertas del Congreso, le presentó las llaves del edificio lleno de la mayor satisfacción".<sup>(14)</sup>

Al llegar a la Ciudad de México, Poinsett se encontró con la noticia de que el emperador Agustín de Iturbide había disuelto el Congreso ese día, por lo que se trasladó al Convento de Santo Domingo, lugar en el que se encontraban los diputados partidarios de la república y recién arrestados, para enterarse de primera mano sobre cuales eran sus planes, ideales o postulados y qué tipo de gobierno deseaban. Entre las personas con las que ahí se entrevistó se destacaban José María Fagoaga,<sup>(15)</sup> José Joaquín de Herrera<sup>(16)</sup> y Francisco Manuel Sánchez de Tagle.<sup>(17)</sup>

Al recorrer la ciudad, Poinsett visitó los centros científicos, así como la Casa del Apartado, la Casa de Moneda, la Catedral, de la que quedó fascinado al grado de compararla con las de Europa y admiró la estatua de Carlos IV en el centro de la plaza principal. En estos lugares trataba de localizar lo que había leído en la Historia antigua del padre Clavijero, en las Cartas de relación del conquistador Hernán Cortés o en el Ensayo

<sup>(14)</sup> Citado Ibid., p. 189

<sup>(15)</sup> De origen español, quien formó parte de las Cortes de Censura en México, fue Regidor del Ayuntamiento de México en 1812, formó parte de la Junta Provincial Gubernativa y finalmente fue diputado en 1822.

<sup>(16)</sup> Originario de Xalapa, de profesión militar y futuro presidente de la república.

<sup>(17)</sup> Un financiero hábil

político de Alejandro de Humboldt, obra que viajaba con él a todas partes. Consideró a La gaceta imperial como una lectura obligada para estar al día en los acontecimientos más relevantes del imperio.

La publicación de Notas sobre México se dio a la luz en Filadelfia en el año de 1824 y se reimprimió en Londres en 1825. Editorial Jus publicó la obra en español en el año de 1950, con traducción de Pablo Martínez del Campo y prólogo de Eduardo Enrique Ríos, que es la obra que se consultó, indicando éste último que Poinsett fue presentado al emperador Iturbide con quien platicó por espacio de media hora, sugiriéndole intercambiar impresiones con Juan Francisco Azcárate,<sup>(18)</sup> el cual percibió a través de sus conversaciones que el propósito de los Estados Unidos era absorber toda la provincia de Texas y parte del Reino de Nuevo León y de Coahuila, Sonora, California Baja y Alta, así como Nuevo México. Al solicitar Azcárate a Poinsett sus credenciales como representante de su gobierno, éste le manifestó: "no vengo con carácter oficial. Soy un viajero que manifiesta francamente sus opiniones". Agrega Enrique Ríos que el sondeo ya estaba hecho. México respetaría en todo momento el tratado de límites establecido en 1819.<sup>(19)</sup> Vale la pena señalar que dicho tratado fue elaborado por el Ministro español en Washington, Luis de Onís, y el Secretario de Estado de los Estados Unidos, John Quincy Adams, por lo cual se le conoce como el tratado Onís-Adams, y en el que se estipulaba que los límites entre las dos naciones partían de la desembocadura del río Sabina en el golfo de México, seguían su curso hasta el paralelo 32, para subir en recta hasta el río Rojo y tomaban su curso hasta el meridiano 100 para subir en recta hasta el río Arkansas y con éste, al cruzar el paralelo 42 que servía de línea divisoria hasta el océano Pacífico, con lo cual México conservaría las provincias antes mencionadas y tratándose del caso en particular, Texas.

(18) De profesión abogado, desempeñó cargos como fiscal, vicepresidente de la Academia Teórico-Práctica de Jurisprudencia y regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México. Iturbide lo llamó a formar parte de la Soberana Junta Provincial Gubernativa, con ese carácter firmó el Acta de independencia en septiembre de 1821.

(19) Joel R. Poinsett, Op. cit., p. 21



Al dejar la Ciudad de México, Poinsett visitó algunos poblados como Tula, San Juan del Río, Querétaro, Guanajuato, en donde conoció la mina de la Valenciana, San Luis Potosí, Altamira, Pueblo Viejo y finalmente Tampico, en donde abordó una corbeta de matrícula estadounidense para retornar a su país el 24 de diciembre de 1822.

**WILLIAM BULLOCK**, de nacionalidad inglesa, respondió al afán aventurero de conocer otros lugares, recorriendo el sur de Europa. En Italia y España adquirió una cultura artística, la cual agregada a sus conocimientos sobre botánica, mineralogía y zoología y a sus notables habilidades como taxidermista (disecador), lo hicieron un individuo particular. Prestó sus servicios como empleado en una joyería, fue también apasionado coleccionista y como tal tuvo la oportunidad de participar en el montaje y exposición de un museo en Liverpool, Inglaterra, donde publicó un catálogo descriptivo sobre obras de arte, armaduras, objetos antiguos, animales disecados y muchas otras curiosidades. Posteriormente presentó otra exposición en Picadilly, Londres. El éxito de ésta última fue tal que pronto se vio rodeado de un grupo de negociantes ingleses, quienes sobrantes de efectivo no pensaban sino en invertirlo en Hispano América y particularmente en la Nueva España. El libro de Humboldt les había puesto al descubierto este territorio, que les atrajo por sus tentadoras posibilidades sobre fáciles y fabulosos negocios mineros, que parecían estar tan sólo esperando el arribo de unos activos y diestros inversionistas para que se reanudase la corriente de plata que hasta entonces había estado en manos de la monopolista España.

Bullock emprendió su viaje hacia México patrocinado por estos comerciantes. Llegó el 2 de marzo de 1823 a Veracruz, dos semanas antes de que Agustín de Iturbide abdicara ante el Congreso. Las primeras noticias que recibió antes de desembarcar fue que la ciudad estaba tomada por los republicanos bajo el mando de los generales Santa Anna y Guadalupe



"Presentó en el Salón Egipcio londinense  
dos exposiciones mexicanistas:  
El México Antiguo y el  
México Moderno"

**William Bullock**

Victoria, y la guarnición del fuerte continuaba fiel a la corona española, resistiendo el asedio del emperador de México.

Desembarcado en Veracruz, Bullock solicitó entrevistarse con el general Santa Anna para informarle que el motivo de su visita era únicamente el deseo de adquirir información científica; por lo cual el jefe militar no tuvo inconveniente para que se internara en el país, proporcionándole un pasaporte y manifestándole que, en oposición a la política de España, los republicanos deseaban que Europa y particularmente Inglaterra estuvieran más familiarizados con México.

Una vez instalado en la Ciudad de México, al igual que los viajeros anteriores Bullock se dedicó a visitar la ciudad y en especial algunos centros culturales como la Escuela de Minas, la Academia de las Bellas Artes, el Jardín Botánico, la Casa de Moneda y otros.

De la Escuela de Minas<sup>(20)</sup> menciona que "tal vez no es igualada, en cuanto a extensión y belleza arquitectónica por algo similar en Europa", pero al mismo tiempo lamenta "que hubiera sido construida en un sitio donde el suelo es de fondo pantanoso, provocando que sus elegantes columnas estuvieran perdiendo verticalidad y haciendo que sus arquivadas se separaran en todas direcciones lo que provocaría al pasar del tiempo el desplomamiento del mismo". Afortunadamente este edificio al igual que otros han sido reparados en varias ocasiones, constituyendo en la actualidad ejemplos vivos que reflejan nuestra historia.

---

<sup>(20)</sup> Obra de Manuel Tolsá, comenzada el 22 de marzo de 1797 y terminada el 3 de abril de 1813, costó \$1444 299.00 de estilo neoclásico, piedra de chiluca y cantera de color gris. William Bullock, Seis meses de residencia y viajes en México. México, 1983, Ed. Banco de México, p. 118

Encontró cerrada la Academia de San Carlos como resultado de los efectos de la guerra, indicando que veinte años de guerra civil e insurrección habían producido un cambio deplorable en el estado de las artes, agregando que ningún pintor paisajista o arquitectural quedaba en esta gran ciudad.

Visitó el Jardín Botánico cuya visita recomendó ya que, de acuerdo con él, "sus jardines le brindaban al forastero un placentero refugio contra el sol de medio día y para el botánico y admirador de las obras de la naturaleza una amplia colección de árboles de manzanas, peras, duraznos, membrillos, aguacates, zapotes y otros más, así como la presencia del árbol de las manitas, llamado así por sus flores en forma de manitas".<sup>(21)</sup> De este establecimiento llevó consigo reproducciones de frutas, especies de cactus, semillas y otros.

Recorrió la Casa de Moneda en compañía de varios caballeros alemanes y estadounidenses y en ella se les explicó el proceso de la preparación de la plata, la acuñación de la moneda y algunos otros aspectos. Al despedirse y tratar de gratificar al guía del establecimiento, éste rechazó recibir remuneración alguna por su trabajo cosa que sorprendió a Bullock y a sus acompañantes, así como de que la atención, cortesía e información fueran gratuitos.

Este viajero visitó además catedrales, iglesias y conventos mexicanos, que criticó por sus "inauditas" riquezas y tesoros. Viajó a Teotihuacan a conocer las pirámides del Sol y de la Luna, en Cholula admiró las ruinas y en Texcoco visitó el baño de Moctezuma, por citar sólo algunas de sus excursiones. En México consultó obras como la del conquistador

<sup>(21)</sup> *Cheirostemon platanifolium*. Da una hermosa flor roja, cuyo centro tiene forma de una mano con los dedos un poco doblados hacia adentro. Henry George Ward, *México en 1827*, México, 1989, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 449

Bernal Díaz del Castillo y del abate Francisco Javier Clavijero, indicando que no tenía la menor duda de lo que en ellas se decía en relación a ciudades, templos y esculturas prehispánicas, ya que él mismo lo comprobó y además, surgió en él un gran interés por estos temas.

Así mismo, atacó a escritores recientes como William Robertson, por sus comentarios en relación a las ciudades prehispánicas de México; Bullock señaló que si estos escritores conocieran en forma personal algunas de las ciudades, podrían comprender y corregir sus opiniones respecto al nivel cultural que habían alcanzado estos pueblos. Ejemplo de ello es cuando el propio Bullock habla sobre el [Calendario Azteca] que era conocido como el reloj de Moctezuma, indicando que éste era objeto de investigación por la perfección de su ejecución, así como de su concepción y que un trabajo igual difícilmente podría ser ejecutado aún en los países más ilustrados de Europa.

William Robertson pertenecía a la generación de la ilustración inglesa, la cual mostró un profundo interés por las empresas imperiales, los viajes, las exploraciones así como por las oportunidades mercantiles y financieras. La obra que criticó se titula Historia de América, la cual abarca el periodo hispánico comprendido entre la década última del siglo XV y el siglo XVI. Consta de ocho libros, los cuales abordan temas como la navegación y el comercio, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, la conquista de españoles del siglo XVI en América, el estado de civilización alcanzado por los mexicanos y peruanos y el sistema colonial entre algunos. La obra se propone, por una parte, describir y demostrar ante los ojos contemporáneos de otros países, el estado social y político de los pueblos indígenas americanos menos civilizados. Por otra, orientar y mostrar a los europeos las oportunidades que existían para dar inicio a una serie de planes de inversión y desarrollo comercial e industrial. Robertson no consideró válidas las conquistas y hazañas de los españoles e incluso calificó de exageradas las crónicas que hablaban de ellas. Al estado de civilización

alcanzado por los pueblos prehispánicos le dio la denominación de salvaje y a los indígenas los calificó de apáticos, melancólicos, incapaces de realizar algún esfuerzo o de realizar elementos de abstracción, indolentes, insubordinados frente a todo sistema de autoridad, además de ser apasionados por los juegos de azar, la danza, la música, la bebida, poco productivos de sus tierras, etcétera.

Bullock, interesado por temas prehispánicos, obtuvo de Lucas Alamán, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores e Interiores, permiso para copiar en el Palacio de Minería una colección de dibujos sobre antigüedades. Al clero solicitó anuencia para remover la piedra de los sacrificios (piedra Tizoc) que estaba enterrada en el atrio de la catedral, con el objeto de tomarle un molde completo. Valiéndose de Andrés del Río, quien como recordamos era profesor de mineralogía, solicitó a las autoridades universitarias su autorización para desenterrar la piedra de la Coatlicue, representación de una de las más famosas deidades mexicanas, que había sido sepultada bajo uno de los corredores del claustro de la Universidad, para también tomarle un molde. Debido a su interés e inquietud, compró un mapa de la Ciudad de México-Tenochtitlan que había sido mandado hacer por Moctezuma para Cortés, que Humboldt había buscado inútilmente y se creía desaparecido desde hacía más de 100 años, a consecuencia del incendio del Palacio de Cortés. Sin embargo, la suerte estuvo en favor de Bullock y el mapa por desgracia fue llevado a Inglaterra. En este mapa se puede admirar la traza de la ciudad y comprobar que su extensión era mayor que la correspondiente a la capital colonial que se edificó sobre sus escombros.<sup>(22)</sup>

<sup>(22)</sup> Sección V, índice de mapas: Plano antiguo y Plano de México moderno, William Bullock, *Op. cit.*, p. 273

Si bien Bullock había manifestado al general Santa Anna que su objetivo era únicamente científico y se dedicó a este tipo de actividades por un interés muy personal, la verdadera razón de su visita era la de explorar la posibilidad de un intercambio comercial.

El compendio de Bullock Seis meses de residencia y viajes en México, se publicó en Inglaterra en 1825. El Banco de México editó el libro en español en 1983 con traducción de García Bosque de Avalos y un estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina, que es la obra que se consultó. En ella señala, el autor que escribe, lo que había observado y que el interés no sólo era suyo, sino también de comerciantes ingleses por la creciente importancia que estaba cobrando México para la Gran Bretaña. Agrega que su libro fue fruto de un diario, en el que narra sus experiencias de manera objetiva del acontecer de México, que por varios siglos estuvo cerrado de información al exterior por la celosa vigilancia de la vieja España.

Ya desde el camino hacia la capital, su mente especulativa empezó a trabajar y, así, al llegar al tramo de carretera que había sido construido por el Consulado Mexicano y los comerciantes, comentó que este esfuerzo debería de continuar, pues "si los ingleses llegaran a establecer lazos comerciales con las minas de México, como sinceramente era de esperarse, este camino sería de gran importancia". Ya que su país contaba con conocimientos sobre este tipo de trabajos, consideraba que la obra se podría ejecutar con empresas inglesas, agregando que "recompensaría ampliamente el gasto, facilitando el transporte de maquinaria pesada de hierro forjado y de máquinas de vapor para las minas".

El tema de los yacimientos fue central para la mayoría de los viajeros; Bullock al respecto resalta tres aspectos: en el primero indica que las minas de plata de México habían producido más riqueza que las de cualquier otra parte del mundo y que sus poseedores habían amasado grandes fortunas; en el segundo señala que con nuevos capitales extranjeros

y maquinaria moderna se podría reanudar la extracción de metales y en el tercero que la prosperidad de México dependerá siempre de la extracción minera. En relación a la primera afirmación de Bullock, se refería con probabilidad a Pedro Romero de Terreros, quien por su fortuna y servicios a la Corona Española, obtuvo el título de conde de la Regla, por el cual regaló al Rey de España Carlos III dos buques de guerra y prestó a la corte de Madrid \$1 000 000.00 que por cierto nunca le fueron pagados.<sup>(23)</sup> Por lo que corresponde a la segunda afirmación, esto sí fue posible en algunos centros mineros; sin embargo, en otros no fue factible, por la dificultad de transportar la maquinaria a sitios de acceso difícil, ya que la maniobra se realizaba a lomo de mula implicando tiempo y costo considerables, además también se debía trasladar el combustible desde lugares lejanos, a la escasez del azogue y alto precio de éste cuando lo había. Finalmente su tercera y última afirmación es que algunos empresarios mineros sí lograron verse favorecidos en sus ganancias, sin embargo, un número considerable de ellos tuvo experiencias poco halagadoras y otros terminaron en bancarrota. El propio Bullock, promovió la inversión de capitales ingleses en México, arrendó una mina en el poblado de Temascaltepec, de la que nunca obtuvo ganancias, solo pérdidas y endeudamiento, por lo que tuvo que buscar otras opciones en los productos coloniales como el añil, cacao, vainilla, olivos y otros.

Robert W. Randall en su libro Real del Monte una empresa minera británica en México, indica que "hablar de minería en aquel período de la historia de México es hablar de la plata, pues de los demás metales únicamente el oro, era buscado con la misma pasión". Los metales comunes, tales como el plomo, el cobre y el zinc, que hoy en día forman la base de la explotación mexicana, no atraían casi ningún interés. Señala que "el barón de Humboldt después de una visita a la Nueva España en la primera década del siglo XIX

<sup>(23)</sup> R. W. Randall, Real del Monte: una empresa minera británica en México, México, 1986, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 26



indica que fue la plata, que no es intrínsecamente tan valiosa como el oro, la que formó la mayor parte de la enorme riqueza en metales que fluyó de la colonia hacia la metrópoli".<sup>(24)</sup>

Por otra parte, Bullock recomendó realizar un estudio de aquellas mercancías que pudieran ser introducidas en México, entre ellas algunas poco comunes, tales como: parrillas, tenazas, rejillas y cuchillos. Otras opciones de inversión que indicó fueron: la producción de papel, ya que éste se importaba, la cuchillería y la ferretería, la introducción de la sierra que no se conocía y que en su opinión sería de gran utilidad en los aserraderos, la relojería que era inexistente, la loza aunque se fabricaba en todo el país, no competía pues predominaba el gusto inglés por la de color azul y blanca, las muselinas y los calicós, así como la confección de chales y medias de algodón. Señaló que era necesario iniciar la fabricación del hierro fundido, tan útil y necesario y casi desconocido en México, la elaboración de municiones ya que las existentes eran malas; introducir la cerveza inglesa, que tenía gran demanda y se vendía cara, llegando en ocasiones a valer cuatro o cinco dólares la botella. Indicó que la empresa cervecera estaban a punto de establecerse, ya que en el país se producía cebada fina y esta bebida podría desplazar al pulque. Consideró también que la presencia de un oculista sería benéfica para un país donde las enfermedades oculares eran tan comunes y abundaban los ciegos.

No cabe duda que Bullock vio en México una potencialidad para la fabricación o colocación de mercancías del Viejo Mundo. Por ejemplo, las cocinas de las casas le parecieron muy rústicas y anticuadas, ya que éstas únicamente contaban con braseros, comales de barro y algo de loza rústica. Consideró que había que modernizarlas, introduciendo parrillas, tenazas, rejillas, cuchillos y otros enseres. Sin embargo, no bastaba con sustituir los más anticuados, sino que le parecía más importante enseñar a las personas sus beneficios. Algo que le llamó la atención, como a la mayoría de los viajeros, fue la

---

<sup>(24)</sup> *Ibid.*, p. 15

ausencia de cubiertos de mesa, y esto no era por desconocimiento, sino por la costumbre generalizada de usarlos poco. Con la importación de herramienta adecuada y poco usual como la sierra y otras, los obreros se verían beneficiados al facilitarles el trabajo, realizando sus labores o tareas en menos tiempo. La fabricación del hierro fundido en México haría que el costo de la maquinaria, refacciones u otros menesteres disminuyera y en consecuencia aliviase en parte la economía del país.

Estas son sólo algunas de las opiniones de Bullock en cuanto a proyectos de inversión, pero desde luego resaltó que esto sólo sería posible si la Gran Bretaña reconociera la independencia de México y considerase que, sus inversiones, reguladas por tratados comerciales, harían retornar la prosperidad que hicieron famosa a la Nueva España en otra época.

Bullock no hace referencia a los hechos históricos que ocurrieron durante su estancia en México; sin embargo, hay que recordar que llegó dos semanas antes de que abdicara el emperador Agustín de Iturbide, quien había disuelto el Congreso, ocasionando con ello el aglutinamiento de todos los opositores del régimen que entonces empezaron a actuar fuera de la capital. Un ejemplo de ello fue el general Santa Anna, quien junto con otros jefes militares formularon el Plan de Casa Mata, en el que se decía que la Asamblea Legislativa era el único baluarte de la libertad civil, se pedía su reinstalación y declaraba que no se atentaría contra la persona del emperador. Así mismo, dicho documento exigía convocar a elecciones para un nuevo Congreso. Iturbide trató de resolver la situación reinstalando al Congreso que él mismo había disuelto y como es de suponer, desde la primera sesión de este nuevo periodo el Congreso se manifestó en abierta oposición al emperador por lo que este decidió abdicar el 20 de marzo del mismo año. Días después fue desterrado, abandonando México con rumbo a Liorna, Italia.

Después de una estancia de seis meses, Bullock se embarcó el 31 de agosto de 1823 rumbo a la Gran Bretaña, en donde presentó dos exposiciones llamadas el México antiguo y el México moderno en el salón Egipcio de Picadilly (1824). En la primera presentó una breve historia del imperio azteca y la conquista española, reproducciones del Calendario Azteca, la Piedra Tizoc, la Pirámide del Sol, códices, pinturas prehispánicas en piel, tela y amate. En la segunda, expuso una panorámica de la ciudad y valle de México, plantas, animales disecados e insectos, así como un jacal indio de tamaño natural con un indígena que llevó como muestra para darle más realismo. La exhibición fue toda una novedad y es justo reconocer que Bullock fue un admirador y amante de la cultura prehispánica tanto como sus esfuerzos en la recolección de infinidad de materiales no fueron en vano.

**HENRY GEORGE WARD**, de nacionalidad inglesa, fue nombrado por su gobierno para formar parte de una Comisión especial que tenía por objeto indagar la situación política de México y al mismo tiempo explorar las posibilidades de establecer relaciones comerciales. Esta comisión estaba integrada por los señores Lionel Hervey, Carlos O'Gorman y nuestro viajero en turno. Así, el 11 de diciembre de 1823, los tres desembarcaron en la isla de los Sacrificios, en las inmediaciones del puerto de Veracruz, debido a las hostilidades que aún se mantenían entre la Ciudad de Veracruz y el Castillo de San Juan de Ulúa, que era el último reducto español del que se aspiraba lograr su capitulación.

Al día siguiente Ward y sus colegas tuvieron una entrevista con el general Guadalupe Victoria, que ocupaba el cargo de gobernador de la provincia y comandante del ejército mexicano, quien en ese momento concentraba su atención en el Castillo de San Juan de Ulúa. Después de una larga conversación, éste último los invitó a un salón en el que se habían reunido un grupo de oficiales, con la finalidad de felicitarlo por motivo de su santo y

día consagrado a la patrona de México, la Virgen de Guadalupe, en donde disfrutaron de la música de una banda, brindis y vivas en honor del festejado, así como de Inglaterra.

La comisión inglesa inició su viaje hacia la capital del país, llegando a la puerta de Guadalupe el 31 de diciembre, allí fue recibida por Lucas Alamán, el Ministro de Relaciones Exteriores, quien le dio la bienvenida y proporcionó la gran carroza, que había sido de Iturbide, para su uso personal, misma que los condujo al centro de la Ciudad de México.

Después de haber sostenido pláticas con hombres involucrados en la política nacional, Ward menciona que, a pesar de que la contienda con España ya se había decidido y que los disturbios surgidos a consecuencia de la política de Iturbide habían concluido con su abdicación, la forma de gobierno aun no se determinaba; las provincias se habían reunido y manifestaban su repudio contra el yugo centralista, por lo cual prevalecían grandes diferencias de opinión respecto a la conveniencia de substituir su autoridad por una república Central o Federal.<sup>(25)</sup> Un tema de relevancia lo fue la inexistencia del Poder Ejecutivo, en virtud del desconocimiento de Iturbide; los diputados optaron entonces por crear un nuevo órgano de autoridad, al que se dio el nombre de Supremo Poder Ejecutivo, el cual estaría integrado por tres personas y se encargaría de gobernar al país en tanto que se definieran constitucionalmente los órganos permanentes del gobierno. Las personas comisionadas para integrar dicho cuerpo fueron los generales Pedro Celestino Negrete, Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo. Ward agrega que, dado que los titulares debían trasladarse a diferentes partes del país, quedaron los suplentes al frente: el general Vicente Guerrero, José Mariano de Michelena y José Miguel Domínguez.

---

<sup>(25)</sup> Ward, *Op. cit.*, p. 452

Por su parte, el Consejo que se había convocado para elaborar una constitución ajustada al Plan de Iguala y a los Tratados de Córdoba, consideró que no era procedente continuar sesionando debido a los acontecimientos recientes. Así, resolvió disolverse no sin antes elaborar y publicar una convocatoria para que la ciudadanía volviera a elegir representantes. Una vez realizados los comicios en todo el país, el nuevo Congreso quedó constituido el 7 de noviembre de 1823. Después de trabajar, el Congreso anunció que aprobaba el Acta Constitutiva de la Federación del nuevo gobierno (31 enero de 1824), señalando en el artículo sexto que sus partes integrantes eran estados independientes, libres y soberanos en su administración y gobierno interior.

Para entonces los diferentes ideólogos, consideraron que no bastaba contar con un órgano representativo de la voluntad popular, como era el Congreso, sino que se necesitaba que toda la estructura del Estado favoreciera esa participación. Algunos, de la talla de Miguel Ramos Arizpe, ex-diputado enviado a las Cortes en España, quien dirigía el grupo federalista, escribía sus postulados en el periódico El águila mexicana. También había un grupo centralista dirigido por Lucas Alamán y Carlos María Bustamante, quienes temían forzar la naturaleza de la nación con un cambio drástico y consideraban a la República Central como el paso natural y necesario, los cuales publicaban sus escritos en el periódico El sol.

Una vez que la Comisión inglesa se enteró de la situación que prevalecía en México, de cual era su política hacia el exterior, así como conocer a las familias más importantes y acaudaladas de la Ciudad de México, inició su regreso a la Gran Bretaña, partiendo del puerto de Veracruz el 5 de febrero de 1824.

Sin embargo, como se verá en su momento, Ward regresó a México y como resultado de su estancia de trabajo publicó un libro en el que aborda ampliamente el aspecto de la minería y otros temas.

**WILLIAM T. PENNY**, de nacionalidad inglesa, escritor y comerciante acomodado, vino a México a probar fortuna a la edad de 40 años. Tenía un trato jovial, así como aficiones para bailar contradanzas y utilizar frases hechas en francés, lo que le permitió tener una buena acogida en un grupo de la sociedad mexicana. La mayor parte de sus experiencias e impresiones durante su estancia en México quedaron plasmadas en el intercambio epistolar sostenido con familiares y amigos. El ejemplar de estas cartas fue publicado en inglés por la editorial Longman and Company en Londres en 1828, como anónimo en una serie de Cartas familiares, o bosquejo de las costumbres y de la sociedad mexicana, el cual fue identificado hace ya algunos años por el erudito bibliógrafo Juan B Iguinis como T. Penny. La UNAM publicó en español en 1987 el libro Zaguán abierto al México republicano 1820-1830, con traducción de Juan A. Ortega y Medina, antecediéndole una semblanza de viajeros ingleses que dejaron constancia de su paso por estas tierras y datos biográficos del propio Penny, que es la obra que se consultó.

Su arribo al país fue por el puerto de Alvarado el 14 de mayo de 1824. Las tropas españolas realistas aún ocupaban el Castillo de San Juan de Ulúa, mientras en la Ciudad de Veracruz estaba desplegada la bandera independiente y los cañones apuntaban hacia el castillo. A pesar de encontrar la localidad llena de escombros y con casas acribilladas, Penny se adaptó rápidamente y continuó su recorrido hacia Xalapa, entrevistándose en repetidas ocasiones con el general Guadalupe Victoria, quien, como ya se dijo fungía como jefe militar de esa provincia y recibía con placer a los extranjeros. Penny lo describe, atribuyéndole una edad de 36 años (tenía 38), y "de talla mediana y tez morena, con espesas y oscuras

patillas, cejas pobladas y frente sombreada con largo y grueso cabello negro formando un rostro extremadamente agrío y hosco; mas sin embargo, sus ojos tenían una expresión de generosidad". Nuestro viandante encontró al general Victoria interesado en los asuntos políticos de Inglaterra y Francia, ansioso de obtener toda clase de información. Después de algunas entrevistas le proporcionó una escolta para protegerlo del bandolero Vicente Gómez<sup>1</sup>, que asolaba los caminos con sus secuaces. Al llegar a Puebla, como buen comerciante que era, se interesó en las manufacturas que se elaboraban, indicando que la rama principal era el algodón, el cual se hilaba y tejía en un resistente calicó. El vidrio y alfarería seguían en importancia, así como la confección de sombreros de arrieros e indios y la manufactura del cuero. En la Ciudad de México le impresionaron las ventas que realizaban los locatarios del Parián, quienes eran hombres de gran capital, generalmente viejos españoles acostumbrados a comerciar bajo el antiguo sistema del monopolio, que les ofrecía grandes ganancias. Además de la venta local, tenían agentes que vendían las mercancías en otras ciudades o provincias, logrando con esto tener un control absoluto de la compra-venta. Sin embargo, Penny consideraba en ese entonces que con la existencia del nuevo sistema de libre comercio, los españoles se verían afectados, debido a la llegada de extranjeros que podrían ofrecer sus mercancías a menor precio y evitaría el intermediarismo. Esto llevado a la práctica no resultó favorable, ya que el envío de dinero a Londres para la compra de mercancía, significaba un costo de el 10% y las letras de cambio no eran aceptadas fácilmente, lo que dificultó la compra de mercancías en los países de origen y su venta en México.

Posteriormente realizó un viaje al norte del país, en especial a la zona central y noroeste, estableciéndose en la Ciudad de Guadalajara como negociante, en donde encontró muchos obstáculos por parte de los locatarios. A pesar de ese rechazo abrió un negocio de ropa y al poco tiempo lo tuvo que cerrar debido a fuertes pérdidas. De tal manera que su

<sup>1</sup> Viejo luchador insurgente de la sierra norte de Puebla, en 1817 obtuvo el indulto.

estancia por estos lugares como vendedor no fue nada exitosa; sin embargo, otro tipo de experiencias recompensaron tan largo viaje, como fue el conocer nuevas poblaciones y diferentes paisajes del país.

Estando Penny en Guadalajara, se anunció la solemne proclamación y juramento del pacto federal bajo el nombre de Constitución de los Estados Unidos Mexicanos. Así, el 4 de octubre de 1824 fue declarado día de fiesta nacional y seis días después hizo su juramento como presidente de la República Mexicana el general Guadalupe Victoria. Juan de Dios Arias señala que "el presidente [Victoria] se encontraba, en las más prósperas circunstancias: la república gozaba de sosiego y la esperanza de un feliz porvenir lisonjaba los ánimos de todos; su autoridad estaba por todas partes reconocida".<sup>(26)</sup>

Una de las actividades comunes de los extranjeros en México, y principalmente en la Ciudad de México, era visitar las casas de las personas más importantes; así, tuvo la oportunidad de conocer la de Pedro Romero de Terreros, conde de Regla, entre otras. Asistió a una de las fiestas más famosas, la de San Agustín de las Cuevas, en donde se reunían las familias acomodadas a jugar fuertes cantidades de dinero en residencias particulares en donde las damas lucían sus mejores vestidos y joyas, cambiando de ajuar tres a cuatro veces al día, según la ocasión. Otros asistían a las tradicionales peleas de gallos en donde se apostaba dinero. Quienes tenían menos pretensiones se reunían en los puestos de mercaderías a comer o a tomar algún refrigerio, otros más asistían a misa, en fin todo formaba parte de la fiesta.

Por su parte, el Congreso trabajaba con diligencia realizando importantes tareas como sentar las bases para el reglamento de la Suprema Corte de Justicia; extinguir los

<sup>(26)</sup> Juan de Dios Arias. *Op. cit.*, T.IV, p. 123



títulos nobiliarios de conde y de marqués, y reglamentar los trabajos para la sección de Hacienda de la Contaduría Mayor. El Congreso hizo la solemne declaración de:

no admitir proposición alguna de España ni de otra potencia en su nombre, sin estar fundada en el reconocimiento absoluto de la independencia y de la forma de gobierno establecida, no accediéndose jamás a demanda alguna de indemnización, tributo o exacción, que pudiera entablar el gobierno español o cualquier otro en su nombre por la pérdida de su antigua supremacía sobre estos países, sancionándose dicha disposición con la pena capital que se impondría al individuo o individuos sujetos a las leyes de la República Mexicana que propusieran o promoviesen, de palabra o por escrito, pública o secretamente, así en lo interior como en lo exterior de la federación.<sup>(27)</sup>

Estas, como otras disposiciones, acreditaban el celo del Congreso y su afán de atender las necesidades públicas.

Finalmente Penny decidió regresar a su país, por lo que inició su viaje hacia el puerto de Veracruz. Al pasar por la Ciudad de Puebla llegó a visitar a José Domingo Couto, con quien había hecho amistad en la Ciudad de México, el cual le presentó al general Mariano Barbosa quien fue comisionado en Veracruz para llevar a cabo el asalto del Castillo de San Juan de Ulúa. Considero conveniente recordar que los esfuerzos del gobierno provisional estaban fuertemente dirigidos a terminar con el último reducto español en la fortaleza del Castillo de San Juan de Ulúa. Para esto se tenían noticias de que iban en camino unos buques españoles para apoyar a dicha guarnición. Penny señala que el general Barbosa le relató que el gobierno había mandado a José Ignacio Esteva, Secretario de Hacienda a Veracruz, con el propósito de negociar la posible capitulación del castillo. El propio Juan de Dios Arias, en el libro México a través de los siglos, asienta que: "Esteva no era militar ni

<sup>(27)</sup> *Ibid.*, T.IV, p. 138

hombre de conocimientos, pero tenía mucha habilidad y relaciones con las personas de más influencia en aquellos puntos".<sup>(28)</sup> Sin embargo, el general brigadier José Coppinger, capitán del castillo, siguió fiel a su bandera, por lo que el Secretario de Hacienda decidió organizar la flota mexicana con la fragata *Libertad* de 44 cañones, las corbetas *Victoria*, *Bravo* y *Constancia*, cuatro goletas y varias cañoneras, para que se pusieran a la vela el día crítico en que se avistase la armada española. A principios de noviembre de 1825, arribó la escuadra compuesta por dos fragatas y dos transportes, la cual no se atrevió a atacar a los mexicanos. Agrega Juan de Dios Arias que:

don Pedro Sáinz de Baranda, Comandante de la escuadrilla de la República Mexicana, dirigió con actividad sus buques sobre los del enemigo. Todos los buques mercantes, las lanchas cañoneras y los que había comprado el señor Mariano Michelena en Londres sirvieron en esta vez. La escuadra española no quiso empeñar un combate a vista de la superioridad numérica de la mexicana y su comandante juzgó sin duda más prudente regresar a La Habana, aumentar sus fuerzas y volver al ataque.

Más adelante, Penny dice que el general Barbosa le comentó que, posiblemente y como parte de la estrategia, una corbeta inglesa salió del puerto y se dirigió hacia los españoles sin izar su insignia. Así, después de tres días de merodear, la flota española decidió alejarse del puerto. Agrega nuestro autor que el general Miguel Barragán, comandante general de Veracruz, envió invitaciones para llevar a cabo un baile en el Castillo de San Juan de Ulúa, en donde se reanudaron las pláticas para la capitulación. Coppinger, por su parte, no daba respuesta con el fin de ganar tiempo hasta que los españoles regresaran con más fuerzas. El general Barragán se percató de dicha estrategia y le puso un

<sup>(28)</sup> *Ibid.*, T.IV, p. 138

*ultimátum*, por lo cual a Coppinger no le quedó más alternativa que llevar a cabo la rendición de la plaza.

La capitulación del Castillo de San Juan de Ulúa se verificó el 18 de noviembre de 1825. El coronel Antonio Guille, la firmó por parte del gobierno de los Estados Unidos Mexicanos. La guarnición fue conducida a La Habana en buques nacionales con sus armas y los soldados enfermos fueron atendidos en los hospitales de Veracruz.<sup>(29)</sup> Finalmente, asienta Juan de Dios Arias, "los oficiales mexicanos Ciriaco Vázquez y Mariano Barbosa fueron enviados a La Habana en calidad de rehenes para cumplimiento de las mutuas estipulaciones y otros dos oficiales españoles permanecieron en Veracruz".

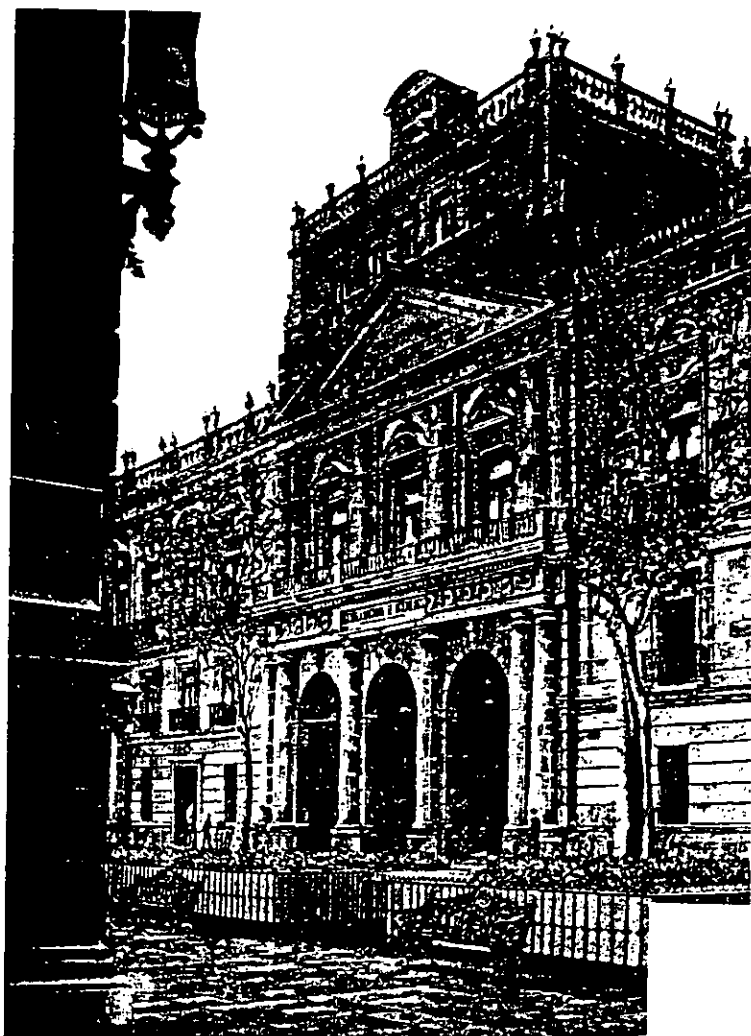
La desocupación de Ulúa por los españoles fue una noticia de sumo agrado para el gobierno inglés, por lo que de inmediato envió instrucciones a sus agentes diplomáticos en México para formalizar el tratado de amistad y comercio, que traería como consecuencia la llegada de compañías inglesas para explotar en México el ramo de la minería.

Así, después de una serie de experiencias en este México pintoresco, el 20 de marzo de 1826, Penny zarpó de Veracruz con rumbo a otras tierras.

**HENRY GEORGE WARD.** En diciembre de 1824 fue nuevamente comisionado por su país para realizar un tratado comercial con México. Así, el 8 de enero de 1825 salió de

---

<sup>(29)</sup> *Ibid.*, T.IV, p. 139



“El colegio de Minas es igualmente un magnífico, edificio cuyo diseño hace honor al gusto del arquitecto (el célebre Tolsá)”

Henry George Ward

Londres rumbo a México y arribó el 11 de marzo del mismo año al puerto de Veracruz, siendo recibido él, su esposa y su comitiva por el general Manuel E. Rincón, quien le informó que el general Guadalupe Victoria había sido llamado para asumir la presidencia del país.

La estancia de Ward coincidió con la del comerciante Penny y del capitán Lyon. Los tres fueron testigos del inicio de la aplicación de la Constitución de 1824, la cual contenía la división en tres poderes, depositaba el poder Ejecutivo en un presidente y vicepresidente, con duración de cuatro años; el poder Legislativo estaba a cargo de diputados y senadores; finalmente el poder Judicial descansaba en una Suprema Corte de Justicia. Dicha Constitución establecía la libertad de imprenta, pero restringía la de cultos, siendo la religión católica la oficial del Estado mexicano. Con base en ellas el general Guadalupe Victoria inició su mandato el 10 de octubre de 1824, teniendo como vicepresidente al general Nicolás Bravo. Su objetivo fundamental fue mantener la paz mediante el equilibrio político, nombrando colaboradores a individuos de diferentes tendencias. A lo largo de su mandato, el poder del grupo español y la amenaza de la reconquista fueron factores de agitación. A pesar del entusiasmo que causó la reciente rendición del Castillo de San Juan de Ulúa, no se disipó el temor a una próxima expedición punitiva de España.

En Xalapa, Ward y su comitiva fueron alojados en la hacienda del general Santa Anna, en donde el general Barragán les dio la bienvenida. Al otro día se ofreció una comida en honor a tan distinguidos visitantes, con la presencia de las autoridades civiles, militares y personajes más importantes de dicha población. Luego se trasladaron a la Ciudad de Puebla en donde fueron recibidos por el gobernador José María Calderón, quien los recibió en su casa; en su breve estancia Ward visitó la catedral, que le pareció magnífica, pues las riquezas de su interior le parecieron dignas de un país que en los dos últimos siglos había producido anualmente casi las dos terceras partes de la plata mundial. Al llegar a la Ciudad de México

el ministro y sus acompañantes fueron recibidos por un grupo de residentes ingleses y a diferencia de su primera visita, observó que en la ciudad existía respeto hacia las autoridades civiles, así como una actividad comercial importante.

Durante los primeros doce meses de su gestión Ward no llevó a cabo una sola excursión fuera de la capital, con excepción de una visita a la Ciudad de Puebla, por lo que es muy probable que se hubiera dedicado a informarse en todo lo concerniente a la minería y a llevar a cabo un estudio y recopilación de los diferentes aspectos económicos del país, que plasmaría en su libro México en 1827, publicado en inglés por Henry Colburn, en Londres en 1828. El Fondo de Cultura Económica publicó la obra en español en 1981 con traducción de Ricardo Haas, acompañada de un estudio preliminar de Maty F. de Sommer, que es la obra que se consultó.

A partir de febrero de 1826 inició una serie de viajes al interior, para conocer y observar lugares de importancia. Visitó algunos estados, tales como Puebla, Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Guadalajara y Michoacán. También recorrió algunos centros mineros como: Zimapán, San José del Oro, Encarnación, Chico, Cápula, Real del Monte, Real del Catorce, Sombrerete, Temascaltepec, Angangueo, Tlalpujahua, Rancho de Oro, Guarisamey, Arizpe, Alamos, Cosalá, entre otros, con lo cual hizo patente su gran interés por los aspectos relacionados con la minería.

En efecto, a su arribo a México, a pesar de no contar con la experiencia respectiva, su interés y dedicación lo llevaron destacar en este campo. Como recordamos, después de la guerra, la mayoría de las minas se encontraban abandonadas por diferentes motivos. Ward menciona que habilitarlas no consistía únicamente en desaguarlas, sino que había necesidad de reconstruir los caminos con la finalidad de que pudieran llegar los acopios, habilitar el cultivo para alimentar tanto a la población minera como a los animales de trabajo, arreglar o

construir presas, ya que éstas eran de vital importancia, reconstruir las haciendas con todos sus menesteres, reparar la maquinaria dañada e introducir una más moderna. En un principio consideró que bastaría con la importación de bombas de agua para que las minas produjeran en corto tiempo; sin embargo, el tiempo le demostró lo contrario y al final señaló que los tradicionales malacates eran mejores y más prácticos. Debido a las circunstancias antes señaladas, Ward invitó a sus compatriotas a invertir en las minas del centro del país, sin dejar de reconocer la teoría de que conforme se avanzaba hacia el norte existían mejores yacimientos y por ende una mayor riqueza. Ward elogió la gran experiencia minera de los mexicanos, recomendó no implantar métodos europeos en América; utilizar lo establecido y con base en la experiencia así como de un estudio minucioso, adquirir la maquinaria idónea y finalmente sugirió ser cuidadoso en los contratos de arrendamiento en relación a su duración para evitar que el tiempo invertido en habilitar las minas perjudique el periodo de explotación de las mismas. Después de un año que los contratistas ingleses se dieron a la tarea de rehabilitar las minas, Ward con optimismo expresó que faltaba poco tiempo para que éstas volvieran a su estado normal. Indicó que un ejemplo de ello lo constituía la mina de Real del Monte que en 1827 cubrió sus gastos de operación redituando ganancias.

Por otra parte, Ward hizo algunas reflexiones sobre otros aspectos del país, diciendo que la naturaleza le había proporcionado un suelo fértil, y un clima en el que casi todos los productos europeos y americanos se podían cultivar. Sin embargo, la peculiaridad de su configuración, en la que se originaba tal variedad de climas, neutralizaba en cierta medida las ventajas que se derivaban de ella, volviendo difícil la comunicación entre la mesa central y la costa, confinando a muy estrechos límites los intercambios entre las distintas regiones. Explicaba que la falta de canales y ríos navegables, así como la naturaleza de los caminos no permitían el uso de los carruajes, y que el transporte se realizaba a lomo de mula, lo cual aumentaba en modo considerable el precio de cualquier producto, en especial los agrícolas, reduciendo el mercado de nacional a regional y por consecuencia no proporcionando los

incentivos para la industria. Pensaba que se podría vencer esta dificultad, estableciendo líneas de caminos que atravesaran el país de norte a sur. Admitía que los mayores obstáculos se encontrarían en las rutas que fueran de oriente a poniente y viceversa, ya que existían factores que las complicarían como la altura y las montañas. Consideraba que estos obstáculos se podrían vencer con un diseño viable de carreteras, y los resultados serían halagadores al permitir un intercambio entre las Indias Occidentales y el mundo europeo. Agregó que México podría exportar harina al mercado de La Habana a un precio más bajo que el de los Estados Unidos, además de productos coloniales tales como el azúcar, café, tabaco, añil, chocolate, algodón, vainilla y cochinilla. Todo lo anterior daría como resultado una importante movilidad comercial. Realizó además un estudio minucioso sobre productos de exportación tales como maíz, cereales, plátano, arroz, olivos, vid, chile, maguey y otros. Demostraba con esto el interés que existía por varios productos que podrían ser fuentes de riqueza, además de los metales.

Otro juicio de nuestro viandante se ilustra al hablar de las damas de la Nueva España; refiere que éstas como esposas y madres daban un excelente ejemplo, que se esmeraban en dar a la nueva generación una buena educación a pesar de la escasez de maestros. Agrega que, por su parte, los padres se preocupaban y cuidaban por asegurar a sus hijos las ventajas que en muchos casos a ellos les fueron negadas. También hace un análisis de la riqueza de los principales linajes de la nobleza mexicana, señalando que la mayoría la obtuvieron de las minas, citando algunos ejemplos de ellas. De la familia de Regla indica que poseía propiedades de enorme extensión en diferentes partes del país y había comprado la totalidad de ellas con ingresos de las minas de Real del Monte. De los Fagoaga menciona que su riqueza se debía a las minas de Sombrerete. De la familia Vivanco que poseía haciendas como la de Chapingo y Ojo de Agua, gracias a las minas de Bolaños; el fundador de esta fortuna fue don Antonio Vivanco, el cual obtuvo de la Corona Española el título de marqués de Vivanco y vizconde de Bolaños. Las casas de Valencia debían sus posesiones a las minas



de Valencia y Villalpando. De la familia Sardaneta, su riqueza provenía de las minas del mismo nombre. La familia de los Obregones debían sus hermosas haciendas cerca de León a las minas de la Purísima y Concepción. Había no obstante otras fortunas, como la del conde Agreda, que fueron logradas por medio del comercio.

Una de las más gratas experiencias que Ward tuvo en México fue el bautizo de su hija, de quien fueron padrinos los condes de Regla, con quienes había cultivado una íntima amistad. Relata nuestro personaje que ofrecieron a su hija una espléndida ceremonia en la iglesia, con cientos de velas y música, a la que asistieron las familias de la alta sociedad de la ciudad y sus alrededores y que al otro día organizaron una cena familiar en la que obsequiaron a la familia Ward unos diamantes. Por su parte, Pablo de la Llave, Ministro de Asuntos Eclesiásticos, les entregó el certificado de bautizo impreso en cera y enmarcado en oro con el nombre de Francisca Guadalupe Felipa de Jesús, el primer nombre por gusto de la señora Ward, el segundo, en honor tanto de la Virgen como del presidente, el tercer nombre, en conmemoración del único santo mexicano reconocido por la iglesia de Roma.

Una de las primeras acciones del gobierno del general Guadalupe Victoria fue suprimir el iturbidismo y obtener préstamos a través de convenios con otros países, logrando con esto no tener que recurrir a los impopulares préstamos forzosos a que se había visto obligado Iturbide. Josefina Zoraida Vázquez señala también que: "en la esfera internacional, México al sentir la presión estadounidense, trató de acercarse a la Gran Bretaña para equilibrar la balanza, agregando que al llegar los primeros ministros plenipotenciarios de Inglaterra y Estados Unidos, Ward y Poinsett respectivamente, recibió con un día de anticipación al primero para hacer notar su preferencia por los británicos".<sup>(30)</sup>

---

<sup>(30)</sup> Citado en Daniel Cosío Villegas, Historia general de México, México, 1981, Ed. Colegio de México, T.2, p. 753

Un asunto de vital importancia que el presidente Victoria tuvo que atender fue la situación de los españoles en México, ya que existía un profundo resentimiento hacia ellos y un número considerable continuaban ocupando puestos importantes. De este grupo, unos eran fieles a la independencia por convicción, por necesidad o por temor a perder sus empleos o negocios; otros eran conspiradores, en especial los militares y eclesiásticos. Cabe mencionar la actitud amenazante de España y algunos intentos de conspiración, como los del padre Joaquín Arenas, en el que pretendía "devolver Nueva España a Fernando VII y formar una regencia provisional con los obispos y los cabildos eclesiásticos".<sup>(31)</sup> Dicha conspiración fue descubierta en enero de 1827 y terminó con el fusilamiento de su líder. Con este hecho se incrementó el sentimiento antiespañol al extremo de solicitar la expulsión de todos ellos de México.

En fin, Ward, concluye como resultado de sus visitas realizadas al interior del país, que el sistema federal demostraba que, "cuando se nombra a una persona comprometida y responsable, ésta hace buen uso de la libertad que le confiere el gobierno federal". Así, después de una estancia de dos años y dos meses, Ward salió del país con rumbo a otras tierras el 8 de mayo de 1827.

**GEORGE FRANCES LYON**, de nacionalidad inglesa, fue capitán de la Real Marina de su país. Llegó a México el 10 de marzo de 1826 como comisionado de las compañías mineras de Real del Monte y Bolaños, e hizo su arribo por Tampico, desembarcando en el río Pánuco con un grupo de hombres para trabajar en las minas.

---

<sup>(31)</sup> *Ibid.*, T.2, p. 755

Además de su experiencia como capitán de la marina, tenía conocimientos de historia natural, habilidades para dibujar, pertenecía a la Sociedad Geográfica y era aficionado a la lectura. Cuando realizó su viaje a América ya había leído las obras tradicionales consultadas por nuestros viajeros anteriores, así como la publicación reciente de Bullock.

Como suele ser común en este tipo de viajeros, independientemente de llevar a cabo su cometido, se interesaban por otras actividades. En el caso del capitán Lyon realizó un sondeo en el golfo de México en las cercanías de Tampico y un reconocimiento del río Pánuco que le llevó varios días. También se interesó por las antigüedades y visitó varios lugares para comprobar lo asentado en los escritos que había consultado. El recorrido que realizó por el país fue bastante extenso, ya que incluyó Tampico, Zacatecas, Guadalajara, México, Pachuca, Puebla, Xalapa, y otras ciudades, lo que le permitió conocer varias regiones, así como las diferencias que existían entre ellas.

En Tampico tuvo la oportunidad de entrevistarse con al general Miguel Barragán, quien en ese momento era gobernador del Estado de Veracruz. Con él convivió en algunos festejos, donde según refiere Lyon no faltaron los vivas al militar presente y al triunfo de la república. Fue en unas de estas reuniones que Barragán se vio forzado a bailar, así como también nuestro ilustre viajero; éste último no salió bien librado de la aventura ya que a su pareja le molestó su ineptitud para el baile, por lo que lo dejó parado a media pieza, retirándose en forma colérica a un rincón de la sala a fumar un cigarrillo.

Las experiencias que tuvo en este país las plasmó en su libro Residencia en México, 1826, diario de una gira con estancia en la república mexicana, publicado en inglés por John Murray, Londres en el año de 1828, dedicada a John Taylor director de las Compañías de Real del Monte y Bolaños. El Fondo de Cultura Económica publicó la obra en español en 1984, con traducción de María Luisa Herrera Casasús, que es la obra que se consultó.

En relación al estudio realizado en la barra de Tampico, los datos que obtuvo del sondeo le permitieron señalar en un mapa cuáles eran los mejores lugares para cruzar la barra sin dificultad y anclar exitosamente. Dicha información fue valiosa para la capitania de ese puerto que se encontraba en vías de crecimiento y expansión. Las recomendaciones fueron hechas con la nomenclatura apropiada para que cualquier capitán de barco pudiera guiar su nave sin dificultad. En el mapa indicó cuáles eran los puntos clave de orientación para que la nave girara, ya que de otra manera seguirían ocurriendo accidentes, que tenían lugar y en particular "cuando la corriente del río está saliendo y la brisa del mar sopla hacia adentro" al medio día.

Al referirse al Pánuco indicó que la navegación por este río, aunque practicada hacía muchos años, era poco conocida por los capitanes de los barcos y los comerciantes no le habían dedicado atención, y hasta esa fecha no existía una descripción detallada del mismo. Por tal motivo llevó a cabo una exploración, anotando en el plano las corrientes, entradas, salientes y recodos de este caudal.

En relación a la aduana del puerto hizo algunas recomendaciones: llevar un inventario de la carga, una lista de la tripulación y otra de pasajeros. Advirtió a los capitanes que deberían tomar en cuenta que las poblaciones de Pueblo Viejo y Tamaulipas se encontraban en diferentes distritos y por consiguiente no se permitía a ningún navío dividir su carga, sino que toda se debía desembarcar en un solo lugar. Señaló que las maniobras en botes del país causaba una erogación adicional, aconsejando a los capitanes de estas naves que llevaran consigo un bote grande y largo para dicho propósito, ahorrándose así un gasto innecesario, ya que los servicios de mano de obra eran costosos, y al sumarse a los impuestos, constituían una suma considerable.

El capitán Lyon llevó a cabo un exhaustivo examen sobre el libro de Bullock, para comprobar lo que en él se relató haciendo los siguientes comentarios, sobre algunos lugares y habitantes de la Ciudad de México:

Encontró animado el paseo de la Viga, con la actividad de los indios, guiando sus canoas cargadas de mercancías para el mercado, con frutas, follaje, madera, ollas de barro y otros artículos. Sin embargo, no logró encontrar a los grupos de la arcadia que Bullock describe y que se dice pintó su hijo. Juan Ortega y Medina en el estudio preliminar que antecede la obra de Bullock indica que el dibujo pertenece sin duda a una mano diferente y efectivamente lo podemos comprobar en la lámina de la puerta monumental sobre el canal de Chalco en donde el arco que ahí se representa no corresponde en su arquitectura al que se encontraba en dicho sitio y aún más no existen ejemplos de estos en México. En relación a los grupos de la arcadia éstos tienen un corte de cara alargado con cuerpos esbeltos y altos, con vestimenta estilo europeo y capa y sombreros a mi parecer de tipo español, elementos que son totalmente diferentes a los mexicanos.

De la Universidad, mencionó que se estaba fundando un museo de antigüedades, sorprendiéndole algunas piezas de jade y obsidiana por su excelente acabado, así como algunas serpientes de basalto. Indicó que la estatua encuestre de Carlos IV se encontraba entonces en el patio de esa institución. También admiró la escultura de la Diosa de la Guerra y la Piedra de los Sacrificios y otras esculturas. Sin embargo, no encontró por ninguna parte la diosa serpiente con una víctima asomándose por su espaciosa garganta. En el prólogo de la obra, H. L. Herrera Casaus menciona que "en un convento existe una pequeña figura mutilada de ese tipo. Pero que el original de la inmensa figura que fue retratada por Bullock no existe"<sup>(32)</sup>.

<sup>(32)</sup> G. F. Lyon, Residencia en México, 1826 Diario de una gira con estancia en la república mexicana, México, 1984, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 207

De los indios, Lyon dice que llevaban una vida pastoril y aislada, cultivando frutas en la barranca, o agrupados en pequeños poblados donde fabricaban telas y artículos de loza o criaban aves para vender en el mercado. La mayoría llevaba sombrero negro o de palma y usaban sandalias rústicas, conocidas como huaraches. Señala que en su mayoría eran pequeños, angulosos y su porte falto de gracia. De sus facciones dice que eran simples y aun feas y el color de la piel de un moreno oscuro. Dicha población, agrega, estaba decreciendo rápidamente y vivían en sus pueblos sin ser molestados, siendo los hortelanos que surtían a las poblaciones con legumbres y frutas. Menciona que eran muy respetuosos entre ellos, se hablaban de don y al saludarse se quitaban el sombrero. Por otra parte, los arrieros o muleteros llevaban un modo de vida sufrido, ya que las más de las veces dormían sin un techo. Resalta la proverbial honradez de estos trabajadores mexicanos, quienes se sentían orgullosos de su trabajo, ya que por lo regular su profesión era hereditaria. De ellos Lyon dice que eran atentos, corteses, serviciales, alegres y honestos, que defendían con su vida lo que se les había confiado. A estos singulares personajes Lyon los considera, de los grupos con los que tuvo trato, sus favoritos.

Durante su estancia en México, Lyon tuvo la oportunidad de presenciar cómo se iba formando el país bajo una Constitución Federal. Cabe recordar que para entonces los grupos políticos se estaban constituyendo, buscando caminos y respuestas a los problemas nacionales. Todos pertenecían más o menos a una misma agrupación y eran parte de una especie de élite que iba a decidir los destinos nacionales. Los cambios de uno a otro grupo eran frecuentes, observándose que los mismos individuos tenían nombramientos políticos en diferentes tipos de administración. La mayoría coincidía en que la participación debía estar limitada a los ciudadanos responsables, es decir, a aquellos que por poseer un mínimo de propiedad tendrían interés en la estabilidad política. Sin embargo, había otros que pensaban que deberían de participar quienes no tenían bienes, pero sí capacidad, mérito y espíritu de

servicio. En esos años se trató también un tema de vital importancia como lo fue la educación, creando el Directorio de Instrucción Pública, autorizado para promover la enseñanza.

Un suceso que acaparó la atención del gobierno y pueblo en general fue la tan esperada expedición de reconquista. A principios de julio de 1829, se confirmó la noticia de la llegada de una armada española de Cuba y para el 24 de julio del mismo año desembarcaba un contingente en Tampico. La rápida actuación de los generales Antonio López de Santa Anna y Manuel Mier y Terán sorprendió a las fuerzas invasoras. Su comandante, Isidro Barradas, descubrió tarde y con amargura, que era falso el rumor de que el pueblo mexicano estaba arrepentido de su independencia. Esta acción dio por resultado que la atención se volviera hacia los españoles residentes en México y se pidiera su expulsión. Cabe recordar que durante el periodo del emperador Agustín de Iturbide había salido un grupo considerable de españoles llevándose consigo fuertes capitales, lo cual aceleró la decadencia económica del país.<sup>(33)</sup> Poco a poco, se hicieron más indeseables por las intrigas políticas de algunos y por seguir ocupando posiciones prominentes en la nueva sociedad, lo cual los hacía objeto de una gran impopularidad. Otra suma importante de capital volvió a salir de la nación durante los años 1827-1829, cuando fue decretada la expulsión de los españoles que aún residían en suelo mexicano. Otra más en el año de 1833, causando con ello un mayor desequilibrio económico al gobierno mexicano.

Por lo que respecta al comercio, la independencia de México significó la clausura de rutas comerciales que habían vinculado a la Nueva España con los centros productores y los mercados de otros países. Las operaciones con Asia, a través de las Filipinas, quedaron suspendidas. En cuanto a las relaciones con Europa se empezaron a establecer tratados

---

<sup>(33)</sup> Harold D. Sims, La expulsión de los españoles de México 1821-1828, México, 1989, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 17

comerciales con Inglaterra, Francia y otros países, los cuales eran beneficiosos ya que se eliminaba la intermediación que había existido con España; sin embargo, los productos nacionales no podían competir con los extranjeros que poco a poco se iban introduciendo y dominando el mercado interno. Ante tal situación, el gobierno mexicano tomó ciertas medidas, como la de prohibir la importación de tejidos y otros artículos para proteger la producción nacional; no obstante, estas acciones propiciaron el contrabando y la disminución de los ingresos adicionales que representaban un sostén económico importante, percatándose finalmente el gobierno mexicano que las acciones dictadas en favor de una política proteccionista sólo agregaban otros males.

México no lograba estabilizarse por no poder sostener una política económica dirigida, ya que existían fuertes intereses tanto corporativos como personales que se manifestaban a través de las tendencias federalistas o centralistas y que trajo consigo una guerra civil permanente, una directriz económica discontinua y una administración mal dirigida e ineficiente que obligó a México a vivir de empréstitos extranjeros nada favorables. Para esto México había experimentado la forma de un gobierno bajo una República Federal (1824-1835) y ahora estaba emprendiendo una nueva directriz bajo una República Central que se inició en el año de 1835, bajo la presidencia del general Miguel Barragán. Durante el año de 1839 en que el general Anastasio Bustamante ocupaba la presidencia de la República Mexicana, hizo su arribo una viajera distinguida y elegante:

**FRANCES ERSKINE INGLIS DE CALDERON DE LA BARCA** (1806-1882). De nacionalidad escocesa, quedó huérfana a temprana edad. Al quedar viuda, su madre emigró con sus hijos a los Estados Unidos, estableciéndose en la Ciudad de Boston, en donde abrió un colegio. En 1838, Angel Calderón de la Barca, Ministro de España en Washington, conoció a Frances y en el mismo año se casaron; para ese entonces ella tenía la edad de 32



años. Al año siguiente Calderón de la Barca fue nombrado primer Ministro Plenipotenciario de España en México. Así, el 18 de diciembre de 1839, el nuevo matrimonio desembarcó en el puerto de Veracruz, llegando la señora Calderón de la Barca con escasos conocimientos acerca de este país, derivados de algunas lecturas clásicas, como las Cartas de Relación de Hernán Cortés, en las que se describe la vista de Tenochtitlan y de cómo los españoles fueron recibidos por el emperador Moctezuma.

Los esposos Calderón fueron recibidos con cortesía por el gobernador, general Guadalupe Victoria, el cual les ofreció una escolta para que hiciera guardia en donde se alojaban; Sin embargo, don Angel rehusó tal atención, diciendo que su misión tenía por objetivo el poner término al enfriamiento de las relaciones existentes entre ambas naciones. Considero que dicha negativa respondió a que no quería un trato preferencial por ser español y desde luego por la sencillez de su persona.

Cuando la señora Calderón de la Barca conoció al general Victoria, le llamó la atención tan resonante nombre, ya que no era el de pila (Manuel Félix Fernández), sino que lo había adoptado, tomando el de Guadalupe en honor de la Virgen de Guadalupe y el de Victoria para conmemorar sus triunfos en el campo de batalla. Lo describió como "un [hombre] honrado y sencillo [...] melancólico, cojo y de alta estatura, de limitada conversación, aparentemente amable de innegable valentía [...] que siempre ha demostrado ser sincero amante de lo que él conceptúa libertad".<sup>(34)</sup> Agregó que había sido el único presidente mexicano que había terminado, como primer magistrado, el término fijado por las leyes.

<sup>(34)</sup> Calderón de la Barca, La vida en México, México, 1959, Ed. Porrúa, Col. Sepan Cuántos # 74, p 22

Una vez concluidos los preparativos para el itinerario, los Calderón de la Barca se despidieron de las familias veracruzanas con las cuales habían tratado, ya que al otro día tenían que iniciar su viaje en diligencia y deberían de levantarse a las dos de la mañana, en virtud de que el general Santa Anna los había invitado a desayunar a su hacienda en Manga de Clavo, a la que llegaron tres horas después. Menciona la marquesa que, a pesar de lo temprano, fueron recibidos por la señora de Santa Anna (doña Inés García), quien era una dama alta, delgada, vestida de transparente muselina blanca, zapatos blancos de raso, espléndidos aretes de diamantes, prendedor y sortijas. La acompañaba su hija de nombre, Guadalupe, que se parecía a ella. Relata que poco después hizo su entrada el general Santa Anna, el cual era un señor de buen ver, quién vestía con sencillez, de semblante melancólico, con una sola pierna, de color amarillento, hermosos ojos negros de suave y penetrante mirada e interesante expresión de su rostro, siendo un hombre más fino de lo que ella se esperaba.

Sin lugar a dudas la marquesa Calderón de la Barca tenía profundo interés en conocer a un personaje tan popular. Cabe recordar que el general Santa Anna había iniciado su carrera en el ejército en 1810 como subteniente en el regimiento fijo de Veracruz y ascendiendo en la escala militar hasta ocupar el grado de brigadier y primer comandante de la provincia de Veracruz. Para el año de 1823 ya era comandante militar de Yucatán y a los dos años gobernador de la península. El triunfo que tuvo sobre el brigadier Isidro Barradas le dio gran renombre y el Congreso le declaró Benemérito de la Patria. A la vuelta de cuatro años ya era presidente de la república. En 1836 combatió a los insurrectos de Texas y dos años después, a la escuadra francesa, que llegó a Veracruz declarando la guerra; en esa ocasión perdió su pierna izquierda, reconociéndole el gobierno su labor por lograr la retirada de un destacamento del ejército francés. Como podemos observar no se trataba de un personaje común y corriente, sino de un hombre activo, popular, con prestigio, que tomaba parte activa en el acontecer del México independiente. Después de haber disfrutado de un

agradable desayuno, acompañado de una cálida plática la marquesa Calderón de la Barca, con su peculiar modo de contar y hacer vivir sus experiencias comenta: "Entramos a la diligencia, se cerraron las puertas todo en regla, un latigazo a las mulas, y ahora ¡adelante hacia México!"<sup>(35)</sup>

A su paso por el Puente Nacional, llamado antes Puente del Rey, que era famoso por haber sido teatro de muchos combates durante la guerra de independencia y porque al ocuparlo el general Victoria, impidió muchas veces el paso de las tropas españolas al interior de México, así como de los convoyes de plata al puerto, vino a la memoria de la marquesa Calderón de la Barca el dibujo realizado por la señora Ward acerca de este pintoresco lugar. Después de una breve estancia, la diligencia continuó su viaje hacia Xalapa y Puebla, llegando a la Ciudad de México el 26 de diciembre de 1839. D. Enrique Olavarría y Ferrari, en la obra México a través de los siglos, cita: "Fue afablemente recibido con las formalidades de estilo el primer plenipotenciario de España don Angel Calderón de la Barca, que presentó sus credenciales al presidente de la república, el domingo 29 de diciembre de 1839". El Diario del Gobierno comentó: "nos congratulamos muy particularmente de la llegada a esta capital con el carácter del ministro plenipotenciario, del Excmo. señor don Angel Calderón de la Barca, bastante conocido en México por sus méritos políticos y literarios que le han captado con razón el aprecio de los diversos países donde ha residido y que serán justamente apreciados por los mexicanos".<sup>(36)</sup>

Debido al cargo que desempeñaban los Calderón de la Barca, tuvieron ocasión de conocer a las familias más importantes de la capital y la provincia, intimando con algunas de ellas, como es el caso de la familia del conde de la Cortina, con la que regularmente se reunían en la casa de campo que tenía en Tacubaya. En una de las variadas cartas que envió

<sup>(35)</sup> Ibid., p. 27

<sup>(36)</sup> Enrique Olavarría y Ferrari México a través de los siglos, México, Ed. Publicaciones Herrerías, S.A., T.IV, p. 453

la marquesa a su familia en la Ciudad de Boston, indica que en México existían hombres distinguidos en diferentes disciplinas, esto es como generales, estadistas, literatos y otros. <sup>(37)</sup>

Las cartas que la marquesa envió a su familia, fueron motivo para que su amigo el historiador Prescott le propusiera publicarlas en un libro con el título de La vida en México, debido al cargo que desempeñaba su esposo consideraron conveniente guardar en incógnito el nombre del autor, aunque en los Estados Unidos éste era un secreto a voces. Así, tenemos que la primera edición en inglés se publicó en Boston en el año de 1843 apareciendo en la portada las iniciales de su consorte Mme. C. de la B en dos volúmenes por Charles C. Little and James Brown y con la misma fecha y diferencia de meses se publicó en Londres con la variante Madame por Mme. con el siguiente pie de imprenta London, Chapman and Hall, 186, Strand. Editorial Porrúa publicó la obra en español en 1959, y la primera edición en la Colección "Sepan Cuántos..." en 1967, que es la obra que se consultó.

En la relatoría de sus cartas habla de los personajes importantes que conoció personalmente en México:

Del general Guadalupe Victoria, además de lo ya expresado, nuestra autora agrega que era un hombre sencillo, bien intencionado, valeroso, paciente, con escasa cultura, pero serio y respetuoso en las comisiones que se le asignaban. Comenta que cuando Iturbide fue desterrado de México, el general Bravo, quien debía conducirlo de México a Veracruz, cometió con él toda clase de indignidades, mientras el general Guadalupe Victoria, encargado de vigilar el embarque, mostró atenciones y muestras de respeto hacia su antiguo enemigo, al grado de que éste le obsequió su reloj.

---

<sup>(37)</sup> Calderón de la Barca, Op. cit., p. 259

Carlos María Bustamante le pareció un hombre honesto y valiente, interesado en realizar investigaciones sobre aspectos históricos, quien publicó obras como Descubrimiento de América, escrita por el padre de la Vega y desconocida hasta entonces, La galería de los príncipes mexicanos, Texcoco en los últimos días y Mañanas de la alameda, entre otras.

De José Eduardo de Gorostiza, señala que sobresalió como escritor de piezas teatrales, así como traductor y adaptador de las mismas; una de sus obras de mayor éxito fue Contigo pan y cebolla. A José María Gutiérrez de Estrada, yerno del conde de la Cortina lo conoció en una de sus visitas a Tacubaya. De Manuel Gómez Pedraza indica que era un militar reconocido, destacado por su severa disciplina y una conducta moral estricta, que le llevaron a ocupar puestos distinguidos en el país.

Del conde de la Cortina, uno de sus favoritos, comenta que era un caballero de vastos conocimientos, protector de las bellas artes, de buen hablar y escribir. Sus escritos los publicó en un periódico satírico llamado El zurriago y en otro titulado El mono. Refiere que en sus artículos criticaba el pesimismo español. En el Mosaico mexicano periódico mensual, también escribió, aunque no con la misma intensidad que en los otros.

Del señor Francisco de Tagle, Director de Monte Pio de 1836 a 1846, menciona que su familia era una de las más distinguidas de México.

También conoció y convivió con la famosa Güera Rodríguez, de la que refiere que se decía que años atrás fue admirada por Humboldt como la mujer más bella que él hubiera conocido en el curso de sus viajes. Agrega que, a pesar de los años, el tiempo había sido benévolo con ella, pues conservaba sus abundantes bucles rubios, sin un cabello gris, con hermosa y blanca dentadura, ojos lindos y gran viveza.

Además de sus visitas a casas particulares, para tomar el chocolate y estar al día de los acontecimientos del México que le tocó vivir, la marquesa visitó la Catedral de México, que describió como de forma gótica, con dos torres ornamentadas. Indicó que, a pesar de todos los disturbios, aun continuaba siendo inmensamente rica en oro, plata y joyas. Le llamó la atención una balaustrada de bronce y plata que corría a lo largo del templo. También la cantidad de léperos y sus mujeres con viejos rebozos que acudían a ella, así como el suelo tan sucio que le causaba horror arrodillarse. Cuando salió de la catedral, al pasar por uno de los lados externos, pudo observar la famosa piedra del Calendario Azteca. Después, en la Universidad, contempló la Piedra de los Sacrificios de la que hizo una relación minuciosa.

En otra ocasión visitó el Colegio Vizcaíno, en el que le explicaron que fue fundado por españoles de Vizcaya, el cual contaba con una distribución como la del Palacio de Madrid. Relata que dicha construcción estaba edificada en piedra, dándole un aspecto de solidez y grandeza que era la característica de los edificios de México. Dicha institución tenía por objeto principal educar a los hijos de españoles y en especial a los descendientes de los vizcaínos. Tenía una sección separada en donde se educaba, sin costo alguno, a niñas pobres, las cuales asistían durante el día a sus clases y al atardecer regresaban a sus casas, a diferencia de las otras, que estaban regidas por el método conventual. Resaltó la limpieza que existía en el colegio, donde a las alumnas se les impartían clases de lectura, escritura, costura, aritmética y otras. Confirmó que a las niñas de escasos recursos se les enseñaba a cocinar, planchar y otras actividades domésticas para que al término de su estancia en este establecimiento estuvieran preparadas para ser buenas esposas. Al llegar a la sala de piano, algunas señoras que acompañaban a la marquesa se ofrecieron a interpretar algunas piezas clásicas, otras a cantar melodías de corte italiano o coplas de la jota aragonesa como la de: "La mujer que quiere a dos es discreta y entendida, si una vela se le apaga otra le queda encendida".

No podía pasar por alto el disfrutar de los paseos tradicionales, a donde se daba cita la alta sociedad para ver y ser vistos. Del paseo de Bucareli menciona que era una avenida larga y ancha, con una fuente de piedra, que tenía en la parte superior una estatua dorada de la Victoria. Por ahí paseaban los domingos y días festivos las damas en sus carruajes y los caballeros montando finos caballos y vistiendo hermosos trajes a la mexicana. Agrega que los jinetes parecían no advertir el paso de las primeras, que rara vez las saludaban y nunca se atrevían a entablar una conversación con ellas. Pero siempre estaban atentos a quien pertenecía cada coche, y sabían cuando era conveniente que sus caballos hicieran piruetas, mostrando sus habilidades de caballistas. Sin embargo, el de su preferencia fue el paseo de la Viga, que en esa época estaba de moda, el cual contaba con infinidad de árboles que proporcionaban una amplia sombra, haciendo el lugar propicio para llevar a cabo días de campo, en los que se bailaba, cantaba y ofrecían muchas posibilidades de diversión. Si a esto se agrega el espléndido y pintoresco espectáculo de las trajineras cargadas de frutas, flores y legumbres, dirigidas por sus conductores siempre alegres, la atracción y el placer aumentaban.

Otra de las diversiones tradicionales de esa época fue el asistir a las corridas de toros, a las que se presentaban las señoras lujosamente ataviadas, ocupando los principales lugares, mientras el resto de la población gozaba de la fiesta desde la galería. Nuestra viajera menciona que estas fiestas eran amenizadas por dos bandas de música, pero como típica anglosajona reprobó la manera en que se sacrificaba a los toros; le pareció muy cruel que les clavaran las banderillas, las cuales contenían cohetes, haciendo que el toro se asustara, y se desesperara hasta lograr enfurecerlo. Señala que en ocasiones sintió más simpatía por el toro que por los toreros. Declaró que estos espectáculos tan sangrientos deberían prohibirse.

Finalmente, en una excursión a la casa de campo de los Adalid, a la que había sido invitada, le ofrecieron una corrida de toros. Indica nuestra viajera que a esos toros no se les

mataba, sino más bien se utilizaban como diversión. Menciona que el jinete se montaba en el lomo del toro, el cual reparaba y cabeceaba como si estuviera poseído por el demonio. Para bajar al jinete del animal se hacía la misma operación que para montarlo, el toro era lazado y derribado al suelo a pesar de su enorme resistencia.

Deseosa siempre de conocer nuevos lugares, la marquesa realizó algunos paseos en el interior del país. Así, se dirigió rumbo a Tulancingo, para lo cual tuvo que cruzar los llanos de Apan, famosos por la excelencia de sus pulques, que por cierto la conquistaron poco a poco. Según ella, al pulque “lo encuentro ahora excelente y pienso que me sería muy difícil vivir sin él”<sup>(38)</sup> pues como “las corridas de toros ganan según se van probando”<sup>(39)</sup> En otra ocasión visitó las minas de Real del Monte, en donde fueron recibidos por el señor John Rule, director de dicha empresa, quien después de ofrecer un delicioso desayuno invitó a los paseantes a recorrer las instalaciones. Indica que le causó placer ver niños rubios de cabellos dorados, debido a que la mayoría de los empleados eran ingleses y un buen número escoceses y por ende paisanos suyos. Cita además, algunas dificultades que tuvo esa empresa para producir. Un ejemplo era la adquisición del azogue a un precio elevado, haciendo que en muchas ocasiones el producto extraído fuera incosteable. Nuestra ilustre viajera menciona que alguien que estuviera interesado en los aspectos de la minería en México, debía remitirse a los escritos de Alexander Von Humboldt o a los de Henry George Ward, ya que estos autores trataban con precisión el tema. Otro viaje interesante fue a Uruapan donde aprovechó para visitar el Lago de Pátzcuaro. En esa ocasión compartió parte de su viaje con el mismo Ward y con el conde Breteuil, secretario de la Legación Francesa, desviándose estos últimos en Morelia ya que tenían por objetivo el asistir a una de las ferias más famosas, la de San Juan de los Lagos.

<sup>(38)</sup> Calderón de la Barca, *Op. cit.*, p. 281

<sup>(39)</sup> *Ibid.*, p. 147



La marquesa Calderón de la Barca fue sin duda una mujer que conoció la vida de México, disfrutó un sinnúmero de aspectos como lo podemos constatar en sus relatos; yendo de visita a casa de sus amigos, paseando por la Ciudad de México, conociendo la provincia, saboreando los platillos típicos, así como la bebida nacional, el famoso pulque, inclusive asistiendo a las famosas y tradicionales corridas de toros. Pero no sólo tuvo ratos de alegría y placer, también de angustia, ya que en la Ciudad de México presencié la guerra civil denominada la Docena Trágica por el historiador Reynaldo Sordo.

Cabe recordar que el grupo de los federalistas estaba en constante pugna con las disposiciones del gobierno central que era presidido por el general Anastasio Bustamante. En el norte del país aquellos sostenían un movimiento importante y bien organizado. Paralelamente, en el sureste el capitán Santiago Imán se levantó en armas en su favor en la Ciudad de Valladolid, Yucatán, formando un plan en el que se asentaba que el estado de Yucatán se declaraba independiente, mientras no se volviera al régimen anterior. Por su parte, Campeche, en rivalidad con Yucatán, permanecía fiel al régimen en turno, pero al no recibir ayuda oportuna capituló el 6 de junio de 1840, dejando la ciudad en manos de los federalistas. Tabasco quien también simpatizaba con el gobierno de Bustamante, después de realizar esfuerzos heroicos durante 29 días continuos de combates, se vio forzada a capitular. Desde su prisión de la fortaleza de Perote, el general federalista José Urrea escribió una carta a Valentín Gómez Farías el 6 de abril de 1840, en la que le decía "que la revolución no termina, y la inquietud de la facción dominadora se aumenta más y más". En la misma carta describía la situación de la república, la casi pérdida de Texas, las amenazas sobre los departamentos de Nuevo México, las Californias y Chihuahua y el expansionismo de los norteamericanos.

El general Urrea fue conducido de la fortaleza de Perote al edificio de la Santa Inquisición en la Ciudad de México, desde donde intentó la unificación del partido

federalista mediante un golpe militar. Así, tenemos que el 15 de julio de 1840 Gómez Farías y José Urrea se pronunciaron por el restablecimiento del sistema federal, adoptando interinamente la Constitución de 1824 y quedando a la cabeza del gobierno el primero iniciándose así el movimiento militar federalista con la toma del Palacio Nacional.

Nuestra autora relata que a las dos de la mañana el quinto batallón y el regimiento de comercio se levantaron en armas, dirigiéndose al palacio, en donde sorprendieron al presidente y lo hicieron prisionero. El padre Mariano Cuevas, en su obra Historia de la nación mexicana, reafirma que, efectivamente, "salió un pelotón de soldados del convento de San Hipólito y se dirigió descalzo para no hacer ruido hasta el mismo palacio. Sorprendieron al guardia y llegaron hasta las habitaciones más privadas del presidente don Anastasio Bustamante, quien con gran valor personal les hizo frente él solo, hasta quedar prisionero en el propio palacio".<sup>(40)</sup>

A la cabeza de los revoltosos iba Felipe Briones, quien encontró al presidente con el sable en la mano y mandó hacer fuego sobre él, aunque los soldados no dejaron ir el tiro por tratarse de un personaje tan importante para ellos. En ese momento tan crítico el mandatario dominó a los sublevados por su calma e inalterable firmeza, presentándoles su pecho y desafiándolos a que le dispararan.

Según Urrea, el propósito de aprehender a tan alto personaje, era explicarle su proyecto y persuadirlo así para que apoyara el cambio pacífico de sistema. Una vez detenido Bustamante en sus habitaciones, se dirigió hacia ellas el general Urrea, quien trató de abrazarlo, siendo apartado por el presidente quien declaró que no era amigo de traidores y haciéndole responsable de los desórdenes provocados.

<sup>(40)</sup> Mariano Cuevas, Historia de la nación mexicana, México, Ed. Talleres Tipográficos Modelo, S.A., p. 584

Como lo señala la marquesa, este pronunciamiento lo iniciaron Valentín Gómez Fariás y el general José Urrea, en favor del federalismo. Con la finalidad de tener las versiones de los protagonistas de esta guerra, se citarán a continuación unos comunicados que fueron publicados en el Boletín del Gobierno y que la marquesa Calderón de la Barca asienta en su obra. En un edicto emitido por Valentín Gómez Fariás informa que:

El ciudadano José Urrea, con la mayor parte de la guarnición de la capital y todo el pueblo en ella, se ha pronunciado en la madrugada de este día por el restablecimiento del sistema federal, adoptando interinamente la constitución de 1824 mientras se reforma por un congreso que va a convocarse al efecto; y habiéndoseme llamado para que en estos momentos me ponga a la cabeza del gobierno, lo comunico a V. E., manifestándole al mismo tiempo que los objetos del ciudadano Urrea, a la vez de restablecer el sistema federal, han sido unir a todos los mexicanos proclamando la tolerancia de todas las opiniones y respeto a las vidas y a las propiedades e intereses de todos.<sup>(41)</sup>

Por su parte, el presidente Anastasio Bustamante, quien fue puesto en libertad, se reunió de inmediato con sus fieles oficiales, los generales Gabriel Valencia, Antonio Moso y Juan Nepomuceno Almonte en la Ciudadela, desde donde publicó una proclama:

El Presidente de la República a la Nación Mexicana: Conciudadanos: La seducción esparcida en una muy pequeña parte del pueblo y la guarnición de esta capital, el olvido del honor y del deber, han dado lugar a la defección de algunos militares cuya conducta a esta hora está confundida por el bizarro comportamiento de la mayor parte de los jefes, oficiales y soldados quienes con denuedo han seguido el ejemplo del valiente general jefe de la plana mayor del ejército [...] La tranquilidad pública después de algunas horas, será completamente restablecida; las leyes desde luego recobrarán su energía y el gobierno las llevará a su debido cumplimiento.<sup>(42)</sup>

(41) Citado en Calderón de la Barca, *Op. cit.*, p. 174

(42) Citado en *Ibid.*, p. 173

Por lo que solicitó el apoyo de refuerzos a los departamentos más cercanos a la capital tales como Cuernavaca, Toluca, Ixtlahuaca, Mezquital, Otumba, Llanos de Apan, Puebla y Veracruz, entre otros. Pero pasaron los días, sin que ninguna de las dos fuerzas en la Ciudad de México avanzaba aunque se intercambiaba fuego constantemente, trayendo consigo un sinnúmero de muertes.

Afortunadamente la marquesa Calderón de la Barca vivía en las afueras de la Ciudad de México, en la calle de San Cosme, a donde se fueron a refugiar varias personas conocidas suyas y de su esposo. Relata nuestra autora que desde su casa se escuchaban los estallidos de los cañones, así como disparos de armas. Indica que las noticias no se hacían esperar y éstas llegaban por diferentes medios, enterándose de la situación que prevalecía entre los bandos contrincantes o de algún suceso ocurrido a alguna amistad o conocido. De estos últimos menciona que la familia Tagle, que vivía cerca de la Plaza Central, se encontraba en constante peligro; del conde de la Cortina indica que fue herido; de la familia Escandón dice que su casa se encontraba con casi todas las ventanas hechas pedazos y apostados dos cañones frente a su puerta; de la familia de la condesa del Valle asienta que estalló una granada en su casa, haciendo un boquete en la pared y otras afirmaciones más. Señala además que, aunado a lo anterior, otros males eran que, en la calle se encontraban tirados muchos cadáveres, el agua potable se suspendió y escaseaban los víveres, haciendo con esto difícil la sobrevivencia, por lo que muchas familias aprovechaban las treguas para desfilar con carretas cargadas hasta el tope de sillas, mesas, colchones y triques viejos con rumbo a lugares más seguros; agrega, sin embargo, que a pesar del peligro otras familias permanecían en sus casas por miedo a que éstas fueran saqueadas.

Nuestra autora refiere que después de una serie de enfrentamientos, la noche del 26 de julio, se firmó la capitulación por ambas partes y ésta fue anunciada a las ocho de la

mañana del día siguiente, por lo que los grupos rebeldes empezaron a dispersarse en varias direcciones.

La capitulación se firmó el 27 de julio de 1840 pero fue muy mal vista por parte de los centralistas, que la interpretaban como un signo de debilidad del gobierno de Bustamante. Para ellos, los doce días se habían convertido en un derramamiento inútil de sangre mexicana y no había logrado una sola ventaja política. Cuando en un conflicto no se llega a un acuerdo y se inician las hostilidades terminando éstas en guerra, se considera que siempre debe haber un triunfador y un perdedor, pero si se obra con cautela, reflexión y razonamiento, se puede dar por terminado el enfrentamiento firmándose un convenio, en el que ambas partes ceden algunas de sus pretensiones y de esta manera se evitan pérdidas materiales y humanas. Es probable que por el motivo antes citado el presidente Bustamante hubiera considerado que reducir por la fuerza a los sublevados equivalía a un costo altísimo en vidas humanas y a la destrucción del centro de la ciudad. Sordo Cedeño concluye que la consecuencia más importante de la Docena Trágica fue sin duda la presencia de un militarismo fuera del control del ejecutivo. La ciudad quedó bajo el gobierno del general Valencia y las diferentes conferencias de paz se hicieron bajo su responsabilidad.<sup>(43)</sup>

Otro problema que tuvo que enfrentar Bustamante fue la publicación de un proyecto monárquico. La marquesa refiere que el 25 de agosto de 1840, Gutiérrez de Estrada envió al presidente Anastasio Bustamante una carta en la que, tocando a la ligera algunos puntos, pretendía inducir a sus lectores a dar por hecho que no existía en toda la república un solo hombre capaz de ser un buen gobernante de ella. Posteriormente publicó en la imprenta de don Ignacio Cumplido un folleto titulado Carta al Excmo. Sr. presidente de la república sobre la necesidad de buscar en una convención el posible remedio de los males que aquejan

<sup>(43)</sup> Reynaldo Sordo Cedeño, El congreso en la primera república centralista, México, 1993, Ed. El Colegio de México, Instituto Autónomo de México, p. 373

a la república y opiniones del autor sobre el mismo asunto, donde proponía el establecimiento de una monarquía extranjera bajo el cetro de un príncipe extranjero. Ante dicha propuesta, el gobierno procedió a la detención del responsable por “contravenir directamente a la Constitución”. Advertido del peligro que corría, Gutiérrez de Estrada pasó disfrazado de Tacubaya a la Ciudad de México, donde estuvo oculto hasta el 2 de noviembre de ese año. Posteriormente salió para embarcarse con dirección a Europa a seguir madurando su proyecto.<sup>(44)</sup>

Debido a que Angel Calderón de la Barca fue comisionado por su país para cumplir con una nueva misión, nuestra singular viajera se vio obligada a dejar México, el 19 de enero de 1842, en Veracruz abordó la embarcación de nombre *Tyrian* con destino a Nueva York para de ahí continuar a España.

Coincidiendo con la estancia de la marquesa Calderón de la Barca, un nuevo personaje arribó a las costas de Yucatán, en compañía de otros viajeros con deseos fervientes de conocer más el interior de las tierras selváticas y misteriosas de la península.

**JOHN LLOYD STEPHENS** (1805-1852). De nacionalidad norteamericana, realizó sus estudios en la Universidad de Columbia, en donde obtuvo el título de abogado. De 1825 a 1834 ejerció su profesión en la ciudad de Nueva York. Debido a su estado delicado de salud decidió viajar por Europa y otros lugares como Egipto y Palestina. Aquí tenemos otro ejemplo de este tipo de hombres, que a pesar no contar con buena salud, su carácter inquisitivo lo lleva a interesarse en aspectos históricos y realizar exploraciones *in situ*, por varios meses, a un considerable ritmo de trabajo y adaptándose a cualquier eventualidad.

<sup>(44)</sup> Enrique Olavarría y Ferrari. *Op. cit.*, T.IV, p. 463



"Habíamos logrado ya el principal objetivo  
de nuestro viaje, pues nos  
hallábamos de nuevo  
en las ruinas de  
Uxmal".

**John L. Stephens**

En 1839, el presidente norteamericano Martín Van Buren le dio una comisión diplomática especial para Centroamérica. En el desempeño de ésta y aprovechando la circunstancia de que su comisión no lo obligaba a una permanencia constante en las ciudades de su destino, Stephens se dedicó a explorar durante varios meses las ruinas mayas. De vuelta a los Estados Unidos, y deseoso de continuar la gira que apenas había empezado y que tuvo que suspender por la enfermedad contraída en Uxmal por uno de sus compañeros de viaje, el dibujante inglés Frederick Catherwood, nuestro autor ideó un proyecto para regresar a la Península de Yucatán en 1841 y llevar a cabo un reconocimiento de la zona. Para ese entonces, ya había escrito Incidentes de viaje en Egipto, Arabia, Petrea y Tierra Santa (1837), Incidentes del viaje en Grecia, Turquía, Rusia y Polonia (1838) e Incidentes del viaje en América Central, Chiapas y Yucatán (1841).

El 4 de noviembre de 1841 desembarcó al puerto de Sisal acompañado de Catherwood y del estadounidense doctor Samuel Cabot, dirigiéndose de inmediato a la Ciudad de Mérida, ya que las poblaciones circunvecinas no ofrecían atractivos para los viajeros. Stephens menciona que dos días después de su llegada a Mérida, arribó a Sisal la goleta texana de guerra *San Antonio*, con el objeto de proponer al Departamento de Yucatán el pago de 8 000.00 pesos mensuales para sostener a la escuadra texana, que permanecería en las costas de Yucatán para protegerlas contra una invasión de México. Agrega que entablaron negociaciones las cuales terminaron con el reconocimiento de las dos independencias tanto de Texas como de Yucatán, con promesas de ayuda mutua. Más adelante, nuestro autor asienta que Yucatán estaba cometiendo una ofensa a México, y no se le podría perdonar nunca al aliarse con un pueblo que consideraba como enemigo.<sup>(45)</sup>

---

<sup>(45)</sup> John F. Stephens, Viaje a Yucatán 1841-1842, México, 1937, Ed. Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía, T.I, p. 51



Ante la situación que atravesaba el país, el gobierno de México trató por medios pacíficos de reincorporar a Yucatán como uno de sus departamentos, sin aceptar de ninguna manera su alianza con los texanos. Así, que lo presionó en este sentido, dictando órdenes terminantes "a los comandantes de varios puertos, [de] que todo habitante que no trajera comisión especial del gobierno, se hiciera reembarcar inmediatamente, evitando toda comunicación con el Departamento de Yucatán".<sup>(46)</sup> A Tabasco le ordenó cerrar sus puertos al comercio peninsular. Stephens indica "que los ricos se quejaban de los gastos ilegales, los comerciantes, de haberse interrumpido su comercio con la clausura de los puertos mexicanos; mientras que muchos se habían preguntado, qué se había ganado con la separación".<sup>(47)</sup>

Convencido finalmente el gobierno mexicano de que el levantamiento de Yucatán no había de remediarse por medio de negociaciones pacíficas, expidió un decreto en el que disponía que no fuesen admitidos en el Congreso Constituyente los representantes de ese departamento, mientras no rompiera relaciones con Texas, siendo por el momento considerado como enemigo.<sup>(48)</sup>

Stephens recuerda que, durante su primera visita a Yucatán, recibió noticias de la existencia de grandes y numerosas ciudades desiertas y arruinadas, lo que le indujo a creer que era un sitio propicio para la exploración. Su curiosidad por estos lugares lo llevó a recorrer varios sitios de interés como: Mayapán, Ticul, Nochacab, Uxmal, Becal, Halache, así como varios poblados intermedios de menor importancia.

Como apoyo a sus exploraciones, Stephens había llevado un daguerrotipo en su segunda visita, el cual ocupó en un principio para fotografiar principalmente a las damas y

<sup>(46)</sup> Citado en Enrique Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, T.IV, p. 491

<sup>(47)</sup> John F. Stephens, *Op. cit.*, T.II, p. 336

<sup>(48)</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, T.IV, p. 491

familias importantes de la Ciudad de Mérida, lo que causó curiosidad e interés para dicha población ya que este aparato era desconocido. A continuación inició una serie de caminatas para conocer varios lugares de los que tenía informes acerca de la existencia de algunas ciudades importantes en ruinas. En uno de sus recorridos, al llegar a la población de Ticul, tuvo la oportunidad de asistir a una fiesta en la que se había organizado la tradicional corrida de toros, así como el baile, agradándole especialmente el bailable de los mestizos, el cual le pareció de fantasía, ya que las señoritas del pueblo se presentaban vestidas con su traje típico, el cual consistía de un vestido suelto de color blanco, con bandas rojas en el ruedo y en el cuello, un sombrero negro de hombre en la cabeza, una trenza, cadenas, brazaletes y arracadas de oro. Agrega que los hombres se vestían con camisa y pantalones de muselina listada, botines de gamuza amarilla, sombrero de paja con borlas y ribetes de hilo de oro. El sombrero de la mujer en un principio no le pareció el más apropiado para las damas; sin embargo, admitió que las facciones de éstas eran tan dulces e interesantes que el sombrero no les quitaba su encanto femenino. Menciona que el espectáculo resultó ser una escena diferente a todo lo que él conocía, pareciéndole fantástico, caprichoso y pintoresco, recordándolo como uno de los bailes tradicionales de dicha región.

En Mérida, como en otros lugares de México, el paseo resultaba una de las típicas diversiones. Le llamaban la atención las calesas pintadas de rojo, las cuales transportaban a dos o hasta tres señoras. La más bella al centro, éstas viajaban sin sombrero ni velo, dejando al descubierto el cabello elegantemente adornado y guarnecido de flores, pero mostrando por lo regular un aire de modestia, así como una expresión dulce.

Como resultado de sus caminatas comenta dos anécdotas: La primera en relación a las garrapatas, señala que éstas se encontraban en los árboles y cuando el caballo llegaba a rozar y mover algún árbol se desprendían miles de insectos de esta plaga, cubriendo casi todo el cuerpo del jinete y del caballo ocasionando una molestia intolerable,

afortunadamente en la estación de seca el calor acaba con esta peste. La segunda lo fueron las pulgas, relata que en una ocasión ya para dormirse estos insectos eran tantos que decidieron colgar juntas las hamacas de los cargadores, los sirvientes y de ellos mismos que hacían once y soportar toda la noche el horrible concierto de trompas con variaciones indígenas. Finalmente comenta, que en estos lugares después de la faena, el baño es de vital importancia y se podría realizar en un pozo o en una tina, resultando éste refrescante y curativo por las picaduras de insectos.

La obra de Stephens fue publicada en inglés en el año 1843. Fue impresa en español en 1937 en los talleres del Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía de México, con traducción de Justo Sierra O' Reilly, que es la obra que se consultó.

A pesar de todas sus penalidades, Stephens no se arrepintió de haber realizado dicho viaje, asentando en su libro que en toda la historia de los descubrimientos no había nada que pudiera compararse con lo que él presentaba y que daba al Continente Americano un aspecto nuevo e interesante. Después de llevar a cabo una serie de consideraciones, concluye que no se necesitaba recurrir a ninguna nación del mundo antiguo para encontrar quienes habían edificado las ciudades mayas, pues no eran obra de un pueblo que hubiera desaparecido, sin historia, sino que habían sido edificadas por las mismas razas que habitaban el país al tiempo de la conquista española o en tiempos anteriores no muy lejanos. No lograba entender cómo un pueblo que poseía el poder, el arte y la ciencia de edificar grandes ciudades hubiera caído en tal degradación, como la de los indios miserables que habitaban alrededor de las ruinas y que además habían perdido sus costumbres tradicionales y el carácter atrevido y guerrero. Menciona que si a estos indígenas se les integrara a las escuelas y actividades creativas no dudaba que se desarrollaran y pudieran igualar a sus antepasados.

Su obra abrió la oportunidad para que se realizaran nuevas investigaciones antropológicas, etnográficas, históricas y de otras, ya que lo que se sabía acerca de algunas zonas de la península era a través de informantes o comerciantes que recorrían los caminos reales y que ignoraban la existencia de grandes, solitarias y arruinadas ciudades.

A su regreso del interior de la Península de Yucatán, Stephens y sus compañeros se enteraron de las últimas noticias, entre ellas, que "En el exterior, el horizonte político aparecía tempestuoso [...] se temía una ruptura entre nuestro país y la Inglaterra. Sabíase también el mal éxito de la expedición [texana] de Santa Fe, la captura y prisión de los ciudadanos americanos, y que Texas y todo el Valle del Mississippi estaban en armas para llevar la guerra a México".<sup>(49)</sup>

Cabe recordar que dentro del plan de expansión de los Estados Unidos estaba el anexar el territorio de Texas y otros más, esto es, conquistar nuevas tierras, agrandar sus dominios y de esta manera desarrollar una economía que con el tiempo les permitiera ser una potencia. Así, en el año de 1803 compraron a Napoleón Bonaparte el territorio de la Luisiana, que era una región enorme que comprendía desde la frontera del Canadá, y de los Grandes Lagos, hasta Nueva Orleans en el golfo de México y tenía una extensión aproximada de dos y medio millones de kilómetros cuadrados. La ambigüedad de las fronteras permitió a los nuevos dueños hacer reclamaciones exageradas tales como que Texas estaba incluida en la venta que les hizo Bonaparte. Por tal motivo se tuvo que delimitar nuevamente el territorio, quedando claramente los límites asentados en el Tratado Onís-Adams, el cual se menciona en páginas anteriores.<sup>(50)</sup>

---

<sup>(49)</sup> John F. Stephens, *Op. cit.*, T.II, p. 336

<sup>(50)</sup> Véase p. 31

Por su parte las regiones fronterizas mantenían una relación ambigua con el gobierno mexicano, ya que por la distancia se dificultaba tratar o resolver cualquier asunto y máximo si éste era de importancia y en el que tuvieran que intervenir varias instancias. Provincias como Texas se sentían abandonadas y víctimas de atropellos y abusos. Debido a la depresión económica de los Estados Unidos en 1819, un buen número de ciudadanos se vieron afectados en sus compromisos adquiridos, mismos que se les dificultaba solventar. El aumento de precio de las tierras, así como la cancelación de créditos, hicieron que éstos emigraran a otros lugares donde les ofrecieran mejores condiciones. Fue en ese año que el gobierno virreinal de la Nueva España ofreció dejar entrar a los extranjeros, aunque ya había pequeños grupos de angloamericanos en tierras de Texas, establecidos ilegalmente. Era la salida a los problemas causados por el pánico económico y las deudas de los ciudadanos estadounidenses. Varios colonos dejaron testimonio que de no haber sido por la depresión y el cambio en la política de ventas de tierra nunca hubieran ido a Texas. El primer motivo para emigrar fue el económico, siendo ésta la primera premisa de la tesis de Angela Moyano Pahissa en su libro La pérdida de Texas.<sup>(51)</sup>

En realidad, Texas no tenía minas ni fuerza laboral indígena, de ahí que nunca fuera atractiva ni para españoles ni para mexicanos. En cambio, la riqueza de la tierra llamó la atención de un pueblo de agricultores con esclavos negros. Los estadounidenses pensaban que ellos podían acometer grandes empresas en el mundo, basados en su voluntad y en que un dios benévolo guiaba su destino. Fue también entonces cuando se creó otro mito, el del oeste, como una tierra de promisión, favoreciéndose de este modo la emigración hacia Texas.

Así, tenemos que, desde el año de 1820, ingresaron en forma legal 300 familias a Texas y una vez aprobada la Ley de Colonización (1824), así como la Ley estatal de 1825 en

<sup>(51)</sup> Angela Moyano Pahissa. La pérdida de Texas, México, 1991, Ed. Planeta, p. 10

que se permitió el empleo de agentes de inmigración llamados "empresarios", obtuvieron de parte del gobierno mexicano la autorización para introducir colonos, los cuales deberían de jurar obediencia a las leyes mexicanas, ser católicos y de buenas costumbres. Se insistió que si en seis años no trabajaban las tierras las perderían. México se percató tardíamente de lo peligroso que era el colonizar tierras mexicanas con extranjeros. En el año de 1836 una asamblea decidió la separación de Texas de México y después de una serie de enfrentamientos bélicos, en que el ejército mexicano fue derrotado, firmaron el Tratado de Velasco y un convenio secreto. En este último se acordó que el gobierno de Texas enviaría una Comisión para hacer las negociaciones convenientes y reconocer la independencia de Texas.<sup>(52)</sup> Por su parte, el gobierno mexicano no aceptó en ningún momento la soberanía de Texas; sin embargo, los Estados Unidos estaban ya ideando los mecanismos para lograr su anexión.

En el año de 1838, con el pretexto de preparar la convención sobre reclamaciones, Gran Bretaña se ofreció como mediadora a cambio de que México reconociera a Texas como país independiente. El interés inglés era estimulado por las abundantes cosechas de algodón texano y por que se tenía un gran empeño en evitar - por razones mercantiles- que el nuevo país se anexara a los Estados Unidos. Por su parte éstos últimos continuaban invadiendo territorio mexicano, con el pretexto de proteger las fronteras de las incursiones indias que México no podía sofocar, cosa que - según ellos- había que agradecerles; luego ideó hacer reclamaciones por perjuicios a ciudadanos estadounidenses. No conforme con esto, inventó expediciones científicas disfrazadas para provocar tensión y agresión que le permitiera generar una guerra con México.

---

<sup>(52)</sup> Antonio López de Santa Anna, La guerra de Texas, México, 1983, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana. Col. de Cultura Universitaria, Serie Testimonios # 9, p. 161

Stephens agrega que, al regresar a la Ciudad de Mérida, él y sus compañeros se enteraron que "había llegado de México un comisionado para negociar un convenio sujeto a ratificación del gobierno mexicano para la reincorporación de Yucatán al resto de la República".<sup>(53)</sup>

Olavarría y Ferrari, en México a través de los siglos, asienta como continuó el asedio del gobierno mexicano contra Yucatán: "Tomas Marín, de la marina mexicana, se acercó de noche a las aguas de Campeche y se apoderó del bergantín de guerra *Yucateco*"<sup>(54)</sup>, días después la misma escuadra "asaltó la isla del Carmen, capitulando dicha guarnición".<sup>(55)</sup>

Ante una serie de sucesos semejantes y el gasto que implicaba estar repeliendo agresiones, el 30 de septiembre de 1843 se presentaron los comisionados de Yucatán ante el gobierno mexicano "a poner el Departamento a su disposición, indicando que aun cuando Yucatán pudiera a costa de algunos sacrificios prolongar su resistencia, era su primer deber sacarlo de su anómala posición"<sup>(56)</sup>, firmando el convenio de paz correspondiente.

Justo Sierra O' Reilly, quien realizó la traducción al castellano del Viaje a Yucatán, de Stephens comenta que la obra contiene la descripción de 44 ciudades y sitios arqueológicos importantes de la Península de Yucatán y representaba el trabajo de siete meses (octubre de 1841 a mayo de 1842), en una zona a la que no había entrado antes ningún explorador; que Stephens nunca pretendió ser un viajero científico. Sin embargo, su libro lo presenta como un profundo observador y como un narrador de primera línea, que dio a conocer al mundo civilizado, mejor que ningún otro, la importancia arqueológica de Yucatán y en esto radicaba su contribución principal.

<sup>(53)</sup> John F. Stephens, *Op. cit.*, T.II, p. 336

<sup>(54)</sup> Enrique Olavarría y Ferrari, *Op. cit.*, T.IV, p. 495

<sup>(55)</sup> *Ibid.*, T.IV, p. 495

<sup>(56)</sup> *Ibid.*, T.IV, p. 512

Un 18 de mayo de 1842 Stephens y sus compañeros abordaron en el puerto de Sisal el barco *Alejandro* con destino a La Habana, para de ahí continuar con rumbo a sus países de origen.

Además de los problemas internos, ya señalados anteriormente, México había tenido que afrontar otros externos, como la expedición de reconquista de España\*, la guerra de independencia de Texas, que no puede considerarse como un problema interno por el apoyo abierto que recibió de los Estados Unidos, así como la guerra con Francia en el año de 1838, conocida como "la Guerra de los Pasteles". Aunado a los problemas anteriores, se daba inicio a una serie de hostilidades con el vecino país del norte, que sólo buscaba un pretexto para continuar con su expansionismo territorial y cuyo Congreso aprobó, el año de 1845, la anexión de Texas a la Unión Americana. México consideró esta medida como causa de guerra, originándose una profunda irritación entre ellos. Por su parte, Estados Unidos inició varias acciones bélicas para provocar la guerra. Después de varios enfrentamientos en el norte del país, en donde las fuerzas mexicanas fueron derrotadas, el 13 de mayo de 1846 la Unión Americana declaró la guerra a México, arguyendo que las tropas habían penetrado en su territorio, iniciándose así una serie de actividades militares, en que el ejército norteamericano logró tomar algunos puertos y ciudades importantes del norte, de tal manera, que para finales del año de 1846, dominaba las provincias de esta región.

La invasión norteamericana por el oriente se inició en Veracruz, logrando la capitulación del puerto en el mes de marzo de 1847. El ejército estadounidense, comandado por el general Winfield Scott continuó el avance hacia la Ciudad de México. Después de varias batallas sostenidas a su paso, el 16 de septiembre del mismo año, fecha de la

---

\* Véase pag. 57



conmemoración de la independencia de México, la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en el Palacio Nacional.

La guerra concluyó con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo, el cual se firmó el 2 de febrero de 1848, como un tratado de paz, amistad y límites entre México y los Estados Unidos, en el que la república mexicana perdía el territorio de Texas hasta el río Bravo, los territorios de Nuevo México y Alta California, con una nueva línea divisoria que afectaba a los estados de Tamaulipas, Sonora y al territorio de Baja California.

Los mexicanos cedieron más de la mitad de su territorio, 2 400 000 kilómetros cuadrados, a cambio de una indemnización de quince millones de pesos. La derrota, así como la pérdida de una extensa porción de tierra, hicieron que se despertara entre los mexicanos una conciencia nacional. Sin embargo, después de esta experiencia, se volverían a encontrar nuevamente a los norteamericanos interesados en realizar tratos comerciales con México, con miras a obtener permiso en el uso de la tierra en una zona que era de vital importancia para México, el Istmo de Tehuantepec. Alguien interesado también en esta región fue:

**CHARLES ETIENNE BRASSEUR** (1814-1874). De nacionalidad francesa, escribió desde muy temprana edad artículos periodísticos, así como novelas. Se ordenó como sacerdote en Roma a la edad de 31 años. Llegó a México por primera vez en el año de 1848 como capellán de la Legación Francesa, contando con 34 años de edad. Fue un hombre que

se dedicó a la investigación de la Etnología, Lingüística e Historia americana y a la difusión de ellas en Francia.

Su segundo viaje a México fue en 1854, cuando también recorrió América Central, visitando Guatemala, el Salvador y Nicaragua. Escribió entonces los volúmenes I y II de Historie des nations civilisées... Recuperó los textos del Popol Vuh y los de Rabinal-Achi, ambos los tradujo al francés. Por otra parte recuperó los manuscritos del obispo Landa sobre Yucatán y los códices Chimalpopoca y Troano. El tercer viaje a México lo realizó en el año de 1859, como comisionado por el Ministerio de Educación de Napoleón III; las experiencias de esta visita quedaron plasmadas en el libro Viaje por el Istmo de Tehuantepec, publicado por el Fondo de Cultura Económica en el año de 1981 en su colección Sep/80, con traducción de Luis Roberto Vera, que es la obra que se consultó.

Brasseur no es explícito en cuanto a señalar cuál era su objetivo en estas tierras; sin embargo, se deduce que su interés era estudiar la zona del Istmo de Tehuantepec por la importancia de su situación geográfica. La posibilidad de una comunicación interoceánica a través del Istmo de Tehuantepec, se había planteado por primera vez en la Cuarta carta de relación de Hernán Cortés. Después en 1774, el virrey Antonio de Bucareli ordenó estudios para explorar la posibilidad de construir una vía entre el Océano Pacífico y el golfo de México. El barón de Humboldt abordó el tema en su Ensayo Político... Para 1842, José de Garay obtuvo del presidente Santa Anna la concesión y privilegio exclusivo por 50 años para el tránsito de personas y mercancías, por una vía que debía construirse en dicha región.

Posteriormente los ingleses, a través de la Compañía Manning y McIntosh, obtuvieron la concesión para traspasarla poco después a unos ciudadanos de los Estados Unidos. En el año de 1850 el ingeniero J. G. Bernard fue contratado por la Tehuantepec Railroad Co. of New Orleans a fin de desarrollar un proyecto para la construcción de un ferrocarril interoceánico entre el Océano Pacífico y el Atlántico, el cual no se llevó a cabo por que se canceló el permiso. El 7 de Julio de 1857 la Compañía Luisiana de Tehuantepec obtuvo permiso, para la construcción de una vía de buques y canoas que uniría a Nueva Orleans con San Francisco, a través del istmo. Los barcos zarpaban una vez al mes de cada puerto, uniendo a la recientemente adquirida California con el resto de la Unión Americana, por una ruta menos peligrosa que la terrestre. Esta es la ruta que describe Brasseur.

Así, nuestro viandante el 12 de mayo de 1859 abordó en Nueva Orleans el vapor *Coatzacoalcos* con rumbo al Istmo de Tehuantepec, atraído por la propaganda que dicha compañía, ofrecía sobre el servicio del viaje Nueva Orleans-Minatitlán. De ahí se abordaba otro vapor más pequeño con el nombre de *Xúchil*, que trasladaba a los pasajeros hasta el lugar del nombre del vapor; la jornada continuaba en canoas y a caballo hasta el puerto de La Ventosa, para de allí embarcarse en otro vapor con destino a California. Si la programación del itinerario se realizaba bajo el orden establecido, el viandante se podría dar por bien servido, pero si por cualquier motivo éste se retrasaba y el vapor con destino a California ya había zarpado tendría en su haber muchas experiencias que relatar por el resto de su vida, así como esforzarse por recuperar el desembolso del dinero o vender sus pertenencias para sufragar los gastos, ya que el hospedaje en los "suntuosos" hoteles de la

ruta era elevado y la estancia podía prolongarse hasta por un mes, ya que era el tiempo programado para el retorno del siguiente vapor.

Después de cuatro días de navegación a través del golfo de México, Brasseur llegó a la población de Minatitlán, en donde le fue presentado un personaje que en esos momentos ocupaba un papel importante en las relaciones México - Estados Unidos. El Sr. Robert M. McLane, Ministro Extraordinario y Plenipotenciario en México y senador por estado de Maryland. Nuestro viandante dice al respecto:

El señor MacLane [*sic*] acababa de tomar café cuando entramos; se levantó cortésmente [...] Es joven todavía y probablemente no llega a los cuarenta; su fisonomía, fina y distinguida, para ser un norteamericano, revela inmediatamente un carácter observador. Estaba vestido con un traje negro extremadamente limpio y cuidado; tanto en sus modales como en su persona creí ver un hombre muy superior a la mayoría de sus compatriotas que he conocido con una personalidad tan educada como la suya.<sup>(57)</sup>

Luis Roberto Vera indica que McLane desembarcó en Veracruz en marzo de 1859, agregando que desde que Brasseur salió de Nueva Orleans y hasta el fin de su viaje por el Istmo de Tehuantepec, McLane y Ocampo debatían las condiciones de un tratado que llevaría sus nombres.<sup>(58)</sup> Brasseur tuvo la oportunidad de presenciar una boda en Minatitlán, la cual se celebró a bordo del vapor *Coatzacoalcos* y en la que el Sr. McLane participó para que esta boda se realizara exitosamente. John McLeod Murphy, senador del Estado de Nueva York, había sido enviado en misión particular al istmo por los principales socios

<sup>(57)</sup> Charlés Brasseur, Viaje por el Istmo de Tehuantepec, México, 1984, Ed. Fondo de Cultura Económica, Col. Lecturas Mexicanas # 18, p. 40

<sup>(58)</sup> Ibid., p. 17

capitalistas de la compañía; según Brasseur, éste le comentó que McLane tenía especial interés en que esa boda se llevara a cabo con la finalidad de ganar popularidad, ya que había reconocido la presidencia de Benito Juárez en Veracruz "sin estar suficientemente autorizado por su gabinete [...] y Juárez no ha sido reconocido oficialmente como presidente de México"<sup>(59)</sup> Sin embargo, el ministro reconocía a aquel como el verdadero y legítimo presidente de la "Confederación Mexicana".

El Tratado McLane-Ocampo fue firmado el 14 de diciembre de 1859. Según las cláusulas principales:

los Estados Unidos, obtendrían el tránsito y derecho a través del Istmo de Tehuantepec, así como del río Grande y Arizona al golfo de California. También adquirirían el derecho de emplear fuerzas militares para la seguridad y protección de personas y propiedades, pasando sobre cualquier parte de la zona. A cambio de esto el gobierno recibiría la suma de cuatro millones de pesos, de los cuales dos serían pagados inmediatamente si se lograba el cambio de ratificaciones y los dos restantes serían retenidos por el gobierno de los Estados Unidos para pago de las reclamaciones de ciudadanos de los Estados Unidos contra el gobierno de México.<sup>(60)</sup>

Nuevamente Luis Roberto Vera agrega que el tratado era suscrito por el presidente Juárez, en virtud de sus facultades extraordinarias y ejecutivas, por estar México en guerra, y que el convenio debería de ser ratificado por el Senado de los Estados Unidos. Indica que "el tratado estipulaba que ambos países estaban obligados a brindarse ayuda en caso de encontrarse comprometidas sus existencias y debían de brindarse socorro para sostener al

<sup>(59)</sup> *Ibid.*, p. 50

<sup>(60)</sup> Walter V. Scholes. Política mexicana durante el régimen de Juárez, México, 1976, Ed. Fondo de Cultura Económica, p. 63

legítimo gobierno por ellos reconocido".<sup>(61)</sup> Esto implicaba que los estados americanos debían de proteger a los liberales en caso de una posible intervención europea y muy pronto tuvieron que prestar este socorro, pues Miramón planeaba atacar Veracruz por mar, para lo cual llevó desde La Habana, con el apoyo de España, dos embarcaciones que los americanos detuvieron en el golfo de México antes de llegar a su destino.

Brasseur relata que al Senado Americano le pareció excesivo intervenir a tal grado en los asuntos internos de México, en virtud de un tratado que no había sido ratificado y se negaron a suscribirlo. Estalló la guerra civil en los Estados Unidos y el plazo para ratificar el tratado terminó.

El viajero francés explica en forma sucinta cuál era la situación que prevalecía en México. Indica que dos partidos dividían este país: uno, conocido como conservador, defensor de la Iglesia Católica y con sede en la capital de la república, tenía a la cabeza al general Miguel Miramón, al que describió como joven, activo, emprendedor y lleno de valentía; sin embargo, le parecía "muy militar y demasiado español" para ser capaz de conducir a los mexicanos. Los partidarios de este grupo en Tehuantepec eran conocidos como "patricios". El otro partido era el liberal, con sede en el puerto de Veracruz, que reconocía como presidente del mismo a Benito Juárez, de quien Brasseur se expresaba como "un hombre de talento y de una probidad notable". Los aliados de este partido en Tehuantepec eran conocidos como "juchitecos".

---

<sup>(61)</sup> Charles Brasseur, *Op. cit.*, p. 15

Brasseur relata que la guerra cubría a casi todas las provincias de México e insiste en que el principal motivo era la aversión hacia los españoles. Agrega que el partido conservador contaba con mayores recursos económicos, así como con superioridad militar. Por su parte, el partido liberal aglutinaba a los indios en general y a la porción más morena de los mestizos. Señala que al primero lo apoyaba España y al segundo países como Estados Unidos e Inglaterra. Declara que a ninguna de las dos facciones, cuyas discordias arruinaban al país, se la podía exentar de reproches o crueldades y que ambas cometían pillajes, perfidias y asesinatos. Agrega que la guerra, el robo, la falta de productividad y todo lo que conllevaba este tipo de actos había sido muy desgastante y que México sufriría penosamente por ello durante muchos años, si bien en algunos casos la experiencia había sido necesaria.

Al igual que otros viajeros, este autor comenta sobre de las ventajas con que contaba México. Así, al hablar sobre la fertilidad, clima y situación geográfica del valle del Coatzacoalcos lo consideró como una de las regiones más dotadas del globo, ya que la tierra producía el quintuple que otras y por la misma cantidad de trabajo producía seis veces lo que el suelo más fértil en los Estados Unidos. Por último, agrega que la región era el paraíso de las maderas preciosas de todas clases, y que también había caucho, vainilla, zarzaparrilla, añil, cacao, café, azúcar, tabaco, algodón, maíz, miel, pita y otros y sólo requiere la mano de un pueblo activo e industrioso para enriquecerla.

Luego de una estancia de aproximadamente 45 días, Brasseur dejó a sus compañeros de viaje y continuó hacia el poblado de Juchitán, el cual quedaba dentro de dicha región.

Desafortunadamente la narración de su viaje queda inconclusa, por lo que no aparece la fecha en que abandonó el país; sin embargo, en el año de 1865 regresa a México nuevamente.

Esta reseña histórica es importante por que introduce al lector a la época en cuestión permitiéndole tener un marco de referencia para entender el devenir histórico de esta época y comprender en forma integral los tres temas que se desarrollan, que son la vivienda, la alimentación y las enfermedades que inciden sobre aspectos de la salud, que es el tema central de la presente tesis.





“Es un dicho muy trillado en México que hay cuatro cosas hermosas, a saber: las mujeres, los trajes, los caballos y las calles”

**William Bullock**

## VIVIENDA

Qué tipo de paisaje flora y fauna encontraron los viajeros al recorrer las tierras mexicanas? ¿Cómo eran las ciudades, aldeas y rancherías visitadas por ellos? ¿Cómo eran sus viviendas? ¿Cuál fue la opinión u opiniones que expresaron? Con el objeto de dar respuesta a estas interrogantes se describirán las impresiones de estos viajeros al visitar diferentes puertos y ciudades del golfo de México como *Tampico, Veracruz, Alvarado, Sisal y Mérida* entre algunas, así como las poblaciones y ciudades que formaban parte de ruta *Veracruz-Ciudad de México*.

### TAMPICO

George Francis Lyon, como recordamos, arribó por Tampico, población situada en la parte oriental del país, en el límite de los actuales estados de *Tamaulipas y Veracruz*, sobre la costa del golfo de México. El paisaje de este puerto le fue sin duda poco atractivo, pues lo primero que se distinguía en aquella época eran sus médanos y un grupo de casitas a lo largo de la barra. Sin embargo, Lyon se distrajo observando a los pelicanos y a las gaviotas, que se agrupaban en bandadas volcando su vuelo sobre la playa. Al fondo de este escenario aparecían tres poblaciones: *Pueblo Viejo de Tampico, Tampico el Alto y el Pueblo Nuevo de las Tamaulipas* (hoy Tampico).

El primero y más antiguo, como su nombre lo sugiere, era el *Pueblo Viejo de Tampico*, situado hacia el sur del río Pánuco. Originalmente estaba integrado por un grupo de *cabañas* de pescadores, que realizaban su labor durante los meses de mayo y junio, en los que capturaban enormes cantidades de camarón, el cual una vez seco constituía su principal artículo de exportación. Era pequeño, contaba con su iglesia, su mercado, sus almacenes,

sus mesones, sus *casas* rústicas y su paseo, este último situado en una colina boscosa a espaldas del pueblo, y desde él se veía más allá de la barra el mar con su oleaje incesante.

La segunda población, que era la de menor importancia de las tres mencionadas, llevaba el nombre de *Tampico el Alto*; se situaba en una colina alta hacia el sur del Pueblo Viejo de Tampico.

Por último, el *Pueblo Nuevo de las Tamaulipas*, situado aproximadamente a cinco kilómetros hacia el norte de la vieja población y sobre la ribera del río Pánuco, que se encontraba en pleno crecimiento en ese momento, el cual invitaba por sus ventajas comerciales a la inmigración de gente de Pueblo Viejo y de otras poblaciones aledañas como Altamira.

El capitán Lyon señala al respecto: "La población de Pueblo Viejo tiene una situación de lo más incómoda, ya que la ruta para llegar a ella es de aguas tan bajas que los botes cargados no pueden desembarcar con facilidad. Está cediendo rápidamente su importancia mercantil a la nueva población, la que ya tiene gran número de habitantes y crece con rapidez, y posee *casas* buenas y tiendas excelentes, cuya renta es, sin embargo, exorbitante". (p. 272)

En relación a la habitación, el capitán Lyon no fue muy explícito; sin embargo entresacando de su diario podemos tener una idea del tipo de vivienda que prevalecía. De la primera que habitó en *Pueblo Viejo* relata:

El señor Robertson [cónsul norteamericano] muy amablemente me alquiló un cuarto sin ventanas en una de las *casas* más respetables del lugar, cuya administradora era mejor conocida por el nombre de *la Gachupina* [...]

Esta dama, que tenía la reputación de ser rica y aseada, se encontraba muy apenada por carecer de tiempo para limpiar mi habitación; pero dos muchachas indias fueron puestas a trabajar inmediatamente lavando el piso de tierra y poniéndome comfortable. (p. 15)

Al referirse a su segunda vivienda, que fue en el *Pueblo Nuevo de las Tamaulipas*, indica: "Después de haber vivido por mucho tiempo entre el ruido y las incomodidades de Pueblo Viejo, al fin logré alojarme en *Tamaulipas*, en un granero encalado bastante grande, que constaba de un solo cuarto, por el cual, sin un solo mueble, pagué dos dólares y medio por día, y me felicité por haber hallado un alojamiento tan barato en la nueva población". (p. 29)

Joel Roberts Poinsett realizó un largo recorrido, como es el de Veracruz-Ciudad de México-Tampico, al llegar a las cercanías de este último menciona que a su paso encontró dos tipos de vivienda: la de las poblaciones indias, que estaban construidas por paredes de estacas bambú o techadas con hojas de palma, y la de las poblaciones mestizas, construidas con paredes de barro y techos de palma, contando algunas de ellas con aleros que les proporcionaban en tiempo de calor una sombra para protegerse de los rayos del sol o en época de lluvia un refugio para resguardarse del agua.

Al alojarse en el *Pueblo Viejo de Tampico* describe a la población y tipos de hospedaje:

Este *Pueblo Viejo* es una población sucia, y mucho peor construida que Altamira. Está situada como a unas cinco leguas del mar, en la margen de una pequeña laguna. [...] Es divertido contemplar la actividad y el bullicio de los negocios de esta ciudad de *bohios* con techos de palma. El pequeño comerciante, en una pieza miserable de no más de tres o cuatro varas de lado, con dos barriles en un piso de terrado, y una tabla encima de ellos, que hace veces de mostrador. (p. 275)

Al referirse a los *mesones*, el mismo viajero expresa: "Nos encaminamos a una fonda y café regenteados por un francés, o más bien por una criolla de la Nueva Orleáns [...] Nos han señalado una sola pieza que da al comedor, y que es además una especie de vía pública. En ella se almacena toda la vajilla, apilada en cajas y sobre fondos de barriles; además de esto, la habitan dos loros". (p. 275)

Más adelante nos relata sus experiencias al cambiar de tipo de vivienda:

[...] me mudé a otra *casa*, pero *de la sartén me caí a la lumbre*. Anoche no me dejaron dormir los quejidos de un desafortunado que se estaba muriendo en la pieza contigua, de la que sólo me separaba un delgado tabique. Hoy en la mañana di orden a mi criado de buscarme otro alojamiento. El amo de la *casa*, al ver mis preparativos de mudanza, expresó su sentimiento de que me hubiera cansado tan pronto de mi morada. Después de escuchar los motivos, me dijo, muy tranquilamente, que no era necesario mudarme por eso *Ya murió ese hombre. Esta noche no será usted molestado*. Mi criado me dice que hay otro enfermo en la *casa*. De modo que siempre nos hemos mudado otra vez. (p. 276.)

## VERACRUZ \*

### EL PUERTO DE VERACRUZ

En esta época, el puerto tenía un paisaje atractivo. Contaba con una muralla que a su vez circundaba la ciudad, su castillo en la *Isla de San Juan de Ulúa*, la *Isla de Sacrificios*, sus

---

\* Se localiza en la parte oriental del país. Actualmente limita al norte con el estado de *Tamaulipas*, al sur con los Estados de *Oaxaca* y *Chiapas*, al sureste con *Tabasco*, al este con el *golfo de México* y al oeste con los estados de *Puebla*, *Hidalgo* y *San Luis Potosí*. Tiene como límites naturales, al norte el *Río Tamesí*, al sureste el *Río Tonalá*, al este el *golfo de México* y al oeste la *Sierra Madre Oriental*. Su clima es muy variado ya que oscila desde cálido-húmedo hasta muy frío, con nieves perpetuas en la cima de su volcán. El clima a lo largo de la llanura costera es cálido y sumihúmedo, con lluvias en el verano y con una precipitación pluvial de 1500 mm y una temperatura de 25°C.

médanos, al fondo la exuberante vegetación y el fascinante volcán conocido como el *Pico de Orizaba*, todo lo cual lo hacía particularmente interesante.

**William Bullock**, describe las impresiones que el paisaje ofrecido por *Veracruz* le despertó desde la borda de su navío:

En la tarde del lunes 24 de febrero [de 1823] esperábamos ver la costa de México y nuestra ansiedad iba en aumento a medida de que la puesta del sol se aproximaba. Todos nos amontonamos sobre cubierta y todo catalejo disponible estuvo en demanda; lejanas montañas habían estado a la vista durante varias horas. Sin embargo, sólo cuando repentinamente desapareció la neblina irrumpió desde el puente de paseo un grito general: *Orizaba*. Llamé a mi hijo que estaba mirando desde la cofa del palo menor para que lo observara, el cual me contestó que ya lo había hecho y que había quedado maravillado al igual que todos; pero al dirigir su mirada más hacia el oeste percibió que parte del sol estaba considerablemente más arriba que las nubes, oscurecido por algo que le daba la apariencia de estar eclipsado, cuando con tono de asombro exclamó: *El Orizaba está entre el sol y nosotros*. De súbito su altísima cima, negra por su propia sombra al aparecer en medio de los cielos, se hizo claramente perceptible a simple vista, en tanto que su base y tres cuartas partes de su altura eran invisibles desde tal distancia. Uno de los efectos más solemnes que he contemplado en mi vida fue producido por este atlas gigante envuelto en nubes. La altura de la montaña se estima en 17.000 pies sobre el nivel del mar (snm) y la distancia a la cual la vimos era aproximadamente de 150 millas. En unos cuantos minutos desapareció de nuestros dilatados y estupefactos ojos, y nos quedamos como personas que acaban de despertar de un sueño extraordinario (p. 56)

## LA CIUDAD DE VERACRUZ

La Ciudad de Veracruz era famosa y conocida, debido a que fue entonces la entrada por excelencia para internarse a estas tierras, y así poder llegar a la capital de la *Nueva España* o *de México*, según la fecha de que se trate.

Esta ciudad, como anteriormente se señaló, se encontraba amurallada; sus calles estaban trazadas en ángulo recto; la distribución de su plaza era de forma cuadrangular, teniendo por el lado norte los portales con comercios, por el sur la iglesia, por el este el cabildo y por el oeste, un espacio abierto. La ciudad contaba con *casas* amplias, iglesias, hospitales, conventos terminados en su mayor parte en domos blancos y rojos, así como cúpulas y azoteas que le daban un aspecto interesante.

La euforia inicial expresada por Bullock con respecto al paisaje que circundaba *Veracruz*, fue una constante en todos los viajeros que llegaron a este lugar, como también lo fue la desilusión que experimentaron al llegar a la ciudad.

**Madame Frances Erskine de Calderón de la Barca** dice de su arribo a Veracruz:

Al fin, empezaron a aparecer vagamente algunos campanarios cerca de la playa baja y arenosa, y por un tiempo motivo de nuestras ansiosas miradas; y, por último, pudimos distinguir *casas*, iglesias y el fuerte de San Juan de Ulúa, de bélica memoria. Con lentitud, pero sobre seguro, nos fuimos acercando a la costa, hasta que Veracruz, en toda su fealdad, se hizo patente a nuestros fatigados ojos [...]

El aspecto de todo lo que estábamos viendo mientras nos vamos acercando, es de lo más melancólico, *delabré* (deteriorado) y desconsolador que puede uno imaginarse. De un lado, la fortaleza con sus murallas rojinegras; del otro la ciudad, miserable y tétrica, llena de bandadas de unos grandes pájaros negros, llamados zopilotes, que revolotean sobre algún animal muerto o tienden el vuelo en busca de carroña. Y sin embargo, como era el término de nuestro viaje, todo fue bien acogido, aun lo triste de la ciudad; aun los médanos de arena roja que la rodean, tan semejantes a los desiertos de Arabia, nos parecieron atractivos. (p. 19)

Y más adelante agrega: “[...] ¡qué alrededores! Las *casas* de las afueras de la ciudad están ennegrecidas por la pólvora o por el fuego, y hasta donde alcanza la vista, los

desnudos y rojos médanos; sin un árbol; sin un arbusto, sin una flor ni un pájaro, excepto el horrible y negro zopilote, con empleo en la policía. Parece como si el profeta Jeremias hubiera cruzado la ciudad, maldiciendo a sus moradores". (p. 22)

Tanto madame **Calderón de la Barca** como **Bullock** coincidieron en sus apreciaciones sobre la ciudad, comentando este último:

[... lo] peculiar de Veracruz es que no tiene ningún jardín ni tampoco existe alguno cercano. La ausencia de vegetación prueba la pobreza del suelo y lo insalubre del clima. No sé si el prejuicio haya influido en mi opinión, más, para mi, Veracruz aparece como el lugar más desagradable de la tierra; y su reputación de ser el lugar menos saludable del mundo hace que sea natural que un extranjero tiemble de horror cada hora que permanece intramuros de ella, rodeada de áridas arenas, extensos pantanos y sabanas cuyas exhalaciones solo se disipan cuando soplan vientos fuertes. (p. 62)

Sin embargo, un viajero como **William T. Penny** manifestó interés y hasta excitación al recorrer las calles de Veracruz:

Al traspasar sus puertas mi corazón palpité de emoción. Todo lo que me rodeaba excitó en mí sentimientos de profundo interés: la gloriosa revolución, de la que la ciudad había sido recientemente testigo, sus hermosas y, no obstante, solitarias calles, sus palacios acribillados a balazos y mutilados por las explosiones de las bombas, su presente aspecto guerrero, pues está llena de tropas, y la presencia del enemigo en la fortaleza de San Juan de Ulúa fueron para mí objetos absolutamente nuevos y, naturalmente, muy a propósito para interesarme. (p. 65)

No cabe duda que las guerras no sólo tienen como saldo heridos y muertos, sino también la mutilación o destrucción de las ciudades, derrumbando *casas*, monumentos históricos y otras construcciones.



En cuanto a las *casas* construidas en esta ciudad, **Poinsett**, quien habitó en la residencia del cónsul de los Estados Unidos señala: "Mucho me agradó su *casa* que, como todas las que viera allí, está bien adaptada a un clima caluroso. Gruesas paredes de piedra excluyen el calor, y los patios están sombreados e imparten una sensación de frescura al interior. Los aposentos son altos, con cielos altos y puertas de comunicación; todas las *casas* son de dos pisos con azoteas planas". (p. 51)

Por su parte, el inglés **Bullock** dice:

Muchas de las *casas* de Veracruz son grandes, algunas tienen hasta tres pisos; están construidas en el estilo español antiguo o morisco y, por lo general, incluyen un patio cuadrado con galerías y corredores techados. Tienen azoteas, ventanas provistas con cristales y son *casas* adecuadas al clima; la mayor parte presentan balcones de madera en la fachada y el arreglo interior es semejante al de las *casas* de la Vieja España. (p. 61)

Por otra parte, **Penny**, que era muy detallista en sus observaciones, dice:

La belleza de las calles de Veracruz me llamó particularmente la atención: están trazadas con perfecta regularidad, van de norte a sur y de este a oeste, cortándose la una con la otra en ángulos rectos y son de una anchura debidamente proporcionada. La ciudad no tiene edificios públicos importantes; su principal belleza es la de las *casas* particulares, y éstas, al menos en las calles principales, son verdaderos palacios. Dichas *casas* están pintadas de modos diversos o se hallan cubiertas de azulejos, lo que les da una agradable y gaya apariencia. Los balcones cubiertos que enmarcan las ventanas ayudan en extremo a la hermosa perspectiva de las calles, las cuales están bien empedradas y se les tiene limpiísimas, excepto donde hay montones de ruinas. Por aquí y por allá asoman jaramagos y yerbajos y en algunas calles hasta florecen tranquilamente. La dura y pulida argamasa es substituida por baldosas, para comodidad de los peatones [...]

Del interior de las *casas* he visto poco; pero por lo que se refiere a mis observaciones puedo decir que aunque el estilo es elegante, el arte de

construir es todavía burdo. Los muros son gruesísimos, por lo general tienen un espesor de cuatro pies, e incluso las paredes interiores son fuertes y toscas; los suelos son de ladrillo o losetas, frescos y adecuados al clima; lo mismo puede sostenerse respecto a las recámaras; las cuales están comunicadas; sin embargo, una familia inglesa no admitiría una ventilación tan escasa o procuraría obtenerla por otro medio a fin de tener habitaciones independientes. Sobre nosotros están las vigas desnudas que con frecuencia se encuentran incluso sin blanquear; las paredes son toscas, desniveladas, y los accesorios fijos de la *casa* son burdos y se hallan mal colocados. Esas muestras de incultura las puede uno encontrar incluso en *casas* que por otra parte están terminadas y adornadas con la mayor magnificencia.

La entrada a la *casa* se hace por una gran puerta de dos hojas a lo largo de un pasillo abovedado que desemboca en el llamado patio, el cual está adornado con macetas, con flores y siemprevivas. El almacén, las habitaciones de los criados y camaranchones están en la planta baja y se abren sobre dicho patio. También dan a él una o dos cocheras, y al fondo está el establo. Una ancha escalera de piedra conduce a un corredor abierto que lleva a las diferentes partes de la *casa*.

La mejor habitación está al frente y se denomina la sala; la cocina está atrás; el comedor junto a ella y los dormitorios entre éste último y la sala. Esta ocupa con frecuencia todo el frente de la *casa*; dicha pieza es vasta y es proporcionalmente ancha y alta; las paredes y las baldosas del piso están pintadas al fresco, y, si las vigas del techo están cubiertas con un cielo raso, éste se pinta asimismo, por lo general, de un modo caprichoso; una araña de cristal de viejo estilo cuelga del centro de la habitación; sillas y sofás de bambú, o tapizadas de damasco pasado de moda, y mesitas rinconeras constituyen el ajuar común de la generalidad de las *casas*, e incluso éste va por lo común desapareciendo al presente. El comedor es, por lo general, una parte del corredor, situado al aire libre o, cuando más, cercado por celosías. Las paredes están encaladas, las vigas desnudas y el piso de baldosas o ladrillos rojos; el menaje, una mesa de pino, unas pocas sillas de tule y una alacena. Las cocinas están sucias y son incómodas; un gran número de pequeños anafres son sustituidos por grandes fogones y como combustible se emplea únicamente carbón de leña. Una parte del piso de la cocina está enlosado y otra, generalmente es un terrizo aplanado e impermeabilizado. Las chimeneas no son necesarias.

La mayor parte de las *casas* están completamente deshabitadas; las ruinas causadas por las bombas y por la metralla aún se ven en las habitaciones, y los agujeros que ellas han abierto a través de las paredes están todavía sin reparar y presentan ciertamente un cuadro de desolación. (p. 67)

Es conveniente señalar que la construcción de *casas* y edificios de la Ciudad de Veracruz resultaba costosa, ya que el cinturón de arena que existía entre la ciudad y el interior obstaculizaba el transporte de piedra y ladrillos a la ciudad y tales materiales de construcción debían de llegar por mar. Una alternativa era utilizar el coral blanco y poroso del que se forman los numerosos arrecifes que se encontraban fuera de la costa. No es sorprendente entonces, que la mayor parte de las *casas* de la ciudad, así como el *castillo de San Juan de Ulúa*, fueran construidos de este material.

Debido a la dificultad de trasladar y obtener materiales de construcción, el valor de las *casas* resultaba elevado, de tal manera que una *casa* en la ciudad, como las descritas por los viajeros anteriormente, se cotizaba en alrededor de 100 000 dólares. En consecuencia, los costos de las rentas de estas mansiones ascendían aproximadamente a 3 000 dólares anuales.

Considero interesante subrayar las experiencias de dos viajeros, **Bullock** y madame **Calderón de la Barca**, pues, si bien llegaron a la misma ciudad, sus condiciones de alojamiento fueron diferentes debido a sus cargos y funciones, siendo sus situaciones distintas en aspectos económicos, políticos y sociales. Dejemos que ellos mismos nos describan sus experiencias.

**Bullock**, como recordamos, vino a explorar las condiciones para invertir capital inglés en este país; se hospedó en un *hotel* ubicado a la entrada del puerto, y él mismo relata:

Regresamos a nuestro *hotel*, si tal mereciera llamarse, donde ni siquiera pudimos ser acomodados en camas. Con alguna dificultad me procuré un catre, sobre cuyo jergón se extendía una sábana y sobre ésta una pequeña pieza de bayeta. Esto constituía por entero el mobiliario del cuarto, el cual no tenía ventana salvo una abertura que comunicaba con el salón de billar, cuyos ruidosos visitantes eran más que suficientes para impedir el reposo.

Al prepararme a meterme en la cama descubrí que la solitaria sábana estaba completamente mojada; mas al presentar mi queja al posadero éste me respondió que no sabía nada al respecto, pero que no tenía otra. Le dije que sería preferible cubrirme con el abrigo y dormir toda la noche sentado, a lo cual replicó con la mayor *sang froid* [sangre fría] que coincidía conmigo y me dejó pasar una noche en vela atormentado con el ruido, el calor y los mosquitos. (p. 60)

Las atenciones hacia la dama fueron distintas. Madame **Calderón de la Barca**, como sabemos, era esposa del primer ministro plenipotenciario español en México, y fue alojada en la *casa* del señor Velazco, comerciante rico y excónsul, que vivía en la calle principal.

Nuestra viajera comenta su experiencia al respecto: "Fuimos recibidos con gran hospitalidad y encontramos habitaciones excelentes, preparadas para nosotros. La *casa* es inmensamente amplia y bien ventilada, construida en forma de plaza, como todas ellas; pero siempre con esa sensación de melancolía y de vacío que hasta ahora me producen las *casas* de este estilo, aun cuando admirablemente adaptadas al clima". (p. 20)

Y más adelante agrega:

Fuimos recibidos por esta familia con tanta y tan sincera bondad, que pronto nos encontramos como en nuestra propia *casa* [...] La cama no fue mal recibida, camas más confortables no las habíamos tenido; con mosquiteros, sábanas y almohadas bordeadas con ricos encajes, tan comunes en las casas españolas, que no es un lujo como entre nosotros. Pero los mosquitos entraron en algún momento de descuido y ellos y el calor se confabularon en contra del sueño. (p. 21)

## RUTA VERACRUZ-MEXICO

La ruta *Veracruz-México* era pintoresca e interesante, ofrecía a los visitantes toda una variedad de climas ya que éste tenía que realizar su viaje en un constante ascenso hasta las montañas y después descender al Valle de México. En este trayecto existían poblaciones pequeñas, así como ciudades importantes que nuestros viajeros van describiendo, haciendo énfasis en el paisaje y en el tipo de vivienda que prevalecía en cada una de ellas, tales como *bohios, jacales, cabañas, chozas, mesones y casas señoriales*.

A pocas leguas de haber dejado la Ciudad de Veracruz, madame Calderón de la Barca encontró las primeras viviendas de indios y expresa:

El espectáculo era pintoresco y sorprendente a la vez: las *chozas* de bambú, techadas de palma, las indias, con su negro y largo cabello, paradas en las puertas con sus niños semidesnudos; las mulas revolcándose en la tierra, siguiendo su costumbre favorita; cabras blancas como la nieve, ramoneando entre las palmeras; el aire suave y perfumado, primer soplo fresco de la mañana; las gotas de rocío brillando aún sobre las anchas hojas del plátano y de la palmera, y todo cuanto nos rodeaba, tan silencioso, tan fresco y apacible. Las *chozas* se ven pobres, pero limpias; sin ventanas, pero una luz tamizada se abre paso entre las frondosas cañas. (p. 25)

Henry George Ward describió los tipos y materiales de construcción de estas viviendas, así como de quienes las habitaban y los utensilios que utilizaban para la elaboración de sus alimentos:

El pueblo estaba compuesto de cinco o seis *jacales* [...] contruidos de bambú y techados con hojas de palma [...] Las cañas con que componen los lados están colocadas entre sí a distancia tan respetable como para admitir tanto luz como aire, y ello hace innecesarias las ventanas. Hay, si, una puerta, que conduce inmediatamente al principal apartamento, en donde el padre, la madre, los hermanos y las hermanas, los puercos y las gallinas se alojan juntos en amistosa promiscuidad. Algunas veces se

intenta una subdivisión, colgando una o dos esteras, de manera de aislar un rincón del cuarto [...] La cocina ocupa un *jacal* separado. A veces las camas están colocadas sobre una armazón de caña, pero más frecuentemente consisten en una estera cuadrada puesta al suelo; mientras unas calabazas para guardar agua, algunos vasos grandes para naranjada, un metate para moler maíz y una pequeña vasija de barro, componen el repertorio de utensilios domésticos. (p. 420)

**Bullock**, quien se hospedó en el poblado de *San Rafael*, y pasó la noche en una de estas *posadas* en donde se alojaba todo tipo de forasteros, hace una amplia descripción de ellas en su libro, y pone sobre aviso a otros viajeros acerca del tipo y servicio de alojamiento prevalecientes e insiste en que no se dejen influir por lo que algunos escritores decían de estos lugares sin haberlos visitado antes:

La *posada* consiste de un gran cobertizo techado con hojas de palma, parcialmente cerrado y semejante a una jaula de pájaros, por donde penetra libremente el aire, pero no de barrotes tan tupidos que impidan ver desde fuera lo que pasa adentro [...] Bajo esta protección y al aire libre varios viajeros yacen acostados para pasar la noche. Nuestro equipaje fue colocado en el interior y al preguntar dónde nos acomodaríamos para dormir, fuimos llevados al mismo lugar y se nos dijo que a menos queuviésemos nuestras propias camas deberíamos acostarnos en el suelo; en efecto no se nos ofrecía otra cosa que amparo contra la lluvia y maíz para los animales. Por nuestra parte y no sin dificultad nos procuramos unas tablas gruesas para colocar nuestros colchones [...] Varias personas de ambos sexos, con algunos niños, estuvieron en el mismo cuarto que nosotros; es decir, en una especie de galería que se proyectaba desde el encercado. Nuestras mulas y las de otros viajeros permanecieron atadas afuera, en tanto que los numerosos perros pertenecientes al establecimiento y los que pertenecían a los diferentes conductores se mezclaron con sus amos y ladraron tanto como para impedirnos el sueño. Teníamos los caballos cerca de nuestras cabezas comiendo maíz, las mulas pateaban y peleaban entre ellas, los arrieros maldecían, el calor era sofocante, los burros rebuznaban y el zumbido y picadura de los mosquitos, así como los piquetes de las miríadas de pulgas, completaban el confort de lo que ha sido llamada posada. (p. 66)

Continuando su caminata desde la costa, los viajeros cruzaban varios poblados como son *Puente del Rey*, *Plan del Río*, *Encero* y otras aldeas pequeñas que se encontraban antes de la *Ciudad de Jalapa*, y que compartían un clima tropical. A su paso percibían algunos cambios, por ejemplo: las *casas* de los indios tenían las paredes forradas de petates que les servían para defenderse del viento y de la lluvia, y los techos, como en poblaciones anteriores, eran de palma de *coso real*, de la cual el capitán Lyon señaló que no se veía en las poblaciones de *Tampico*. En *Plan del Río* aparecieron las primeras *posadas* de ladrillo que contaban con cuartos individuales sin ventanas, pero con puerta. Estos dormitorios tenían como mobiliario una pequeña mesa y una silla. Los viajeros se quejaban de los muebles, ya que estos se encontraban frecuentemente con las patas rotas, maltratados y sucios; otros protestaban por la total ausencia de ellos. A partir de *Plan del Río* se inicia una subida repentina y prolongada del camino y a pocos kilómetros se pasa de un clima tropical a un clima frío, por lo cual en el poblado de *Las Vigas* las viviendas eran en forma de cabaña, de la que nos hablan **Bullock**, **Lyon**, **Ward** y **Poinsett** respectivamente.

*Las Vigas*, construido con tablones y troncos de árboles, y tejados de tejamanil al igual que las casas de los pueblos montañosos de Noruega y los Alpes. (p. 79)

*Las Vigas* me recordaron mucho a las *cabañas* suizas, ya que están totalmente construidas con troncos de pinos, cubiertas con tejamanil; y la apariencia general de la larga y desparramada villa reflejaba un bienestar mayor al que yo me había acostumbrado a ver en el camino. (p. 233)

Casi no recuerdo haber sufrido tanto por el frío como en *las Vigas* [...] A los habitantes casi no les afecta; pues aunque los cuartos están entablados y se toman algunas precauciones para evitar la entrada del aire, las chimeneas son cosa desconocida e inclusive el brasero español parece no ser de uso común [...] durante la noche el terreno se cubrió de escarcha. (p. 429)

Por motivos que ellos solo saben, nuestros arrieros nos condujeron a través del pueblo de *Las Vigas*, que ostenta algunas *casas* de adobe [...] Nuestra escolta, se componía de un sargento y cuatro dragones, así como

nuestros arrieros, han encontrado acomodo en una *casa* vacía y nosotros estamos en una cocinita, en donde ahora escribo, tan junto a la lumbre como lo permite el humo, pues hace mucho frío. La lumbre, que es de leña de pino, está encendida en el piso del hogar y la familia se acurruca alrededor de ella no obstante el humo, platicando y riendo. Cuatro damiselas se ocupan afanosamente en echar tortillas de maíz [...]

Al entrar en la *casa*, que es de una sola pieza, encontré que se habían extendido nuestros colchones sobre un piso de duelas tosco y desigual, es cierto, pero más agradable, con este frío, que la tierra desnuda; nos alegramos mucho con el cambio y nos pareció comodísimo. En la pieza había tres camas de aspecto decente, además de las nuestras. El anciano matrimonio se había acostado antes que nosotros y debo confesar que yo sentí cierta curiosidad por ver cómo se las arreglarían las señoritas para acostarse delante de nosotros, pues estaba encendida una vela ante la imagen de la Virgen. No tardaron en entrar y las dos parejas se metieron a las dos camas vacías, en donde se ingeniaron para desvestirse debajo de la ropa de la cama, con perfecta decencia. (p. 74)

## LA CIUDAD DE XALAPA\*

Finalmente, el viajero llegaba a Xalapa. La actividad económica de esta ciudad siempre ha sido importante, debido a la feria que se instaló entre los años de 1718 y 1720. Todas las mercancías que llegaban de *Europa* o de *China* o *Filipinas* se traficaban en ella, el arribo de las flotas no era regular, llegaban cada dos, tres, cuatro y aun cada cinco años según las circunstancias. Por la influencia de la feria y sus repercusiones en la vida de la comunidad, Xalapa creció notablemente; sin embargo, a raíz de los movimientos de Independencia, la ciudad decayó y perdió dinamismo en su actividad comercial.

Al referirse a la feria, **Bullock** expresa:

---

Se localiza a 100 Km. aproximadamente del Puerto de Veracruz a una altura de 1425 m. s.n.m., cuenta con un clima templado y existe una gran humedad atmosférica debido a que es una zona de constante lluvia; el panorama que se observa desde esta ciudad es pintoresco, destacando el *Cofre de Perote* (2465 m.s.n.m.), el *Pico de Orizaba* (5747 m.s.n.m.), cubierto este último de nieves perpetuas que le confieren una blancura resplandeciente.



Toda la mercancía que llegaba de Veracruz era traída a lomo de mulas a la gran feria celebrada en esta ciudad en la cual hacían acto de presencia todos los intereses mercantiles de esta parte del mundo. La inauguración de la feria se llevaba a cabo en medio de mucha pompa y ceremonias religiosas; preces y procesiones eran celebradas por el clero haciendo votos por el buen éxito de las transacciones comerciales, ya que él esperaba una remuneración por este servicio, y, en efecto, las numerosas iglesias y las más ricas instituciones religiosas atestiguan ampliamente la liberalidad de los comerciantes. (p. 71)

Tanto a esta ciudad como a otras, los viajeros llegaban frecuentemente portando cartas de recomendación, con el objeto de facilitarles la obtención de una vivienda digna en alguna *casa* particular. **Bullock**, relata sus experiencias junto con su amigo, el señor **Vendaries**, quien de esta forma consiguió alojarse en una *casa* particular:

Nuestros cuartos eran agradables y estaban bien ventilados; se hallaban en el primer piso y daban a un patio cuadrado interior que se veía surtido de plantas en flor y rosas tan finas y bellas como las europeas [... esta ciudad] cuenta con muchas *casas* de dos pisos, construidas en el estilo español antiguo, de planta cuadrada, que en su interior contienen un patio enjardinado con flores y árboles, y en el cual se encuentra habitualmente un pozo o fuente. Los tejados son tan planos como los de Veracruz, están cubiertos por tejas y se proyectan por cada lado protegiendo así a la *casa* del calor solar durante la estación seca y manteniéndola seca durante la estación lluviosa. Muchas de las *casas* tienen las ventanas guarnecidas con vidrios y la mayoría ostenta una reja ornamental que da acceso a la planta baja y que permite la libre circulación del aire, ya que el clima es tan delicioso que rara vez se necesita cerrarla. (p. 72)

**Madame Calderón de la Barca**, dama acostumbrada a las comodidades y atenciones, a su paso por esta ciudad se hospedó en una *posada* para descansar del fatigoso viaje, y relata en sus cartas con entusiasmo su grata estancia en este pintoresco lugar:

Con qué alegría y estruendo atravesamos sus empinadas calles, alegría que subió de punto al encontrarnos en una bonita y limpia *posada*, con pisos de ladrillo y unas pequeñas y decentes camas, y todo preparado para nosotros. La vista de un buen fuego hubiera sido demasiado lujo, pero nos

dieron, sin embargo, un poco de té caliente, y poco después, al fin respondo solo por mí, estaba en la cama, gozando del sueño más delicioso que he tenido desde que salí de Nueva York. (p. 29)

Esta viajera no indica el nombre de la *posada*, pero sin lugar a dudas se refiere a la célebre *posada* la *Gran Sociedad*, en donde se alojaban un gran número de extranjeros y nacionales de diferentes clases sociales que, atraídos por lo sugestivo de su nombre, la convirtieron en un lugar heterogéneo, bullicioso y muy interesante.

Penny, en su diario, relata con detalle las condiciones y servicios que brindaba la posada la *Gran Sociedad* a los huéspedes que habían tenido a bien elegirla:

Aunque conocía el nombre de varias *posadas* de Xalapa no inquirí acerca de cuál era la mejor; sin embargo, no titubeé y me dirigí a la *Gran Sociedad* por ser el nombre tan imponente, y he estado aquí contento. El nombre es muy apropiado porque dentro de sus muros, a todas las horas del día y de la noche, hay un *mélange de toutes sortes de gens* [una mezcla de toda clase de gente]. Dos brillantes salones, en uno se sirven helados y en el otro café, y salas de juego ocupan la planta baja y proporcionan divertidos y siempre variados especímenes de fisonomía, trajes y caracteres. Hay mesas para desayunos, comidas, cenas, almuerzos y meriendas, y para tomar el chocolate, las cuales están diseminadas en el corredor y protegidas del estado atmosférico por una cubierta de cristales [...]

Las habitaciones de los huéspedes están arriba. En torno al primer piso existe un corredor abierto, soportado por los pilares del patio. Cada habitación tiene su puerta, y esto es lo más que se puede decir, porque la mayor parte de aquéllas no poseen otro acceso para la luz y el aire; y además ninguna tiene ya muebles fijos o móviles [...]. Afortunadamente para mí un generoso amigo me envió casi una veintena de petates, que me levantaron un poco sobre el piso y amortiguaron el rigor de una cama de ladrillos. La suciedad era también intolerable, aunque mi habitación estaba, por cierto, comparativamente limpia porque había sido apenas desocupada por un inglés, quién me dijo que antes de él ocuparla la había hecho traspalar, lavar y barrer. (p. 76)

Poinsett, quien también se alojó en esta *posada*, menciona:

[...] nos instalamos en *La Gran Sociedad*, en donde solamente se alquilan cuartos a los viajeros y éstos tienen que buscar sus alimentos en otra parte [...] Por fuera se veía bastante bien, pero las piezas estaban tan sucias que el individuo que las limpió primero tuvo que emplear una pala antes de manejar la escoba. A fuerza de soborno nos hicimos de dos sillas y una mesa y pedimos prestados dos catres de campaña en la posada contigua.  
(p. 65)

## LA CIUDAD DE PUEBLA\*

De Xalapa, los viajeros se dirigían a la Ciudad de Puebla, asentada en una hermosa y extensa llanura de tierra rica y fértil, rodeada por haciendas y aldeas, adornadas por las cimas nevadas del *Popocatepetl* y del *Iztaccihuatl*.

De acuerdo con quienes la visitaban, la ciudad era hermosa y limpia, con calles trazadas en ángulos rectos y dotadas de aceras amplias. Contaba con 60 iglesias, algunas de las cuales podían competir en suntuosidad con las de *Europa*, nueve monasterios, trece conventos de monjas y 23 colegios. Como otras, Puebla despertó en los viajeros el recuerdo de villas extranjeras e incluso de la propia capital de México, resultando inevitable la comparación.

La magnificencia poblana no pasó por alto, de manera que **Bullock** escribe:

Las calles de la ciudad son derechas, anchas y se cruzan entre sí formando ángulos rectos, quedando dividido todo en enormes cuadras. Están pavimentadas con grandes piedras o losetas en una forma característica y altamente ornamental, formando una especie de cuadrícula o diamante. Para construir este pavimento se colocan primeramente piedras delgadas y grandes sobre capas de arena y se rellenan los intersticios o bordes con

---

\* Se localiza a 199 Km. aproximadamente de la *Ciudad de Xalapa*, está situada a una altura de 2162 m.s.n.m. Su clima es templado con veranos frescos, semihúmedo, con lluvias durante el verano y principios del otoño.

pedras cuadradas colocadas lo más apretadamente posible; después se incrustan firmemente fragmentos muy pequeños de piedra, dejando un trabajo compacto, durable y primoroso [...]

Las calles tienen a ambos lados sendas aceras o banquetas que se mantienen notablemente limpias.

Las *casas* son espaciosas, en su mayor parte de tres pisos, con azotea, y las fachadas de muchas de ellas están cubiertas con azulejos, algunos formando figuras (principalmente temas bíblicos), presentando la apariencia de un rico mosaico. Esto produce un hermoso efecto que difiere de cualquier cosa que haya podido ver en *Europa*. Algunas de las *casas* tienen pinturas al fresco semejantes a las de *Génova* y la mayoría de éstas tienen al frente balcones de hierro elegantemente forjados, con techos salientes y enmarcados con azulejos. Cada *casa* cuenta por lo general en el centro con un patio cuadrado con galerías abiertas en torno a él; las balaustradas están cubiertas de macetas de loza vidriada en las que crecen plantas que producen un efecto agradable y refrescante. Las *casas* son generalmente grandes y de techos altos, con paredes enlucidas pintadas al temple, pero no vi ninguna empapelada; el mobiliario no es elegante, al menos para el gusto inglés, cada sala o salón tiene una imagen de cera del Niño Jesús o de algún santo, o una pintura de la Virgen de Guadalupe, de la Magdalena o de la Crucifixión, cuyos marcos frecuentemente son de plata. Los pisos están enlosetados, muy parecidos a los de *Francia* y descubiertos pues no usan alfombras porque, en efecto, no son necesarias en semejante clima. La mayor parte de las residencias de la ciudad tienen una fuente de agua pura la cual es conducida por caños de barro, la cual significa un gran lujo durante el estío. La familia del propietario ocupa habitualmente el piso alto, ya que la planta baja está ocupada por talleres o tiendas, almacenes, oficinas y otros; en tanto que el piso de intermedio sirve de alojamiento a comerciantes o criados. (p. 86)

**Madame Calderón de la Barca** relata en una de sus cartas respecto a su visita a la Ciudad de Puebla:

La Sra. Haro llegó en un hermoso carruaje con magníficos caballos norteños, y nos llevó para que viéramos algo de la ciudad. Su extremada limpieza, comparada con México, es sorprendente. A este respecto es la *Filadelfia* de la República: calles anchas, bien pavimentadas, grandes *casas* de dos pisos, muy sólidas y bien construidas; magníficas iglesias; agua en abundancia.

La casa de don Antonio Haro y Tamariz está amueblada, a mi parecer, con mucha más elegancia que cualquiera de las de México. Es de inmensas proporciones, con los pisos bellamente pintados. Uno de los grandes cuartos está adornado de raso azul pálido; otro, de damasco rojo, y se ven en ellos mesas incrustadas, magníficos espejos, y todo del mejor gusto. (p. 250)

## LA CIUDAD DE MEXICO\*

Finalmente los viandantes llegaban al valle de México, al parecer un lugar reservado para grandes ciudades: primero la *Ciudad Mexica* conocida como la *Gran Tenochtitlan* y posteriormente la *Muy Noble y Leal Ciudad de México* novohispana de la cual Humboldt relata: "México debe contarse, sin duda alguna, entre las más hermosas ciudades".<sup>(61)</sup> Por su parte Fray Antonio de Ciudad Real agrega: "la Ciudad de México es la más populosa, noble y de más autoridad que hay en toda la Nueva España y aún en el Perú"<sup>(62)</sup> y Charles Joseph Latrobe la bautizó con el nombre de la *Ciudad de los Palacios*.<sup>(63)</sup>

Dejemos que Bullock describa con sus palabras sus impresiones del panorama de la Ciudad de México, desde algún alto paraje, en su trayecto de Puebla a México: "Por la tarde, tras un largo ascenso, un súbito claro en el camino nos permitió una visión del Valle de México, con sus lagos y su escarpado contorno de volcánicas montañas, el cual se extendía ante nosotros como un mapa desplegado. Es una gloriosa vista para los viajeros que, como nosotros han dejado Europa y cruzado el Atlántico para disfrutarla" (p. 99)

---

\* Se localiza a 120 Km. aproximadamente de la *Ciudad de Puebla*, a una altura de 2240 m.s.n.m., cuenta con un clima templado y está construida sobre un hermoso valle.

(61) Guillermo de Tovar de Teresa *La Ciudad de los Palacios: crónica de un patrimonio perdido*, México, 1991, Ed. Obsidiana, p. XIX.

(62) *Ibid.*, p 5

(63) *Ibid.*, p IX

Sin embargo, la entrada a la Ciudad de México despertó opiniones distintas; por un lado Poinsett dice:

Sólo muy poco tiempo nos detuvimos en Ixtapaluca y después de pasar por las pequeñas poblaciones de Tlalpizahua y Los Reyes, entramos a una calzada empedrada, de unos ochenta pies de ancho, que pasa al margen del Lago de Texcoco; toda la extensión del lago, cubierto de blancas gaviotas y otras aves silvestres, se encontraba a nuestra derecha mientras que a nuestra izquierda había tierras bajas y pantanosas con charcos de agua en los que se posaban enormes parvadas de patos silvestres [...] A unas dos o tres millas antes de llegar a la calzada divisamos las torres e iglesias de México. La apariencia de la ciudad, a esta distancia, prometía una ciudad grande y bien construida. Las ciudades católicas tienen cierta ventaja sobre las nuestras por el tamaño y esplendor de sus templos y la cantidad de torres y cúpulas que las adornan. A alguna distancia, México supera a cualquier otra ciudad de la América del Norte. (p. 91)

Por otro lado Penny, opina: “La entrada a México por la puerta de Veracruz no es a propósito para estimular las grandes expectativas de que nos habíamos naturalmente formado de la ciudad dorada.” (p. 87)

Ya en el interior de la ciudad, Poinsett escribe entusiasmado:

La nueva ciudad se empezó a construir en 1524, se asienta sobre pilotes. Las calles son bastante anchas y corren casi de norte a sur y de este a oeste, cortándose en ángulo recto; todas están bien pavimentadas y ostentan aceras de losas planas. Las plazas públicas son espaciosas y las rodean edificios de piedra labrada de buena arquitectura. Los edificios públicos y los templos son enormes y magníficos y las casas particulares, por estar construidas de roca amigdalóide porosa (tezontle) o pórfido, tienen un aspecto de solidez y aún de esplendor. Son de tres y hasta cuatro pisos, con azoteas planas y muchas de ellas están adornadas con balcones de hierro. (p. 94)

En cuanto a Penny, si bien al cruzar las puertas de la capital se mostró desilusionado, más tarde, al hacer su recorrido por la Ciudad de México, describe con asombro la magnificencia y belleza de sus calles y edificios:

[... a] *coup d'oeil* [vistazo, ojeada, o golpe de vista] al doblar la esquina de la calle del Arzobispado [hoy Moneda] es tal como para convencernos en seguida que la fama no ha proclamado demasiado ruidosamente su magnificencia y grandeza. Esta calle es ancha y los edificios son en su mayor parte de cantera; dicha calle conduce a la gran plaza, embellecida con las fachadas del *Palacio Nacional* y *Catedral*, en cuyo centro está la colosal estatua de bronce de Carlos IV. (p. 87)

Como Penny, madame Calderón de la Barca, dice: "Pasamos por la calle de San Francisco, [hoy Madero] la calle más hermosa de México, tanto por sus tiendas como por sus casas (entre ellas el Palacio de Iturbide, ricamente labrado pero ahora casi en ruinas), y que termina en la plaza donde se levanta la Catedral y el Palacio". (p. 44)

Así mismo, Bullock expresa:

Las calles son anchísimas, en las más estrechas pueden ir de frente tres coches y en las más amplias pueden hacerlo seis a todo lo ancho de ellas, lo cual hace que la ciudad parezca más grande de lo que es [...] Es un dicho muy trillado en México que hay cuatro cosas hermosas, a saber: las mujeres, los trajes, los caballos y las calles. Más a esto podría añadirse la belleza de algunos de los coches de la gente noble, los cuales se exceden en costo a los mejores de Madrid, porque no escatiman en ellos la plata ni el oro ni las mejores sedas de la China para enriquecerlas [...] Las calles del mundo cristiano no pueden compararse con las de México en anchura y limpieza; pero particularmente en la opulencia de las tiendas que las adornan. Sobre todo son dignas de admiración las de los plateros y orfebres. (p. 106)

Penny agrega: "Ambos lados de las calles están bien enlosados y bajo las losas corre el albañal público. Por el centro de las calles hay también abierto un canal o drenaje; pero ahora lo están cubriendo con losetas." (p. 89)

Y Poinsett concluye: "Muchas de nuestras grandes ciudades son más pulcras que la de México, pero ésta tiene una apariencia de solidez en sus *casas* y un aire de grandeza por el aspecto de este lugar, que faltan en las ciudades de los Estados Unidos." (p. 94)

Después de recorrer las calles de la ciudad, se hará referencia a algunas de las *casas señoriales* de la época. **Bullock**, explícito y detallista, refiere:

La mayor parte de las *casas* tienen la misma altura, generalmente son de tres pisos; están muy decoradas y ornamentadas con dos hileras de balcones de hierro forjado, pintados o dorados, siendo algunos de bronce. Los pisos son muy altos, teniendo las habitaciones de quince a veinte pies de altura. El primer piso o sea la planta baja tiene entrada por una puerta de dos hojas, ornamentada por bronce, que frecuentemente tiene treinta pies de alta. Esta entrada conduce al patio, el que rodea a la *casa*, todo lleno de árboles y flores que producen un bello efecto; en cada piso hay una galería cubierta que proporciona paseos por separado al abrigo del sol y de la lluvia. Los cuartos del piso bajo son ocupados generalmente por el portero y otros sirvientes; el piso intermedio queda frecuentemente desocupado, pero el superior, que es el principal, es ocupado por la familia misma y tiene una escalera privada de cantera, de gran magnificencia, que conduce hasta él. Nada puede estar mejor calculado que estas residencias para el delicioso clima de este país, donde el cambio climático es escasamente conocido, donde reina perenne primavera, donde nunca se ven chimeneas donde apenas es necesario tener cristales en las ventanas para excluir el aire nocturno de los dormitorios. Todo lo que se requiere es un sólido techo contra las lluvias torrenciales que azotan en ciertas estaciones y cuartos altos que permitan una libre circulación del aire: nada puede estar mejor adaptado para este propósito que el estilo de arquitectura introducido por los españoles en México.

Las fachadas de las *casas* están por lo general pintadas al temple, en color blanco, rojo, café o verde claro, lo que les da un aspecto agradable. La



sequedad de la atmósfera es tal que ellas retienen intacta su belleza durante muchos años. Muchas de estas fachadas tienen inscripciones tomadas de las Escrituras o estrofas dirigidas al Salvador o a su divina Madre.

Los números están también totalmente enmarcados por azulejos, en una profusa variedad de elegantes diseños y modelos, frecuentemente con temas de la historia sagrada, lo cual da a todo el conjunto una rica apariencia de mosaico bastante diferente a cualquier *casa* de su clase en Europa. Las paredes de sus grandes escaleras están a menudo cubiertas del mismo modo y mezcladas con multitud de dorados, los cuales al contrastar con el blanco y azul de los azulejos producen un efecto realmente espléndido. (p. 102)

Por su parte, Penny describe con claridad los ornamentos de las *casas* que hacían que en su conjunto adquiriesen una bella perspectiva:

Las *casas* son, en su mayor parte, de dos pisos y todas las ventanas están adornadas con balcones. Están pintadas o estucadas de sus techos planos, torreados o con azoteas les dan un elegante aspecto. Una frecuente repetición de grandes palacios visibles a lo lejos, con fachadas altamente acabadas, aumenta muchísimo la belleza de las calles. Algunos de los numerosos conventos o iglesias sirven también de adorno. (p. 88)

Madame Calderón de la Barca, por su parte, da su opinión acerca de una de las *casas* que habitó en la Ciudad de México:

Es una *casa* nueva y hermosa [...] Construida en forma de rectángulo como todas las *casas* de México; la planta baja con un patio enlosado, y una fuente en medio, y con cerca de veinte cuartos, además de sus dependencias: cochera caballeriza, palomar, casa del jardinero, etcétera. El segundo piso, donde se encuentran las habitaciones principales, ya que en el primero la ocupan casi todos los criados, tiene igual número de cuartos, a lo que debe añadirse la carbonera, leñera, cuarto de baño; y agua por todas partes. (p. 67)

Poinsett a su vez refiere sus impresiones acerca de la *casa* que él ocupó: "El acceso a las *casas* es a través de un amplio zaguán a un patio interior, con la escalera frente a la

puerta de entrada. Los mejores aposentos, que generalmente están pintados llamativamente, dan sobre la calle y con frecuencia se hallan en el piso superior, sobre el piso bajo." (p. 94)

Tras una visita que efectuó madame Calderón de la Barca a la *casa* de uno de los hombres más ricos de la época, el Conde De la Cortina, describe los interiores de la misma:

[... la] Condesa de la Cortina, dueña de una *casa* magnífica, con una continuación de espaciosas habitaciones, entre las que se distingue la sala por su hermosura y por su enorme tamaño, con las paredes exquisitamente pintadas con motivos religiosos, y en donde me encontré unos de los mejores pianos de cola fabricados por Broadwood. Más, a pesar de los gabinetes incrustados de oro, y de las buenas pinturas, y cientos de preciosos objetos, nuestros ojos europeos se sorprenden ante las numerosas impropiedades en el vestir, en los criados. (p. 47)

Muy instructiva al respecto es la opinión de Poinsett: "Las *casas* de México son cuadradas todas ellas, con patios abiertos y los corredores interiores ostentan gigantescos tibores chinos con plantas siempre verdes. No están tan bien amuebladas como nuestras *casas* de los Estados Unidos, pero los aposentos son más altos y espaciosos y están mejor distribuidos." (p. 94)

Ward por su parte comenta: "Las *casas* son espaciosas, pero bajas pocas veces se exceden de un piso; los techos son planos, y como a veces se comunica uno con otro durante tramos considerables, visto desde una elevación semejan terrazas inmensas." (p. 442)

Otro aspecto que mencionan diferentes viajeros en su descripción de la vivienda y su construcción es el referente al costo y alquiler de las mismas. Madame Calderón de la

**Barca** dice al respecto: "Los alquileres de la *casas* son disparatadamente altos; no se puede encontrar nada aceptable por menos de dos mil quinientos pesos al año, y esto sin muebles. Existe aquí, además, una costumbre muy singular, que consiste en satisfacer una suma por concepto de lo que llaman *traspaso*, que algunas veces llega a catorce mil pesos." (p. 67)

**Ward** por su parte refiere: "En la Ciudad de México ya era difícil conseguir una *casa* habitable, sin tener que pagar el *traspaso*, cuyo monto se había elevado enormemente debido a la competencia. He sabido de buenos lugares en donde se ha pagado ocho, diez y doce y hasta veinte mil dólares." (p. 470)

A continuación nuestros viajeros nos hablarán de los *mesones* y *posadas* lugares donde solían hospedarse un sinnúmero de personas que viajaron a la Ciudad de México a tratar asuntos diversos; démosle la palabra a **Bullock**:

Cuando un extranjero llega a México sin una recomendación con escasos conocimientos del idioma, se encuentra en una situación difícil, porque en los *mesones* no le darán servicio de mesa y por que le será muy difícil procurarse habitaciones amuebladas privadas. Los apartamentos se alquilan sin muebles, pero en tanto que no están listos, el forastero tiene que acudir a la *Gran Sociedad* [donde hoy se encuentra una sucursal de Sanborn's; esquina noroeste del cruce entre Isabel la Católica y 16 de Septiembre. Anteriormente se encontraba ahí la Casa Boker] o a un lugar semejante donde los viajeros suelen hospedarse, aunque incluso aquí no proveen de cama ni de muebles, y el huésped debe hacer un positivo convenio para obtener su cuarto y pagar cada día por cualquier servicio requerido sopena de exponerse a que lo carguen corregido y aumentado a su cuenta. No obstante, el influjo de los extranjeros que vendrán a México producirá posiblemente una mejora en este aspecto. (p. 135)

**Poinsett** agrega: "Fuimos a la *Gran Sociedad*, pues nos habían dicho que era la mejor *posada*, pero desgraciadamente estaba llena." (p. 92)

**Penny**, quien logró obtener hospedaje en este afamado sitio, comenta con cierto fastidio: “[...] llegamos a la *Gran Sociedad* [...] la *posada* más tolerable con que me he topado en este país: pero soportable únicamente por un par de días.” (p. 86)

Como recordamos en la Ciudad de Xalapa existía una posada con el mismo rimbombante nombre, que por cierto era muy frecuentada por visitantes y gente del lugar.

Por lo que toca a los *suburbios* de la Ciudad de México, éstos se encontraban localizados al norte de la ciudad en dirección a la *iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe*, de los cuales **Bullock** nos habla: “[...] los *suburbios* que son pobres y sucios; la gente que los habita está cubierta de harapos y envuelta tan solo en una frazada.” (p. 101)

**Poinsett** a su vez opina: “Un poco antes de llegar a los muros empezó a llover y nuestras impresiones al entrar a la ciudad no fueron nada favorables. Los suburbios son muy asquerosos y las *casas* bajas, construidas de lodo y adobe.” (p. 91)

Y más adelante sigue narrando con pena y tristeza las condiciones de los hombres que vivían en estos *suburbios*: “[...] la escuálida penuria de los pobres [...] Se encuentra bajo los pórticos de las iglesias, en miserables jacalones en los suburbios, o bajo el dosel del cielo. Hay cuando menos veinte mil habitantes en esta capital, cuya población no excede de ciento cincuenta mil almas, que carecen de domicilio fijo y de modo visible de ganarse la vida.” (p. 95)

Con su muy peculiar estilo madame **Calderón de la Barca** dice: "Pasamos por *suburbios* pobres, en ruinas, sucios y con tal promiscuidad de olores, que sólo me atrevería a desafiar con agua de Colonia." (p. 54)

De regreso a Veracruz sobre el golfo de México y con rumbo hacia la Península de Yucatán se encuentran localizadas las ciudades de *Alvarado*, *Coatzacoalco*, *Minatitlán*, *Sisal* y *Mérida* de cuyas viviendas los viajeros han dejado testimonio.

### EL PUERTO DE ALVARADO\*

Los navíos que tenían acceso al puerto de Alvarado eran de menos de doce pies de calado, ya que existe una barra natural que impide el acceso a barcos de mayor calado.

Al llegar, el viajero se veía sorprendido ante el espectáculo de una multitud bulliciosa, curiosa y alegre que esperaba el arribo de los pasajeros para ofrecerles objetos del lugar, artículos o sus servicios. Era sin duda el colorido de sus trajes y la tonalidades de colores de su piel lo que mantenía en una constante atención y curiosidad al viajero que se encontraba por primera vez en estas tierras. Sin embargo, no pasaba desapercibida la pobreza, acompañada de una escasa y miserable vivienda. Penny quien hizo su arribo por este puerto relata en su diario cómo eran las moradas:

En su mayor parte éstas son simplemente *jacaes* con techo de palmas y están por completo abiertos al viento, al frío y al calor. Únicamente son de ladrillos y adobes aquellas que han sido construidas después de la huida de Veracruz hace ocho meses, e invariablemente están ocupadas por comerciantes ingleses y extranjeros. Estas *casas* están techadas con tejas,

---

\* Este puerto comparte el mismo clima de la *Ciudad de Veracruz*, se encuentra localizado a 70 Km. aproximadamente al Sur de esta ciudad, estando situado sobre la margen del río del mismo nombre.

tienen ventanas y un pequeño soportal o viranda que abarca la puerta y ventanas. De esta clase sólo hay unas pocas y se encuentran muy distanciadas unas de las otras. La mayor parte posee la comodidad de un corral interior empalizado; y con esto acaba, pienso yo, su comodidad. (p. 61)

*Las casas* de los comerciantes, como lo señala Penny, eran de ladrillos y explica con detalle que tenían 20 pies cuadrados [6.10 m<sup>2</sup>] y servían de comedor, despacho, despensa, almacén y centro de negocios; la segunda pieza era aproximadamente de las mismas dimensiones, venía a ser el dormitorio de los padres y de los hijos, la tercera pieza la utilizan como almacén de mercancías, y una cuarta habitación estaba destinada a la cocina. Señaló el pésimo estado de conservación en que se encontraban las *casas*, con paredes sucias, telarañas, las ventanas con cristales rotos y los muebles en estado deplorable.

Aquellos viajeros que no contaban con un equipo adecuado para recorrer los caminos de México sufrían constantemente de las inclemencias del tiempo, por la austeridad de los lugares de hospedaje y por los numerosos insectos que los acompañaban en su recorrido por estos lugares tropicales. Eso sucedió a Penny, quien relata las experiencias de su estadía en el poblado de *Las Salinas*, situado entre *Alvarado* y *Veracruz*: “[...] está constituido por tres o cuatro *jacales* [...] Pasé aquí una incómoda noche porque la lluvia caía sobre mí y yo, para mi desgracia, no tenía cama. Nuestro servicial posadero pareció estar deseoso de contribuir a nuestra comodidad con suaves almohadas, colocando junto a nuestras cabezas tres gordos cerdos que no cesaron de gruñir durante toda la noche”. (p. 65)

En este mismo trayecto a lo largo de la playa y penetrando algunas veces a través de bosques y hermosos pastizales, el viajero encontraba a su paso restos de naufragios, troncos

de árboles, zancarrones y mulas muertas a consecuencia del cansancio, la fatiga y el agotamiento que les imponía su condición de bestias de carga.

Los viajeros que contaban con un menaje adecuado hacían un viaje más placentero. Utensilios tales como: cama de latón, colchón, mosquitero, alimentos en conserva, cubiertos y otros menesteres más eran indispensables en esas travesías.

A pesar de estas experiencias e incomodidades, los viajeros continuaban su camino a veces animados y otras veces decepcionados pero siempre embrujados por lo excitante y misterioso de estas tierras exóticas.

## RIO COATZACOALCOS\*

El río Coatzacoalcos con su desembocadura hacia el golfo de México, se encuentra entre dos montañas de poca elevación, la de *San Martín* y *El Pelón*. Al pie de este último se localizaba un castillo viejo construido al estilo español, llamado la *Batería* y una torre que servía de vigía a la aduana mexicana. Dentro de la barra se formaba una bahía muy cómoda, donde los barcos podían cubrirse de los vientos del norte, lo cual tenía un atractivo importante para los navegantes.

Era por este río que los barcos se internaban para llegar a la población de *Minatitlán*. Durante este trayecto el viajero se maravillaba con la exuberante vegetación tropical y un sinnúmero de atractivos jamás imaginados. Dejemos que **Charles Brasseur de Bourbourg**, cuente las experiencias de su viaje en su trayecto a *Tehuantepec*:

---

\* La desembocadura de este río se encuentra a 180 Km. aproximadamente al sureste de *Alvarado* en un paraje conocido como *Puerto México*, este lugar era visitado por innumerables viajeros por formar parte de la ruta interoceánica *Nueva Orleans-San Francisco*.

Desde el momento en que el vapor hubo flanqueado la barra, todos los semblantes se despejaron [...] Viniendo de Europa o de los Estados Unidos, tras muchos días de navegación, las regiones tropicales, hay que confesarlo, tienen para el viajero un encanto y una atracción que no presenta ninguna otra. La naturaleza es más bella y más sonriente; la magnitud de la riqueza colosal de los bosques, el brillo, la variedad del follaje, el esplendor inusitado del sol, este lujo de luz, de agua y de vegetación, reunidos en un solo paisaje, preparan de inmediato el espíritu para escenas de un carácter completamente nuevo. (p. 34)

Además de la bella y exuberante vegetación, existía una gran variedad de animales que daban vida con su movimiento, cantos y sonidos exóticos a este paisaje singular. A la vista aparecían pájaros de plumaje centelleante, flamencos de color de fuego, garzas de un dorado salvaje, faisanes de todas clases, bandas de loros verdes, hordas de cacatúas y otros animales más, dispersándose de una dirección a otra sobre los manglares en vuelos vertiginosos.

En medio de este paisaje aparecían las primeras *viviendas* denominadas *penates*, habitadas por nativos, norteamericanos y sobre todo franceses. Alrededor de estos *penates* pastaban cabras, vacas, mulas y caballos. Cinco millas antes de llegar a *Minatitlán* se encontraba la desembocadura del río Uzúpanapan, en donde existía una población pequeña de indios llamada el *Paso Nuevo*, con viviendas construidas con hojas de palmera.

## MINATITLÁN

Minatitlán, o Paso de la Fabrica que fue su primer nombre, se construyó hacia 1825 junto a un aserradero instalado por capitalistas norteamericanos y llegaron a ella colonos franceses y alemanes. La ubicación de este lugar era excelente, ya que estaba localizado sobre una colina descubierta desde la que se dominaba el río. La ciudad contaba con una sola calle que avanzaba subiendo desde el puerto hasta el pie de una colina donde se encontraba la iglesia.



Los viajeros que deseaban continuar hacia el sur su travesía tenían que transbordar en el puerto y proseguir en el vapor Xúchil.

Los comentarios de **Brasseur de Bourbourg** revelan las condiciones de vida en *Minatitlán*:

Las *casas* de la calle principal están casi todas construidas de tablas y muchas tienen un piso sobre la planta baja [...] Detrás de estas habitaciones había un gran número de otras casitas de madera, de tabique o de adobe; las unas estaban cubiertas de tejas, las otras con hojas de palma, formando grandes techos puntiagudos. Estaban dispersas sin orden sobre las faldas de la colina o en el pantano, bajo la sombra perfumada de los naranjos, los cocoteros, los mangos y de una multitud de otros hermosos árboles. (p. 45)

A partir de *Minatitlán* se puede decir que se entra al *Istmo de Tehuantepec*. A 20 millas [32 km.] por la ruta del vapor Xúchil, se encontraba la población de *Hidalgotitlán*, en donde el autor describe el tipo de paisaje y de *vivienda* característicos de este sitio.

El agua y los bosques presentan aquí las escenas más encantadoras: lagos transparentes entremezclados por jardines encantados, donde la mano de la naturaleza ha reunido en profusión la vegetación más rica, las flores más hermosas, las más maravillosas por su tamaño y brillo. Algunas *chozas*, de techo puntiagudo, se presentan todavía de lejos en una y otra orilla, pero a medida que se avanza la soledad llega a ser más real y grande. (p. 69)

Los capitales extranjeros que estaban invertidos en la región, a través de la *Compañía Luisianesca*, como la llamó Brasseur, propiciaron la inmigración de muchos extranjeros, con la ilusión de hacer fortuna en pocos años. Algunos de estos inmigrantes decidieron convertirse en empresarios, construyendo *jacalones* elevados a la categoría de *hotel*. **Brasseur de Bourbourg** informa de los servicios y ventajas que ofrecían estos lugares. Así, al referirse al *Hotel de Xúchil*, propiedad del capitán Chamberlain de nacionalidad norteamericana, menciona:

Este *hotel* era una barraca grande, como el almacén, y estaba dividida en tres compartimentos. En el más grande estaba el dormitorio, compuesto de veinte catres de tijera, cada uno con su mosquitero, pero apenas separados uno del otro por un pie; el calor eximía al propietario de ponerles colchones y el juego de cama consistía, por lo general, de una almohada y una sábana para cubrirse; pues, en este país de libertades, los norteamericanos, tan mojigatos en su país, se desvisten sin temor de molestar al vecino, acostándose tal como la gente del país, es decir, como cierto personaje bastante indecente del *Juif-Errant de Eugene Sue*. Pero se está en México, y en México todo está permitido, según dicen. El resto de la barraca lo forman dos piezas, una atrás que sirve de cuarto y gabinete al dueño de la *casa*, y la otra delante, que sirve de entrada y, al mismo tiempo, de *bar room*, es decir de cantina, tal como en todos los hoteles de los Estados Unidos. (p. 79)

Al llegar al *campamento de XV Milles*, estación ordinaria de la línea Tehuantepec, **Brasseur de Bourbourg** quien se aloja al *hotel* del Dr. Chandler dice:

Algunos puntales que sostenían unos armazones formados por burdos palos, a cuatro pies sobre el suelo, servían a la vez de cama, banco y sofá en este lugar que, también, se adornaba con el título fastuoso de *hotel*; pero el de *Xúchil* resultaba un palacio, comparado con éste. Por todo el mobiliario se veía un horno de fierro colado, o cocina americana, y dos o tres tablas en muy mal estado, puestas sobre cajas vacías de vino de Burdeos. Sobre el horno estaba hirviendo una olla despostillada, con frijoles, y una vieja cafetera sin asa ni tapa. En lugar del sable del capitán Chamberlain, aquí teníamos la bata del doctor Chandler, el hotelero de esta casa; era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y flaco, sucio y con los cabellos en desorden, que no tenía sobre el cuerpo más que una camiseta tiempo atrás blanca, con un pantalón de tela, desgarrado en las rodillas, un pie calzado con una bota al revés, y el otro con un zapato amarillo viejo, guarnecido con cuero rojo. (p. 89)

Más adelante, en el poblado llamado *Paso de la Plata*, nuestro distinguido viajero se alojó en otro *hotel* al que su dueño, también de nacionalidad norteamericana, había llamado: *Ladd's Hotel*. Al respecto comenta: "[...] su propietario [...] era un muchacho alto, de

aspecto agradable y honrado; a pesar de lo reciente de su instalación tenía mucho más limpieza y comodidad que el de Xúchil.” (p. 92)

Al llegar al *Barrio de la Soledad* se hospeda en el *hotel Français* el cual describe así: “Bien construida de piedra y adobe, limpia, encalada y más confortable en el interior que cualquiera de las *posadas* norteamericanas que había encontrado en el camino; el *hotel* era administrado por el Sr. Blanco, un criollo mexicano, en sociedad con el Sr. Belcher francés.” (p. 106)

## EL PUERTO DE SISAL

Era el principal o mejor dicho el único puerto de la costa septentrional de la *Península de Yucatán* por donde entraban y salían mercancías y todos los menesteres que se requerían para la *Mérida*, la ciudad de mayor importancia de la región y para otras poblaciones.

Este puerto presentaba pocos atractivos en relación a su paisaje. Así, después de anclar el barco, el viajero esperaba con ansia la visita de los oficiales de Sanidad y la Aduana, para que realizaran la inspección correspondiente y les fuese permitido desembarcar y dirigirse inmediatamente a la *Ciudad de Mérida*.

En el trayecto, **John Lloyd Stephens** y sus compañeros disfrutaron, el paisaje tropical, con sus árboles, flores y otras plantas, así como innumerables tipos de aves, como eran las garzas, los pelicanos, los patos, etcétera; con su brillante plumaje y cantos armoniosos.

## LA CIUDAD DE MERIDA\*

Al verse en las proximidades de la Ciudad de Mérida, Stephens, se entusiasmó y expresó con alegría y satisfacción:

Dos millas antes de llegar a *Mérida* comenzamos a distinguir las torres de sus iglesias: Las *casas* son bien construidas con ventanas saledizas o voladas; muchas de ellas tienen dos pisos. Las calles son limpias, alegres y animadas; y el pueblo en general anda bien vestido. Veíamos variedad de calesas, caprichosamente pintadas y cubiertas de lienzo, dentro de las cuales aparecían señoritas primorosamente vestidas, con la cabeza descubierta y el cabello adornado de flores; lo cual daba a la ciudad cierto aire casi poético de alegría y de belleza. Ningún lugar, hasta entonces, nos había causado una primera impresión más agradable. Al entrar en el espacioso *hotel* que dirige [doña] Micaela, nos pareció que, como por encanto, habíamos caído sobre una ciudad europea. (p. 295)

La ciudad contaba con bellas construcciones de estilo morisco. La distribución de su plaza era cuadrangular, teniendo por el lado norte el Palacio de Gobierno, al lado sur la casa del adelantado Francisco de Montejo, al oriente la iglesia mayor y al poniente la Casa Consistorial. Los nombres de sus calles solían ser muy particulares tales como *elefante, toro, anciana, flamenco*, etcetera; debido a que en las azoteas de cada esquina se encontraban figuras de madera que representaban el nombre de la calle. Dentro de sus construcciones cabe señalar el *Convento de San Cristóbal*, la *Iglesia de los Jesuitas*, el *Convento de la Mejorada* y otros más.

Dejemos que nuestro viajero describa una de las *casas* típicas de esta ciudad:

---

Se asienta sobre una planicie calcárea de tipo cárcico, su traza es rectangular con calles anchas y derechas orientadas de Norte a Sur y de Oriente a Poniente. Localizada al noroeste de la Península de Yucatán a una distancia de 53 Km. aproximadamente del Puerto de Sisal, a una altitud de 9 m.s.n.m. Esta *Ciudad de Mérida* cuenta con un clima tropical, con una precipitación pluvial media anual de 720 mm, con lluvias escasas de enero a abril y abundante de junio a septiembre. Su temperatura media anual es superior a los 22°C.

La *casa* estaba en la calle de Flamenco y lo mismo que la mayor parte de las *casas* de Mérida era fabricada de piedra de un solo piso, con un frente de cerca de treinta pies, una sala de la propia extensión sobre una anchura de cerca de veinte. El techo era tal vez de dieciocho pies de elevación, y había en las paredes algunos trozos de madera para colgar hamacas. Detrás de la sala se extendía un ancho corredor que daba a un patio, a uno de cuyos lados estaba el dormitorio, y más allá el corredor. Los suelos eran de mezcla tosca. El patio tendría unos treinta pies en cuadro, con paredes elevadas y un pozo en el centro. Después seguía una cocina y un dormitorio para criados, habiendo detrás de todo el edificio un segundo patio de cuarenta pies de extensión con murallas de piedra de quince pies de altura. (p. 14)

Desde luego no puede pasar desapercibido el paseo tradicional por la Alameda del que habla **Stephens**:

[...] es el gran sitio de paseo de Mérida, y consiste en una amplia avenida pavimentada, con una línea de bancos de piedra a cada lado y detrás de cada línea una calle para carruajes, sombreada de hileras de árboles. En plena vista, que da a la escena una belleza pintoresca, se eleva el castillo, que es una fortaleza arruinada con bastiones de piedra verdinegra, descollando en el interior las torres de la antigua iglesia de San Francisco, de apariencia romántica e identificadas con la historia de la conquista española. Regularmente cada domingo se forma un paseo alrededor del castillo y a lo largo de la alameda.

Lo más característico del paseo, es decir, su vida y belleza eran las calesas. A excepción de uno o dos calesines, y algún oscuro carretón cuadrado que ocasionalmente desfiguraba los paseos, la calesa es el único carruaje usual en Mérida. (p. 23)

Con entusiasmo y optimismo, a través de unas personas conocidas, **Stephens** logró conseguir una mesa, un aguamanil y unas sillas; y aunado a las camas de viaje que traía consigo, logró acondicionar y hacer confortable una vivienda.

En relación a las *rentas* cuenta: "A fin de que mis compatriotas puedan formarse alguna idea del valor comparativo de las fincas de Mérida y de Nueva York, direles que el

alquiler era de cuatro pesos mensuales, lo que en verdad no consideramos excesivo para tres personas.” (p. 14)

Conforme el tiempo transcurría, **Stepens** no sólo se dedicaba a visitar ruinas prehispánicas, sino que también se interesaba en conocer los *poblados*, *ranchos* y pequeñas *aldeas*. Un ejemplo de ello lo es *Tikul* del que comenta:

Como casi todos los pueblos españoles está trazado con su plaza y calles que se cortan en ángulos rectos; y *Tikul* era notable entre los de Yucatán por sus *casas* de piedra. Estas se veían en la plaza y calles adyacentes; más allá, y prolongándose hasta una milla en todas direcciones, estaban las *chozas* de los indios. Estas *chozas* eran generalmente rípidas, cercadas de piedra y ocultas en un verdadero bosque, según lo espeso de la arboleada. La población sería de cinco mil habitantes, de los cuales había unas trescientas familias de vecinos, o gente blanca, y el resto era de indios. (p. 184)

En una visita que realizó a la población de *Nochacab*, amplió la información sobre de las *chozas* de los indios: “Pasamos dentro de la *casa* [...] y al momento nos cedieron las hamacas, consideradas siempre como el asiento de honor. La *casa*, como la mayor parte de las del pueblo, se componía de una pieza de figura casi circular, un piso de tierra y su cobija de guano. De los atravesañes pendían algunas hamacas pequeñas, y en medio del cuarto estaba una mesa.” (p. 250)

Adentrándose más en la península había regiones que eran poco o nada frecuentadas por extranjeros y en donde existía un tipo de vivienda denominada *Casas Reales*, cuya función consistía en dar albergue a personas que por alguna razón tenían que visitar algunas pequeñas poblaciones denominadas *ranchos*. Dejemos que nuestro viajero incansable

describa algunas de ellas. Al referirse al *Rancho Chac* menciona: "En un punto del *rancho* existía una *casa real* que consistía en una larga galera techada de guano, con una plazoleta por delante y una gran enramada de hojas, a un lado de esta plaza había un magnífico y frondoso ceibo que extendía su sombra sobre un gran trecho en rededor." (p. 3)

De sus impresiones del *Rancho Chavi* relata: "La *casa real* lo mismo que la de Chaac, era una amplia cabaña con paredes de barro y techumbre de guano [...] En cada rancho de indios hay siempre una *casa real* destinada para recibir al cura en sus rarisimas visitas si es que llega a verificarlas; pero también sirve para hospedaje a los tratantes en pequeño de los pueblos, que suelen pasar por los ranchos a comprar cerdos, maíz o gallinas" (p. 3)

Acerca del *Rancho Sabacké* agrega:

La *casa real* estaba descollada en una elevación de terreno despejado y abierto. Era una *casa* de guano y paredes de barro con una mesa y bancos en la parte interior y una enramada en la parte exterior. En su conjunto era la de mejor apariencia y [muebles] de cuantos habíamos encontrado hasta allí y según supimos después esto era debido a una circunstancia particular de que la tal *casa*, además de los otros usos a que estaba destinada, servía también de residencia a la dueña señora de rancho en sus visitas anuales (p. 22)

## CONSIDERACIONES

De las muchas alusiones hechas por los viajeros consultados en este estudio en relación a la vivienda, se puede concluir que ésta se adaptaba a las condiciones climatológicas y al tipo de material local disponible. Así, en los lugares cálidos como en la costa y sus inmediaciones, era común encontrar moradas rústicas tales como chozas, jacales o bohíos, los cuales eran de forma rectangular, aunque los había circulares como en la zona del río Coatzacoalcos. Generalmente contaban con una pieza grande, sus paredes eran de carrizos, estacas, cañas, bambú e inclusive de petates, ya que en algunos sitios donde la temperatura era muy extremosa se requería de esa protección, que aunque mínima, daba mayor comodidad a sus habitantes. El techo de estas casas era de hoja de palma, de palma real, de abanico o inclusive de guano, este último era característico en la zona de Yucatán. El mobiliario y decoración eran limitados: como cama utilizaban el piso "pelón", esteras de carrizo, petates o hamacas; el decorado se limitaba a una o varias imágenes sagradas que pendían de las paredes. El cuarto de cocina se localizaba por lo regular al lado contiguo de la casa y estaba construido del mismo material.

Las cabañas se localizaban en las partes más elevadas y frías como es el caso del pueblo de Las Vigas; tenían las paredes de tablones, troncos de árboles y en ocasiones de adobe. Su techo era de tejamanil y el piso de tablones, su interior era ambientado por el mismo material rústico y si bien no contaba con elementos decorativos, la madera proporcionaba un ambiente agradable, así el viajero podía descansar y dormir en el suelo, sobre una estera o en cama si la había.





“[en Puebla] encontramos todas las razones para sentirnos  
satisfechos con nuestro hospedaje, la mesa bien  
servida a la autentica manera española,  
con cinco comidas diarias,  
todo era hospitalidad,  
respetabilidad y  
cortesia”

William Bullock

## ALIMENTACION

La alimentación constituye un aspecto primordial para el desarrollo de cualquier población. El tipo de alimentación de un pueblo está determinado básicamente por su situación geográfica, recursos naturales y desarrollo económico. Sin embargo, las circunstancias históricas de cada pueblo definen su cultura y por ende su arte culinario, impartiendo así un sello característico a sus guisos y platillos que se consideran típicos de ciertas regiones o poblaciones.

A través de las narraciones de los viajeros, se puede obtener información acerca de los recursos culinarios con que contaba cada región, sus preferencias en este sentido y aun la forma en que se organizaban para la elaboración y consumo de los alimentos.

No hay duda de que uno de los principales atractivos de todos nuestros viajeros era conocer y paladear un platillo exquisito acompañado de una bebida agradable, aunque con frecuencia se da una incompatibilidad por ciertas comidas extranjeras, debido principalmente a el gusto del paladar por los sabores, condimentos y aromas. Con el tiempo, sin embargo, algunos de estos alimentos extraños, puedan llegar a formar parte de la lista de sus platillos predilectos. Es cierto que estas experiencias gastronómicas pueden en ocasiones resultar desagradables, pero a veces se ven recompensadas al disfrutarse de un nuevo y exquisito quiso, digno de ser ofrecido como manjar de los dioses.

Dentro de las crónicas de los viajeros suele ser común encontrar plasmadas sus comentarios sobre la alimentación. De acuerdo con el recorrido seguido en el capítulo

anterior, se mencionarán el tipo de comida y los platillos característicos de las distintas regiones y poblaciones:

## TAMPICO

Con motivo del cumpleaños del alcalde de *Tampico el Alto*, el capitán Lyon recibió una invitación para asistir a una comida en casa del regidor y de la cual hace una reseña sucinta:

En el centro del recibidor estaba colocada una mesa bien surtida con los platillos más gustados del país. El delicioso pescado llamado sapo (por el parecido con el renacuajo), yacía flotante en el mar de aceite, ajo, pimienta, pasas y otros sabrosos condimentos. Abundaban las carnes en todo tipo de cacerolas brillantes, y en una variedad de guisados, y cada hueco entre los platillos era llenado por una buena botella negra [de vino].  
(p. 18)

Recordemos que Lyon, tenía también como objetivo recorrer el  *río Pámuco* y hacer un reconocimiento de su caudal señalando los aspectos que considerase más importantes. A su paso por las riberas del río encontró rebaños de ganado vacuno que proveían a la región de leche; mencionó que las vacas eran ordeñadas una sola vez cada 24 horas y que debido a la libertad con que pastaban y el poco cuidado proporcionado rendían menos y su leche era de mala calidad. En cuanto a los derivados lácteos, a decir de él existían pocos; la falta de mantequilla se debía a las altas temperaturas que prevalecen en esos lugares, y el único queso que se conseguía en el mercado era una preparación de cuajada.

A su paso por un paraje denominado *San Juan*, nuestro capitán se unió a un grupo de rancheros que se habían reunido para matar a una vaca y cortar su carne en tasajo y de lo cual relata:

[...] una operación que ejecutaban con extraordinaria habilidad y diligencia, separando los tendones de la carne con precisión quirúrgica.

Dos hombres se dedicaban a cortar la carne en tiras largas o cuerdas, que aventaban a otro que las untaba bien con sal; después de esto, el único procedimiento que quedaba era colgar la carne en festones sobre largos palos para secarla al sol.

Cuando hubieron terminado su trabajo desayuné con los rancheros, con carne asada, salsa de chile y tortillas calientes servidas en rápida sucesión. Nuestro segundo platillo fue la sangre de vaca cocinada al vapor con hierbas de olor; y habiendo empezado nuestra comida con un vaso de brandy blanco [aguardiente] destilado en el rancho comimos abundantemente. (p. 50)

En ese mismo lugar, Lyon disfrutó de un delicioso desayuno: "Al despertar por la mañana vi a la hija de mi casera de pie a mi lado con pan dulce, café con leche y jugo natural exprimido de la caña de azúcar. Una preparación que nunca había visto elevada a la categoría de desayuno". (p. 50)

Estando en Pueblo Viejo destacó la importancia de la pesca del camarón, el cual era enviado a los Estados Unidos de América. Se trataba de una de las actividades primordiales del lugar. También existía tortuga en abundancia, pero no se exportaba y se consumía poco.

En relación a las frutas y los vegetales menciona que los frijoles, chiles, calabazas, maíz, melones dulces y sandías se cultivaban regularmente en dicha región.

Continuando su recorrido por las riberas del *rio Pánuco*, el capitán inglés se quejó amarga y repetidamente de la pereza de sus habitantes, quienes, según él, no se preocupaban por mejorar la labranza:

Sería muy difícil, aún en este país universalmente letárgico, encontrar un grupo de gente más indiferente, ociosa y soñolienta que ésa de Pánuco,

que en su mayor parte es criolla. Rodeados de una tierra capaz del mejor cultivo, viviendo en un río que hormiguea con los mejores peces, tienen apenas un vegetal, y raramente otro alimento que tortillas de maíz, y ocasionalmente un poco de tasajo. La siesta parece que dura medio día, y aún hablar es un esfuerzo para esta raza perezosa. (p. 40)

Debido a esta actitud, a Lyon le fue difícil en muchas ocasiones conseguir quien le preparara o vendiera alimentos:

La población entera parecía estar sumida en un letargo. Dinero, regaños y súplicas, todo lo ensayamos, pero nada pudo convencer a ningún alma de que nos asistiera. Al final [...] una mujer [...] que acababa de despertar de una larga siesta, y ya había abierto la puerta de su tienda, me llamó y ofreció leña y palabras de consuelo [...] unos pocos trozos de tasajo, o carne seca de res en tiras, conseguidos al momento, nos proporcionaron una sopa caliente. (p. 34)

Pero dejemos que continúe su viaje por el río el capitán Lyon y unámonos a otro viajero infatigable: Poinsett, quien como se recuerda realizó un largo viaje recorriendo la ruta *Veracruz-Ciudad de México-Tampico*. Acostumbrado a infatigables caminatas, provisto de un equipo adecuado, en *río Raya de Sargento*, situado en la vecindad de Tampico, relata: “Para que no os inquietéis por estos largos ayunos, debo informaros que siempre tomamos una taza de chocolate antes de salir en la mañana. Llevamos una mula cargada de provisiones, y llevamos con nosotros pollos fríos, pan, vino y café. Mi criado es un cocinero muy tolerable y recostados a la sombra de una mimosa, almorzamos opíparamente.” (p. 268)

Más adelante en el paraje de *Bernal de Horcasitas* señala: “Aquí, con alguna dificultad, hemos provisto de víveres para el resto de nuestro viaje. No tuvimos más remedio

que sacrificar y hornear el pan. Los vecinos no comen más que tortillas, frijoles y un poco de carne seca de res o de carnero.” (p. 269)

Antes de llegar al poblado de *Santa Barbara*, localizado a unos 400 mts. de distancia de la costa de *Tampico* agrega: “Almorzamos venado, que es abundante en esta región y salimos nuevamente a medio día.” (p. 264)

Más adelante menciona: “Nos detuvimos y admiramos algunos cogollos, o palmitos, cuyo uso conoce bien la gente de aquí.” (p. 266)

El capitán *Lyon*, quien fuera agasajado al igual que *Poinsett* con este sabroso vegetal en una cena, había manifestado:

La casera de mi habitación [...] pronto descubrió que me hallaba hambriento, y me envió para la cena un palmito muy sabrosamente preparado. Este es el corazón tierno de la palma de abanico joven antes de que haya adquirido algún vástago, y tiene más o menos la medida y el grosor de una pierna de hombre. Cocinado es excelente, aun crudo tiene un agradable sabor ligeramente más dulce que el de la col blanca, a lo que se asemeja en lo quebradizo y consistente. (p. 48)

No cabe duda de que conocer el mercado de cualquier pueblo o ciudad es importante, ya que a él llegan las mercancías de la región y otras provenientes de lugares distantes. Es aquí donde los pobladores o consumidores adquieren los ingredientes y menesteres necesarios para preparar sus alimentos. Si conocemos los productos que llegan a estos centros de abasto, se puede obtener información relevante sobre la variedad de guisos y platillos que se pueden elaborar y a la vez inferir qué tan balanceada y nutritiva es su dieta.

A este respecto, el capitán Lyon deja un testimonio de lo que era el mercado de la población de *Pueblo Viejo*:

El mercado está más o menos bien provisto de carne, fruta y vegetales; estos últimos son traídos en canoas desde una distancia considerable río arriba. Su abasto de pescado está poco atendido, aunque abunda en el río *Pánuco*. Las tortugas, que son grandes y numerosas, no son del gusto de la gente; y la pesca periódica del camarón es, como ya he dicho, la única cosa que se atiende ahora. Este es recogido por medio de cercos de caña y de redes de aro, y durante la temporada, los pequeños canales que llevan del río al *lago de Tampico* están casi obstruidos por los camarones. La caza se surte abundantemente en los mercados, y consiste en patos, pavos silvestres, el faisán de cresta grande, chachalacas, cojolites y otras especies; pero el venado no se consigue con frecuencia. (p. 60)

Considerando que el *agua* es un elemento básico para la supervivencia del hombre y fundamental para preparar los alimentos, así como para saciar su sed; es también importante indagar, a través de los relatos de nuestros viajeros, la manera como se obtenía, distribuía y consumía. Al respecto el capitán Lyon señala: “[...] en el *Pueblo Viejo* y el *Pueblo Nuevo* la escasez de agua potable es muy marcada; y los habitantes reciben su abasto principal del [río] *Tamesí*, una pequeña corriente que se ramifica desde el lago Altamira [...] Grandes canoas se emplean continuamente en este negocio, y es la costumbre que las familias envíen pequeños toneles de relevo de acuerdo con sus necesidades.” (p. 61)

## VERACRUZ

Como consecuencia de la presencia de las últimas fuerzas españolas que se encontraban en el castillo de *San Juan de Ulúa*, Veracruz no sólo se vio afectado en su economía, sino que también se observó una notable disminución de su población, que emigró a otros lugares en

busca de una mayor seguridad. Unos se establecieron en *Atvarado*, algunos más en Xalapa y otros en poblados circunvecinos.

Una de las primeras informaciones que tenemos acerca de los alimentos existentes en el lugar es la de **Bullock**, quien al recorrer la *Ciudad de Veracruz* menciona: "Las provisiones son caras, con excepción del pescado que, como ya asenté, es abundante y bueno. Algunos hermosos y curiosos ostiones mangle fueron los más agradables y de mejor sabor que he probado en mi vida. La leche escasea y se compra con dificultad puesto que no hay ninguna vaca en varias millas a la redonda." (p. 61)

Por otra parte, madame **Calderón de la Barca**, quien acababa de hacer su arribo a tierras mexicanas y se había alojado en casa del señor Velazco, comerciante rico y excónsul, que ofreció una cena en honor a tan distinguidos visitantes, relata: "Nos ofrecieron una abundante cena; pescado, carne, vino, chocolate, frutas y dulces; cocina a la española Veracruzificada. Probé, y esto bastó: el ajo y el aceite envolvían la carne, el pescado y las aves; servidos con pimientos y plátanos y toda clase de frutas extrañas, a las que no puedo todavía acostumbrarme." (p. 21)

**Bullock**, acostumbrado a pasear por las calles de *Veracruz*, ofrece una descripción interesante acerca del mercado de esta ciudad:

Al romper el día un paseo sin rumbo por el mercado recompensó la experiencia de mi miserable alojamiento. Estaba aquel colmado de indios y gente del pueblo cuyos diversos y variados vestidos ofrecían un



interesante espectáculo. No obstante los vegetales eran escasos y malos; las frutas muy inferiores a las de *Jamaica*. El mercado de carnes ofrecía una escena repugnante; la carne estaba siendo cortada en tiras como lazos y vendida a medida; tales tiras estaban expuestas al aire y secadas sin sal, de suerte que uno de mis compañeros, un alemán, las confundió con los intestinos de los animales enrollados al hueso. Los ejemplares de pescado recompensaron todo, pues su variedad y belleza eran tales que jamás lo hubiera podido testificar ni incluso concebir [...] Cientos de distintas especies que brillaban con todos los colores del prisma y que sobrepasaban el lustre de las gemas preciosas, así como el más brillante tono de los colibríes, cubrían las baldosas del mercado [...] los indios tenían varias especies de tortugas, armadillos y una considerable variedad de aves acuáticas entre las que pude observar el pato espátula [...] También había allí algunos venados. (p. 60)

En el ejemplar que utilizó Juan A. Ortega y Medina para realizar la traducción del libro Seis meses de residencia y viajes en México, se menciona que en el capítulo II aparece un apéndice denominado *Plaza del Mercado de Veracruz*, que no pertenece a **Bullock**. Sin embargo, se considera un documento interesante, con información valiosa y útil para esta investigación y que al margen dice:

La hora de los elegantes para ir al mercado de *Veracruz* es a las cinco de la mañana. Aquí, la mayor parte de los habitantes y la gente mejor vestida concurren en todas las estaciones del año, excepto en el periodo de lluvias y nortes. Algunos vienen a hacer compras, pero los más por el placer de *ver y ser* vistos y para parlotear y callejear hasta la salida del sol. Entonces regresan a sus casas para tomar su primer desayuno, y se van de nuevo a la cama hasta las once. En la actualidad, con barcos de guerra bloqueando la costa y amenazando sus puertas, el mercado no puede ofrecer la misma variedad que en tiempos normales; sin embargo, pocos lugares públicos hay en cualquier parte del mundo que puedan presentar como aquí un aspecto más abigarrado y pintoresco. Allí pueden verse comerciantes de varias naciones, principalmente ingleses [norte] americanos y franceses platicando y sosteniendo el puro en una mano y en la otra una rebanada rojísima de sandía; uno puede ver asimismo al vicecónsul inglés escogiendo un nuevo sombrero de paja mientras el comandante de la guarnición bebe cacao con leche [o agua de coco y leche: *cocoa-mut milk*]. El [ranchero] o modesto agricultor, si es que uno puede honrar con tal designación a cualesquiera de los indolentes mexicanos que cultivan la tierra, ofrecen un espectáculo muy vistoso y más romántico

que el de los militares, y no acuden generalmente a la plaza por asuntos de negocios o para exponer sus productos, sino para exhibirse. (p. 253)

Y más adelante agrega:

Por supuesto los más ocupados de los visitantes al mercado son los dueños de las diferentes fondas y entre éstos los propietarios de los establecimientos expendedores de ponche, que vienen a comprar trozos de hielo para la helada bebida. Este hielo es traído por los indios al mercado desde el *Pico de Orizaba*. Hay vegetales en abundancia y presentan un aspecto muy colorido y lustroso, debido principalmente al montón de canastas llenas de tomates rojos y amarillos y pimientos de todos tamaños tan brillantes como flamas. Las frutas son grandes y relucientes, siendo las sandías las más numerosas, seguidas por las piñas. El sector de las carnes en el mercado es repugnante tanto a la vista como al olfato. La carne se vende usualmente por yardas, en tiras secas. La mantequilla se vende líquida por pintas. No es raro encontrar que las aves que se ofrecen consisten en grandes loros y guacamayas [...] Aquí también se puede encontrar muchas clases de artículos poco comunes y difíciles de hallar en otros mercados; por ejemplo las guitarras. (p. 255)

El *agua*, como se mencionó anteriormente, es un líquido vital para la supervivencia del hombre, por lo que los habitantes de cada lugar o región utilizaron su ingenio para obtenerla, almacenarla y distribuirla. Así, en la *Ciudad de Veracruz* el agua se recurrió a dos sistemas de recolección. El primero y más tradicional era el acueducto; el segundo el almacenamiento del agua de lluvia en cisternas. Respecto al primer procedimiento, el capitán Lyon ilustra: “El lago que surte a la ciudad por medio de un acueducto casi enterrado bajo el suelo plano, es llamado comúnmente *La Laguna* ó *Los Cocos*, y sus aguas podrían ser fácilmente utilizadas para irrigar sus riberas.” (p. 248)

En cuanto al segundo agrega: “Las casas de Vera Cruz son de techos planos y cubiertos con cemento; [...] se mantienen asiduamente limpios, como los receptáculos para surtir agua de lluvia a los tanques o algibes que tiene toda casa de importancia, y que guardan suficiente agua para el consumo de dos a tres años.” (p. 249)

Por su parte, **Bullock** amplía esta información: “La única agua potable es la que cae de las nubes, la cual es preservada en aljibes, siendo los del fuerte y el del convento de los franciscanos los mejores.” (p. 61)

## RUTA VERACRUZ-MEXICO

En la ruta de Veracruz a México, los indios vendían alimentos en sus pequeños jacales, ya sea en el interior de los mismos o bajo alguna sombra que permitía que la estancia de los viandantes fuera más placentera. Esta actividad cumplía dos funciones importantes: por una parte, proveía al viajero de alimentos elaborados, así como de animales como gallinas, aves y otros, que pasaban a formar parte de la provisión que debían llevar consigo, y por la otra permitía a los habitantes de las aldeas o posadas obtener un ingreso económico, logrando de este modo un medio de subsistencia adicional.

Sabemos que a su paso por pequeñas poblaciones o aldeas, los viajeros descansaban de sus largas jornadas y a la vez aprovechaban para refrescarse e ingerir algunos alimentos. Al respecto **Penny** dice: “Todo refrigerio que pudimos obtener a lo largo del camino y en los numerosos y humildísimos jacales indígenas, fue un calabazo hueco lleno de ron (un

infame licor extraído de la caña de azúcar nativa), frijoles y tortillas, queso malo y huevos frescos." (p. 70)

Sin embargo, es sorprendente descubrir cómo estos viajeros a medida que se internaban en el país, se maravillaban de un sinnúmero de paisajes hermosos, enmarcados por una bella vegetación, que hacían que sus pensamientos se remontaran a un mundo de fantasía.

Así, tenemos las impresiones de Penny durante su estancia en el poblado de *Santa Fe*, contemplando con curiosidad el espectáculo que se ofrecía a su vista:

Algunas de estas familias indias han escogido como habitación determinados lugares en los límites del bosque, los cuales sobrepasan en rural y romántica belleza a la más hermosa pintura que te puedas imaginar; reiteradamente me detuve suspenso de admiración ante estos hermosos retiros; eran la realización de aquellas placenteras y, no obstante, confusas ideas que me había forjado en mis días de escolar sobre paisajes tropicales [...] Las cabañas están formadas por cañas de bambú trabadas como trabajo de cesterero, los altos techos están cubiertos por las graciosas palmas de los cocoteros y semiocultos bajo las frondosas y exuberantes trenzas de un convólvulo o de otras enredaderas, y sombreado por las profusas ramas de algunas plantas majestuosas que solamente son conocidas en medio de los trópicos. Frente a la escena murmura un serpenteante arroyo, que aparece y desaparece alternativamente en el soto, tanto cuanto podemos alcanzar ver a lo lejos.

El encanto de todo se acrecienta por la suave influencia de una ardiente atmósfera, por silencio y quietud que reina en torno y, frecuentemente, por el arrullo de las tórtolas en la arboleda contigua.

La ilusión ha quedado rota por una llamada de mis compañeros invitándome a participar del rústico desayuno preparado para nosotros, consistente en huevos y frijoles; y, entonces, ¡que escena tan diferente he contemplado!: ¡nada salvo miseria y ruindad! En el centro del fuego

humeante, desplegados los petates para dormir y los alimentos esparcidos sobre este mismo terrizo suelo cubierto de inmundicias; y en vez del interesante vivaz niño, ufano de brincar sobre nuestras rodillas, de negros y brillantes ojos, de franco rostro y mirada en busca de aprobación; en vez de la ruborosa joven aldeana, sus bellas trenzas de negro azabache agitándose lozanamente sobre su cuello tostado por el sol, que se aproxima modestamente para ofrecernos un ramillete de flores, cortadas por ella misma de su propio jardincito; en lugar de todo esto, ¡ay!, que yo me había esperado hallar, aprehendí un fiel cuadro descriptivo de estos indios que casi los excluiría del título de humanidad. La tibieza del ambiente, la superabundancia de plantas trepadoras, el soto, el bosquecillo y los jacales aún están aquí; pero de tal manera asociados a la miseria que ha sido difícil para mí imaginar que eran las mismas cosas que un momento antes me habían detenido para admirarlas. (p. 71)

Por el contrario, al llegar al poblado de *Santa Fe*, **Ward** expresa: “Sin embargo, encontramos provisiones en abundancia: aves de corral, arroz, tortillas y piñas, junto con un copioso suministro de naranjada, nos proporcionaron una cena excelente.” (p. 420)

**Madame Calderón de la Barca** habla de sus experiencias, al dejar la costa y llegar a las primeras poblaciones de indios: “Conseguimos algunos vasos de leche recién ordeñada, y después del relevo de las mulas, proseguimos nuestro viaje, ya no sobre médanos de arena, sino a través de la soledad del campo, entre árboles y flores, resplandecientes creaciones de la tierra caliente.” (p. 25)

Personajes tan distinguidos como los **Calderón de la Barca** no podían pasar desapercibidos sin que el propio general Santa Anna les hiciera una atenta invitación para descansar y desayunar en su casa de *Manga de Clavo*, de cuya experiencia nos relatan:

En *attendant* [entre tanto], se anunció al almuerzo. La Señora de Santa Anna me introdujo al comedor. Colocaron a Calderón a la cabecera y a mí a su derecha; Santa Anna enfrente de Calderón y la Señora a mi derecha.

El almuerzo fue espléndido, y consistió en una variedad de platos españoles, carne y legumbre, pescado, aves, frutas, dulces, cafés, vinos, etcétera, todo servido en vajilla francesa en blanco y oro. Después del almuerzo, la Señora mandó a un oficial que fuese a traerle su cigarrera, que es de oro, con el cierre formado por un diamante, y me ofreció un cigarrillo que rehusé. Encendió ella el suyo, un pequeño cigarrito de papel y los caballeros siguieron su buen ejemplo. (p.26)

Otro producto de vital importancia para la alimentación de los habitantes de esta región era el plátano, el cual se reproduce con gran facilidad, dándose en abundantes racimos y del cual nos habla **Ward**.

[...] en los jacales, a muchos de los cuales entré, hallé siempre una provisión abundante de maíz, arroz, plátanos, naranjas y piñas [...] No soy un admirador del plátano, su sabor me recordaba el del camote y lo dejé después de apenas probarlo. Todos estos frutos se producen, con muy poco o nada de trabajo, en un pedazo de terreno en la vecindad del jacal, que aunque aparentemente muy pequeño para sostener a un solo individuo, es generalmente suficiente, con ayuda de unos cuantos frijoles y un poco de chile del interior, para proporcionar la subsistencia a toda la familia [...] Casi nunca comen carne: sus aves de corral los abastecen abundantemente de huevos y les permiten, al enviarlas al mercado [...] comprar algo de vestimenta. (p. 422)

Continuando nuestro viaje llegamos a un lugar pintoresco y lleno de vegetación, con un arroyo sobre el que se levanta un puente conocido como *Puente de la Reina*, del cual **Bullock** expresa:

A las dos llegamos a un poblado bastante bueno, con un río y su puente llamado Puente de la Reina. Tenía el pueblo el mejor lugar de alojamiento con que habíamos topado hasta entonces [...] Se nos mostró una habitación que contenía una mesa y sillas. Puesto que nuestras provisiones estaban ya por agotarse nos procuramos una buena tortilla de huevos con jamón. La casa tenía algunas pretensiones de elegancia: un mantel estaba extendido sobre la mesa, el cual (aunque no muy limpio) era un lujo que no habíamos tenido con anterioridad. (p. 69)

asado, un guisado a la usanza del país, una gallina con cebolla, tomate y chile; a este substancioso manjar se agregó una botella de vino catalán, el cual, para mi gusto, es el más abominable de todos los vinos, ya que es dulce, astringente y nauseabundo.

Lo que me divirtió fueron los modales excesivamente despreocupados de los criados de la posada. Uno de ellos, al no poder llegar con la mano hasta el lado opuesto de la mesa, se arrodilló sobre la banca junto a donde yo estaba sentado, y recogió el mantel (que por lo visto se cambia semi-anualmente) chiflando una alegre tonada tan alto como podía, todo el tiempo. (p. 69)

Y Penny expresa:

La cocina está muy a la mano y es, sin duda, la sección mejor del establecimiento. El cocinero actual es un hombre de habilidad, napolitano, que conserva el carácter de sus paisanos en su asiduidad para servir a los ingleses que pagan bien. Nos dio un excelente *bif tek de mouton*, porque el *mouton* [cordero] es el orgullo de la región y, en cuanto yo me sé, puede que sea excelente cuando está en los campos; más si así fue, al pasar por las manos del carnicero quedó, sin duda, echado a perder, por lo cual toda la ciencia culinaria del professore de *La Sociedad* no fue suficiente para compararlo con el peor cordero que tú preparases en casa. (p. 75)

**Bullock** menciona que la comida que le sirvieron en el mesón principal de Xalapa, sin especificar si se trataba de la *Gran Sociedad*, fue buena al estilo español. De regreso a *Europa*, al pasar nuevamente por esta ciudad, fue invitado a un día de campo, en donde saboreo un esquisito guiso en compañía de varios conocidos: "No pude enterarme de la composición de la mayor parte de platillos; pero fue notable un lechón de tres meses, asado entero y relleno de nueces, el cual acordé en que era un buen plato y estaba bien cocinado. Hubo en la comida demanda de cuchillos, ya que sólo pusieron uno por mesa; se me explicó que esto era normal en Hispanoamérica." (p. 75)

Por su parte, madame **Calderón de la Barca** quien se alojó en un mesón, cuyo nombre tampoco menciona, hace referencia del desayuno que se les ofreció: “Nuestro desayuno estuvo delicioso. ¡Qué huevos tan frescos, qué mantequilla tan fresca, qué buen café y qué manera de freír los pollos! Amen de un pan muy bueno y de una agua excelente. En fin, que quedamos enamorados de Xalapa.” (p. 29)

En la Ciudad de Xalapa, los viajeros se abastecían de provisiones que difícilmente podían encontrar en el camino y desde luego saltan a la vista algunas frutas que les eran desconocidas, como por ejemplo: la chirimoya, de la cual dice **Ward**:

La chirimoya, creo yo, es un fruto desconocido en Europa: su tamaño es mayor que el de la naranja más grande; la cáscara es verde y llena de irregularidades, pero la pulpa es de un blanco maravilloso y tan suave que se debe comer con cuchara, ya que toma un color herrumbroso si se corta con cuchillo; su sabor es el de la fresa, combinado con el de otras frutas.  
(p. 429)

## **PEROTE**

Antes de llegar a esta población, el viajero encontraba plantaciones de maguey, de las que se extraía una bebida denominada por varios nombres según su estado de fermentación, pero que, generalmente se conocía como pulque, el cual era muy apreciado por los mexicanos y su bebida por excelencia. Debido a su importancia, se le dedicó un espacio especial en el apartado sobre la comida en la Ciudad de México.

La población de *Perote* era pequeña y por lo mismo había pocos mesones. **Poinsett** habla de los alimentos que obtuvo en ellos:



Penetramos al mesón por un portón como la *portecoche* de un hotel francés, hasta un gran patio [...] De un lado de la puerta grande y junto a la entrada, hay una tienda y una cocina del otro lado. La cocinera nos hizo una relación alarmante del estado de su despensa, tortillas y frijoles era todo lo que nos podía ofrecer para el almuerzo. Estos frijoles, por bonito que suene el nombre, no son más que nuestras alubias rojas; sin embargo, consolamos a la cocinera por la pena que sentía al tener que ofrecer una minuta de esta clase a unos caballeros, sacando nuestras propias provisiones y pronto transformó a una gallina fría en un sabrosísimo guisado. (p. 75)

Al alojarse en un mesón de este poblado, Penny relata:

La entrada se hace bajo un pasaje abovedado que se cierra durante la noche mediante puertas de dos batientes. A un lado de la entrada, bajo el arco, encontramos por lo general la cocina y, opuesto a ella, la tienda o almacén [...] cuando entramos distinguimos por encima de todas las voces y ruidos de los ocupantes del patio del mesón, la voz de una rezongante cocinera, *toda ella maldiciones* y ocupada de lleno con negocios que no podía resolver, por causa de dos coches que habían justamente llegado antes que nosotros y cuyos viajeros habían invadido plenamente la cocina y habían dado principio a sus diferentes diversiones, comiendo, fumando, enrabando a la pobre cocinera, o acaso ayudándole a avivar el fuego y a otros oficios provechosos. Esto era, por cierto, una mala perspectiva para nosotros, que habíamos cabalgado larga jornada después del desayuno [...] tomé el medio más seguro de procurarnos una cena, abriéndome paso entre la turba hasta llegar al fogón, y haciendo las paces con las hostigada cocinera.

Con una buena dosis de paciencia y bonísimo apetito logramos al fin algunos huevos fritos, sazonados con chile, unos pocos frijoles y algo de mal pan. Con más tiempo y aviso, la cocinera nos aseguró que nos habría procurado algo de cordero. (p. 80)

Este viajero hace una comparación de lo que era un *mesón* en México y su equivalente en Inglaterra, diciendo:

“[...] un mesón en este país es lo que substituye a las posadas y cafeterías de Inglaterra; pero cómo difiere de éstas en ciertos aspectos [...] En primer lugar, en vez del café o té que tomas en Inglaterra, se nos sirve

chocolate; en vez de ser atendido por un aseado mozo, calzado con finas zapatillas y calzón y medias de seda, tenemos que servirnos nosotros mismos; y en lugar de un buen platillo de *roast beef*, servido en un dorado salón, tenemos que contentarnos con huevos fritos y habas caballunas, cocinadas con manteca de puerco y, tal vez, un pollo estofado, que comemos como podemos en una cocina llena de humo. (p. 80)

Madame Calderón de la Barca, quien después de haber descansado un par de horas en un mesón en Perote y muy de madrugada se preparaba para continuar su viaje, comenta: “Nos hicieron un poco de chocolate con leche de cabra, hórrida en general y agria en particular.” (p. 31)

Otra población sencilla y agradable de la ruta hacia México era *Tepeyehualco*, donde varios de los viajeros tuvieron experiencias agradables de las cuales sólo se citarán algunas:

**Poinsett** expresa:

Por fin nos detuvimos en la puerta de la casa de un español europeo [...] Hemos cenado muy bien, para aquellos a quienes les agrada el ajo y el aceite de sabor fuerte. *La gachupina* me trajo un vaso de pulque blanco y espumoso como champaña, pero menos claro. El sabor es agradable y no me sorprende que a la gente del país le guste. **Humboldt** le atribuye el sabor de la carne descompuesta; pero el pulque que me dieron en *Tepeyehualco* no sabía así. (p. 77)

El matrimonio Calderón de la Barca, quien viajaba en una diligencia seguida de una pequeña escolta, fue interceptado por un grupo de jinetes al mando de un capitán, quien, al dirigirse a don Angel y esposa, les informó que los alcaldes de *Tepeyehualco*, *La Ventilla* y algunos otros pueblos habían preparado un almuerzo durante 20 días consecutivos en espera de su llegada.

Al llegar a *Tepeyehualco*, el alcalde reiteró la invitación, la cual rehusó don Angel dándole las más expresivas gracias. Dirigiendo su carruaje hacia *La Ventilla*, población donde fueron recibidos cálida y amistosamente, aprovecharon para hacer su desayuno y de él habla madame Calderón de la Barca:

Nos dieron aquí deliciosas chirimoyas, una especie de flan natural, que nos gustaron, no obstante que era la primera vez que las probábamos, y también granaditas, plátanos, zapotes y otros. Fue también en este lugar donde por primera vez probé el pulque; y desde el primer sorbo deduje que así como el néctar era la bebida del Olimpo, podríamos conjeturar con justicia que Plutón ha de haber cultivado el maguey en sus dominios. El sabor y el olor combinados, me cogieron tan de sorpresa, que me temo que mis gestos de horror deben haber sido cruel ofensa para el digno alcalde, quien le conceptúa como la bebida más deliciosa del mundo y, de hecho, se dice que cuando se vence la repugnancia al principio, es después muy agradable. La dificultad debe consistir en vencerla.

Después de un mediano desayuno, en que el hambre hizo pasaderos el chile y el ajo, continuaremos nuestra ruta, advertidos de que los ladrones se habían vuelto muy osados, y como en la siguiente etapa el peligro era mayor, teníamos que doblar la escolta. (p. 33)

Por su parte, Ward sorprende al mencionar que dentro de su despensa contenía algunos alimentos enlatados, lo que resultaba ser una novedad para esa época. Al instalarse en *Tepeyehualco* comenta:

Por fortuna, traíamos con nosotros un par de latas con carne en conserva, con la que hicimos caldo, y esto, junto con unas cuantas hogazas de pan que descubrimos en uno de los carruajes, nos salvó de una comida a base de tortillas y chile, con la que tuvieron que conformarse los sirvientes de *ad libitum*, con justa recompensa por no haber sido mejores proveedores.

Al principio pocas gentes gustan de este platillo, aunque constituye el alimento de los dos tercios de la población de México. El maíz tiene un sabor desagradable, por lo que, si agregamos lo extremadamente picante del chile, se requiere algún tiempo para acostumbrarse. Nunca pude

comerlo con placer, a pesar de que a veces he recurrido a él en ausencia de alimentos más sabrosos. (p. 432)

Este viajero, al parecer estaba bien abastecido de alimentos en conserva, ya que en otros lugares hizo uso de ellos, como se puede constatar en el siguiente relato:

En ningún otro país se siente tan frecuentemente como en México la ventaja de contar con provisiones. Se conservan por el tiempo que sea necesario sin que las afecte el calor, y como las latas están hechas con estaño comercial sólido, soportan sin daño el movimiento de la mula. Una lata de tres libras, junto con una ración de pan, unas cuantas papas y carbón suficiente para hacer hervir durante quince minutos la tetera de la cantina, proporcionan una comida para seis u ocho personas, y la ventaja de eso se aprecia debidamente después de una cabalgata de cincuenta millas bajo un sol vertical. (p. 521)

Al llegar al poblado denominado *Ojo de Agua*, **Poinsett**, quien tenía la costumbre de ser muy observador en relación a los comestibles, se interesó en saber cómo se preparaban:

Mientras preparaban el almuerzo entré en la tienda frontera a la cocina para platicar con el tendero y no pude menos que darme cuenta de la miserable hilera de estantes vacíos que presentaba. Una resma de papel, unos cuantos manojos de tabacos, algunos chiles, sal, pan, que cuesta lo doble que en los *Estados Unidos*, pulque, aceite y aguardiente inferior, constituían el inventario de sus existencias [...]

Tras un excelente almuerzo (caminad a caballo seis horas después de tomar una taza de chocolate solamente comprenderéis lo que quiero decir por excelente). (p. 77)

**Ward** fue informado acerca de los disturbios que se suscitaban en ese momento en la *Ciudad de Puebla*, por lo que decidió cambiar la ruta hacia la población de *Huamantla*, en donde le ocurrió una agradable y satisfactoria experiencia:

Aunque apenas había llegado a *Huamantla* la noticia de nuestra intención de visitar este lugar, encontramos a gran parte de la población en las calles esperando recibirnos [...] Inmediatamente recibimos la visita del Ayuntamiento, con el alcalde a la cabeza, así como la de los oficiales de un regimiento [...] después de lo cual fuimos conducidos a un cuarto, en donde había preparada una comida para treinta personas, con tal hospitalidad que hubiera hecho honor a cualquier país del mundo. Tan pronto como abandonamos la mesa, nuestros amables anfitriones, que estaban decididos a no hacer las cosas a medias, mandaron por todos nuestros sirvientes y por la escolta y les regalaron los innumerables platillos que nos habíamos visto obligados a dejar sin tocar. (p. 435)

Esta muestra de atención, era un ejemplo de la hospitalidad que caracterizaba a muchos de los mexicanos; desde luego, la calidad o la importancia del viajero marcaba una serie de atenciones y diferencias especiales.

## LA CIUDAD DE PUEBLA

Continuando por el camino tradicional a la capital mexicana, se llega a una de las ciudades más notables del país como lo es *Puebla*, en donde se asentaba el obispado más rico del país. **Bullock** y el amigo con quien viajaba se hospedaron en la casa de un comerciante, en donde fueron muy bien atendidos: "Aquí encontramos todas las razones para sentirnos satisfechos con nuestro hospedaje: la mesa bien servida a la auténtica manera española, con cinco comidas diarias; todo era hospitalidad, respetabilidad y cortesía." (p. 84)

En virtud que se tienen pocos datos acerca de la comida poblana por parte de otros viajeros, continuaremos con **Bullock**, quien habla acerca del mercado de esta ciudad:

Los mercados empiezan aquí sus operaciones con la luz del amanecer, al igual que en la mayor parte de las ciudades mexicanas, y resulta una escena interesante para los extranjeros verlos atestados por varias tribus indígenas, ocupadas en arreglar y exponer sus diversos productos para

obtener los mejores beneficios. Los productos colocados en el suelo son protegidos del sol mediante un burdo parasol. Las mujeres indias, limpias y arregladas en sus vestidos, rodeadas por sus niños, venden los delicados frutos y vegetales del trópico, que a menudo son traídos de los lejanos y ardientes distritos de las tierras calientes. Las aves de corral, abundantes y baratas, ocupan otra sección del mercado y las carnes cocidas una tercera; aquí preparan los indios carnes, aves y vegetales de variadas maneras cocinados con carbón de leña; su comida está generalmente sazonada con chilli que constituye el ingrediente favorito de los nativos. En los mercados se exhibe gran cantidad de loza de barro y el extranjero quedará complacido al observar la hermosa manera en que las indias preparan una gran variedad de licores de todos colores y sabores. Una olla de barro rojo parecido al *estrusco*, de mayor tamaño que las que hacen en *Europa*, es llenada de agua y enterrada cuidadosamente en arena húmeda. Un enorme surtido de flores, principalmente amapolas, es plantado en la arena en torno a los vasos de cristal colmados de vistosos brebajes de colores, las cuales junto con el chocolate, el pulque y los helados son servidos a un costo ínfimo por mujeres limpias y de respetable apariencia. El pan se prepara en diversas formas y con variados ingredientes; en *Europa* no se puede hacer mejor pan de trigo que el que se hace aquí. En efecto, los artículos de consumo necesario y la mayor parte de los lujos de la vida (con excepción del pescado pueden adquirirse a precios razonables). (p. 94)

Uno de los mayores encantos de esta región eran los bosques de pinos. En una de la parte más alta de estas cordilleras, se localizaba el poblado de *Río Frio* en el que existía una posada que era atendida por sus propietarios de origen francés. En este lugar, el viajero podía disfrutar de unas excelentes patatas, jaleas de varias clases y desde luego frijoles, huevos y pulque.

A partir de este lugar se inicia el descenso prolongado hasta la *Ciudad de México*; desde donde se podía apreciar su valle coronado por montañas.

## LA CIUDAD DE MEXICO

Sabemos que las familias que contaban con mayores recursos económicos tenían la costumbre de realizar cinco comidas al día: desayuno, almuerzo, comida, merienda y cena, y algunas de ellas eran acompañadas de carne de diferentes animales como puerco, borrego, pollo y cordero entre otros. Es madame **Calderón de la Barca** quien nos habla al respecto: "No existe ningún país en el mundo en donde se consuma tal cantidad de alimentos de procedencia animal, y no hay otro país en el mundo en donde menos se necesite que en éste. Los consumidores no son los indios, cuyos medios no se los permiten, sino las mejores clases, que, por lo general, comen carne tres veces al día." (p. 74)

Uno de los alimentos de origen animal de mayor consumo era el cerdo, conocido vulgarmente como puerco. **Bullock** coincide con la opinión de madame **Calderón de la Barca**, al decir que era consumido en su mayoría por gente de amplios recursos y al señalar lo que se destinaba a los pobres:

Varias personas ricas conservan y favorecen una raza fina de estos animales como artículo de comercio en la *Ciudad de México*, el cuidado y la atención que se le presta a su limpieza y comodidad excede a todo lo que he visto en algún otro lugar, por lo que un breve comentario puede ser útil a nuestros granjeros, cerveceros y destiladores al proporcionarles ciertos datos que pueden ser aprovechados por ellos con vista a la crianza de gran número de estos valiosos animales. Los lugares donde se lleva a cabo este negocio son espaciosos y consisten por lo general de una buena casa habitación, un taller, matadero y lugares para socarrar los puercos, grandes calderos para extraer la manteca, cuarto para salado y secado, cuarto para el tocino con recipientes de madera para conservar la manteca, la cual constituye un artículo de gran consumo en la comida española ya que se emplea como sustituto de la mantequilla. Hay también una fábrica de jabón, en la cual la grasa de desecho es manufacturada, y un departamento donde con la sangre se hacen morcillas que se venden a la gente pobre. (p. 153)

La mayoría de los viajeros eran bien recibidos en la *Ciudad de México*. Por la mañana, solían atender sus asuntos particulares y visitar lugares de interés, mientras que por la tarde se distraían caminando por la Alameda, recorriendo el Paseo de Bucareli, admirando los almacenes de las calles principales, asistiendo a algún café o visitando a sus conocidos a la hora de la merienda, disfrutando de una buena plática, acompañada de un cigarrillo, golosinas o un chocolate tradicional.

A *Poinsett*, durante su estancia en la *Ciudad de México*, le llamaron la atención las frecuentes expresiones de cortesía de sus habitantes, quienes le ofrecían sus casas y mencionaban que se sentían complacidos por el honor de tenerlo con ellos y otra serie de expresiones de este tipo. Sin embargo, expresaba, los hechos no coincidían con tales dichos ya que una invitación formal a comer se hacía excepcionalmente.

En los alrededores de la *Ciudad de México* existían lugares donde sus habitantes acostumbraban llevar a cabo paseos campestres y paladeaban guisados típicos del lugar. *Madame Calderón de la Barca* narra algunos de estos paseos. Al asistir a la ceremonia de herraderos en *San Bartolo*, al norte de la ciudad, llamada así por que marcaban a los toros con hierro candente las iniciales del propietario, de la cual relata:

Los indios nos habían preparado carne que asaban bajo unas piedras, y que encontré horrible por su olor y gusto ahumado. Pero también tuvimos aves cocidas y abundancia de quemante chile, tortillas calientes, atole o atolli, como le llaman los indios, una suerte de dulce hecho de maíz muy fino, mezclado con agua y endulzado con azúcar o miel; embarrado, guiso muy gustado, hecho de carne y chile, muy lodoso según su nombre lo indica, y el cual todavía no me he hecho el ánimo de probar; cantidad de tunas frescas, granaditas, aguacates, y otras frutas, y, además, pulque a *discretion*. (p. 210)



Durante este paseo, la marquesa tuvo una experiencia desagradable con el fruto del nopal, conocido como tuna, del que menciona:

Hicimos llevar al coche una cesta llena de una de las frutas más refrescantes, la tuna, que se da silvestre y en abundancia por todo el país. La primera vez que, descuidada, quise arrancarla de la planta, se me llenaron los dedos con las innumerables espinas que recubren su piel, y las cuales son muy trabajosas de sacar. Los indios son muy diestros en cogerlas y pelarlas. Hay la tuna verde y hay la roja; la última más agradable a la vista, pero ni la mitad tan sabrosa como la primera. (p. 208)

En otra ocasión, en que se dirigieron hacia el lado oeste de la ciudad rumbo a Toluca, pasó por el poblado de *Cuajimalpa*, respecto al cual escribe: "Nos detuvimos a almorzar en *Cuajimalpa*, cuya posada regatea un francés [...] Nos sirvieron pescado blanco del río Lerma, que cruza las planicies de Toluca, y sin aquel regusto a lodo que tiene con frecuencia el que procede de la laguna de México; también nos dieron chuletas, patatas, café, etc." (p. 345)

La misma viajera relata sobre otra de sus múltiples salidas:

Nos invitaron, no hace mucho, a un día de campo, diversión que aquí es muy frecuente, y a la que sin ninguna formalidad o cumplimientos, cierto número de personas sale a algún sitio de los alrededores, y allí pasan el día bailando, almorzando y pescando.

Se ofrecían a la vista mesas inmensamente largas, cubiertas de guisos a la mexicana, a los cuales también me voy acostumbrando; se pronunciaron muchos brindis y se bebió mucha champaña. No nos cansamos de bailar cuadrillas, vales y contradanzas españolas. (p. 80)

Paulatinamente y de manera inadvertida, algunos extranjeros no sólo se adaptaron a la comida, sino también a la bebida típica, que en un principio les pareció repugnante. A este

respecto, nuestra singular madame **Calderón de la Barca** indica: “Estaba casi decidida a no ver semejantes escenas [ceremonia de enclaustración], que cada vez me gustan menos, al contrario de lo que sucede con el pulque y las corridas de toros, que ganan según se van probando.” (p. 147)

Un aspecto que atrajo la atención a los viajeros era la falta de cubiertos en la mesa. **Madame Calderón de la Barca** habla de ello:

Después de comer en una de las chozas unos pollos acompañados de tortillas, proseguimos nuestro viaje. En esta memorable ocasión sacaron dos cortaplumas (todavía no puedo explicarme por qué no trajeron algunos cuchillos y tenedores, a no ser que sospechasen que nunca habían de limpiarlos). Y esta referencia a los cuchillos, y tenedores me lleva de la mano a citar el hecho de que todos los criados de México y todo el común del pueblo, ¡comen con los dedos! (p. 363)

Más adelante agrega: “[...] nos sentamos a la mesa seis comensales ante un guiso de aves y unos frijoles, con sólo tres cuchillos y dos tenedores [...] y si nuestra cena no fue muy elegante, estuvo por lo menos muy alegre.” (p. 347)

La tortilla, alimento básico en la dieta de los mexicanos, estaba siempre presente para acompañar todo tipo de platillos. Generalmente se colocaban en cestos o en servilletas y desde luego la ración aumentaba en las familias de menores recursos. Este producto es de tal importancia como el pan lo es en otros países; de hecho, algunos viajeros señalaron esta equivalencia. Por tal motivo no es de extrañarse que este artículo se consumía en el desayuno, comida y cena de manera considerable. Existían también expendios de pan blanco y dulce, pero éste a diferencia de las tortillas, era consumido en mayor proporción por las clases media y alta.

Tanto Poinsett como la marquesa Calderón de la Barca, abordan en diversas ocasiones el tema de la tortilla. Daremos paso al primero, ya que éste lo hace en forma explícita:

Se pone el maíz en una olla grande, llena de agua, y se añade una pequeña cantidad de cal, menos de una onza para dos galones de agua. Se pone junto a la lumbre durante dos o tres horas a fuego lento [...] que lo suaviza y le quita la cascara. La operadora se provee de una piedra de unas dieciocho pulgadas de largo y un pie de ancho, algo cóncava, sobre la que se pone el maíz, y entonces se muele con otra piedra de forma de un rodillo para pasta. Este se agarra firmemente y al pasar en un sentido y otro por encima del maíz, pronto lo aplasta hasta formar una pasta fina. Una vez así preparado se le dan golpes suaves con las manos hasta convertirlo en una torta redonda, muy delgada y se cuece sobre una cazuela de barro puesta al fuego. Todas las muchachas llevan a cabo esta operación con gran habilidad y limpieza. A un lado tienen una jarra de agua en la que constantemente meten las manos para impedir que la pasta se les pegue a los dedos. A mí no me gustan las tortillas tanto como el pan o bizcocho de maíz de nuestra patria, pero son muy sabrosas y con ella se alimentan los naturales. Las comen con frijoles y con una salsa preparada a base de manteca y chile, la cual untan en la tortilla, tan abundantemente como nosotros la mantequilla en el pan. (p. 191)

La marquesa Calderón de la Barca, a su vez, indica que la tortilla, además de alimento, cumplía otra función importante: “Los más curiosos enrollan dos tortillas que le sirven de cuchillo y tenedor, y que, os lo puedo asegurar por experiencia propia, es mil veces preferible que nada cuando habéis aprendido a usarlas.” (p. 363)

Pasemos ahora a conocer uno de los mercados de la *Ciudad de México*, descrito ampliamente por Bullock:

Uno de los más interesantes espectáculos para un inquisitivo forastero en México es un paseo, temprano en la mañana, al canal que conduce al *lago de Chalco*. Allí, cientos de canoas indias, de tamaño y forma diferentes,

cargadas con la mayor variedad de productos animales y vegetales procedentes de los lugares vecinos van llegando sin interrupción, y estas embarcaciones son manejadas frecuentemente por mujeres nativas acompañadas por sus familias. Las mejores verduras, originarias de las huertas europeas, junto con un sinnúmero de frutas de la zona tórrida, de muchas de las cuales aún ignoramos los nombres, se amontonan formando pirámides y están decoradas con las flores más vistosas [...] Otras embarcaciones van cargadas con carne, gallinas, pavos y una profusión de patos salvajes [...] Además, otras son fletadas para transportar maíz y pacas de paja, el alimento usual de los caballos, y se ven como pirámides flotantes. La leche, mantequilla, fruta y cabritos se encuentran en gran abundancia [...] Descargan sus mercancías un poco al sur del palacio virreinal, cerca del gran mercado, y trasladan sus variados productos sobre sus espaldas al lugar donde ellos los depositan y se disponen a venderlos. Las más abundantes eran la espátula [...] y la cerceta [...] vendidas ambas al mismo precio y son comidas por los pobres, aunque esta última es tan buena como la de *Inglaterra*, donde es muy estimada por la delicadeza de su carne [...] Pavos, gallinas, palomas, liebres y conejos hay en abundancia y en ocasiones se encuentra venado en la mesa. El pescado es escaso y caro, los lagos sólo producen unas cuantas especies: la pesca blanca, que en apariencia y sabor se parece a nuestro esperlán, es la mejor. Tortugas, ranas y el ajolote, especie de salamandra (animal acuático que se parece mucho a nuestra lagartija de agua o lagarto) son abundantes en el mercado y todos buenos para comerlos [...]

Los indios también aportan al mercado una considerable cantidad de un delicado y pequeño pez de no más de dos o tres pulgadas de largo, que pescan con redes en los canales y zanjas cercanas a los lagos. Son envueltos en las hojas o totemoscle que rodean la mazorca de maíz y luego se asan. Asados se ponen a la venta a un precio muy razonable; pensamos que son excelentes, pero casi nunca se ven en la mesa de los pudientes. Tienen también un pequeño crustáceo, animal parecido a nuestro camarón; pero no de tan buen sabor. El mercado de carnes está bien abastecido con reses, corderos y puercos y en la primavera el cabrito es abundante y barato; la ternera está prohibida por la ley. La carne de res y de carnero no son de ninguna manera iguales a las que tenemos en los mercados de Europa; y aunque no son de la mejor calidad de ningún modo son malas. De vegetales y frutas pocos son los lugares que pueden jactarse de tal variedad como México [...] plátanos, papayas, ananás, guanábanas, sidras, pamplemusas, zapotes, aguacates, tunas, pitahayas, chayotes, genipapas, granadillas, granadas, dátiles, anonas, mangos, tejocotes, melones, calabazas y tomates. (p. 132)

Los habitantes de la *Ciudad de México* se abastecían de agua a través de dos acueductos; el primero era conocido como el de *Santa Fe*, debido a que sus aguas provenían de los manantiales de este lugar, y el segundo de *Chapultepec*. Ambos se iniciaban al Oeste de la *Ciudad de México*, aproximadamente a doce kilómetros de ésta y a unos 174 metros más arriba del nivel de la plaza mayor. El acueducto de *Santa Fe* corría por la Verónica hasta Tlaxpana, doblando al oriente por San Cosme, en el costado norte de la Alameda y terminaba en la caja de agua de la Mariscalá. El agua que conducía este acueducto se conocía como agua delgada, debido a que contenía gran proporción de carbonato de sal. Dejemos que Poinsett hable de este acueducto:

En el Centro de la Alameda, hay una fuente que recibe el agua del gran acueducto que baja desde *Santa Fe* hasta la *Ciudad de México*, el agua se distribuye a través de canalillos de modo de regar árboles y plantas, y después se descarga en el lago. El acueducto que pasa cerca de la Alameda, tiene treinta y tres mil cuatrocientos sesenta y cuatro pies de largo y se sostiene sobre una arquería de piedra y ladrillo enjalbegada toda ella. El agua proviene de los manantiales próximos de *Santa Fe*, cerca de la cadena de montañas que divide el Valle de México de los de Lerma y Toluca. (p. 97)

El acueducto de *Chapultepec* era el otro conducto de agua mediante la cual se abastecía la población. Se iniciaba en las faldas del cerro de Chapultepec y recorría la calzada del mismo nombre hasta el Salto del Agua, en el cruce con la calle del Tecpan de San Juan. El mismo Poinsett habla de él:

Hay otro acueducto cuya longitud es de diez mil ochocientos veintiséis pies que trae el agua de Chapultepec a la ciudad. Los arcos de este acueducto que son novecientos cuatro, están espaciados a nueve pies seis pulgadas uno del otro y las columnas tienen cuatro pies de grueso. El ancho es como de seis pies y seis pulgadas. La columna de agua tiene dos pies y tres pulgadas de ancho y dos pies de profundidad. Según entiendo el agua de Chapultepec es mejor. (p. 97)

**Ward** agrega: "El camino a Chapultepec está dividido por un acueducto que separa la porción destinada a las carretas y mulas y la destinada a carruajes y jinetes. La estructura del acueducto es sólida; consiste en novecientos arcos y el manantial que lo abastece produce el agua más clara y límpida vista por mí alguna vez." (p. 447)

El agua, una vez depositada en las cajas o fuentes principales, se distribuía a la población a través de cañerías. El acueducto de Santa Fe abastecía a cinco cajas o fuentes. La primera corría por Tacuba para terminar en la Plazuela de Mixcalco. La segunda se derivaba de la primera a la altura de la calle del Empedradillo, pasaba frente a la casa de Cortés, cruzaba la plaza mayor y terminaba en el palacio nacional. La tercera salía por la Mariscala, continuaba por Rejas de la Concepción, doblaba por San Lorenzo, tomaba por Santo Domingo y terminaba en la calle de la Cerbatana; esta cañería tenía un ramal que partía de Santo Domingo y terminaba en la calle Real de Santa Ana. La cuarta corría por Santa Isabel, llegaba a la plazuela de Guardiola, doblaba por San Francisco y Plateros para terminar en el Ayuntamiento. La quinta se derivaba en la tercera y llegaba hasta Santiago Tlaltelolco.

Así, una vez distribuida por una amplia red de cañerías y depositada en las cajas o fuentes, el agua era conducida por un grupo de hombres conocidos comúnmente como aguadores, quienes cargaban este líquido y lo repartían a las casas, talleres, pulquerías y otros establecimientos, debido a que no existían tuberías directas a dichos inmuebles. En virtud del papel tan importante que representaron estos hombres por su labor, así como por

sus características particulares, pasaron a formar parte de los personajes típicos del folklore del México de esta época. **Bullock**, al referirse a ellos, comenta:

Los *aguadores* [de la Ciudad] de México forman un contingente numeroso. Ellos llevan este elemento tan necesario como es el agua de las cajas y fuentes terminales de los acueductos a las residencias privadas, en grandes ollas esféricas colocadas a sus espaldas y suspendidas de las cabezas por una banda de cuero de la que cuelga otra olla más pequeña que sirve de contrapeso a la más voluminosa. Parece ser que estos hombres tienen una gran aversión del artículo que venden, ya que desde temprana hora se les puede ver embriagados por el pulque, echados en el suelo y en el colmo de la felicidad; pocos de ellos tiene domicilio permanente ya que como *lazzaroni* de Nápoles, duermen en el primer lugar que topan para guarnecerse de la lluvia. (p. 138)

## EL PULQUE

El maguey (áloe americano) es una de las plantas más importantes de México, ya que de ella se extrae una de las bebidas favoritas de sus habitantes, conocida como pulque, el cual es consumido por todas las clases sociales, aunque preferentemente por la clase baja.

El tiempo aproximado para que una planta produzca pulque es de diez a quince años, que es cuando alcanza todo su desarrollo; sus hojas llegan a medir aproximadamente 3.30 mts. de largo, 38 cm. de ancho y 20 cm. de grosor, formando un borde de 6.60 mts., expandiendo esta planta sus hojas como un gran candelero.

En el cultivo del maguey se presta mucha atención y cuidados antes de la época de floración, ya que es el momento preciso para hacer el corte y obtener el agua miel, nombre con el que denomina la savia secretada por la planta y que constituye la materia prima para la elaboración del pulque. Si dicho corte no se hace a tiempo, se pierde al maguey, así es que tan pronto como el campesino percibe el momento en que va a brotar el tallo de la flor, hace

una incisión profunda a la cavidad, a la que la naturaleza destinó para servir como soporte al gigantesco tallo central, a donde fluye con rapidez la savia que estaba destinada a alimentar el gran tallo. Esta savia antes de fermentar se llama aguamiel, y merece tal calificativo ya que tiene un sabor muy dulce. Este líquido es transportado a un lugar destinado para tal propósito, en donde se deja fermentar por diez o quince días hasta que se convierte en lo que se llama pulque y de ahí se distribuye para su venta al menudeo a los mercados y pulquerías

Las grandes plantaciones de maguey eran en los estados de *Puebla, México, Valle de Toluca y Guanajuato*, aunque las de mayor prestigio eran las localizadas en los límites de *Puebla* y particularmente la de los llanos de *Apan*, situados cerca de *Huamantla*. También el pulque del *Valle de Toluca* era famoso, sobre todo el de los alrededores de *Lerma*. La planta del maguey se encontraba silvestre en cualquier parte de México, sin embargo, no se hacía el intento de extraer pulque, excepto en los distritos que estaban cerca de las poblaciones de *Puebla y México*.

Ahora bien, todas las plantas de maguey producen el aguamiel, pero, según se dice, la calidad depende más de la naturaleza del terreno, que de otro factor, ya que el suelo ejerce una influencia marcada sobre la época del florecimiento y sobre la cantidad y calidad de la savia producida.

Como se mencionó anteriormente, sobre el Golfo de México se localizaban varias ciudades en lo que podría definirse como la ruta *Veracruz-Mérida*. Diferentes viajeros que recorrieron dicha ruta han dejado testimonio del tipo de alimentación que encontraron a su paso en *Alvarado, Coatzacoalco, Minatitlán y Mérida*.



## EL PUERTO DE ALVARADO

Después de desembarcar en el puerto de Alvarado, y durante su recorrido por las calles de la ciudad, Penny entró a la casa de un comerciante, donde observó cuidadosamente a un grupo de personas en espera de que estuvieran preparados los alimentos. Dicha escena está descrita en su diario:

Me estuve parado unos minutos bajo su pórtico para observar los objetos circundantes. En el rincón más lejano, a la izquierda, había una fornida india cocinando sus sabrosos platillos sazonados con ajos, chile y jitomate. El olor que se desprendía de las ollas y del carbón con el que se cocinaba era suficiente para ahuyentar a cualquier hombre de sentidos menos estropeados que los que aquellos habitantes que se encontraban allí presentes fuera de la casa. Al lado de la mujer estaba su hija moliendo maíz entre dos piedras talladas para este propósito, y golpeando entre sus manos la pasta para hacer tortitas circulares del tamaño de la copa de mi sombrero, las cuales una vez cocidas durante unos pocos segundos, son las tortillas o pan de los indios, como podemos llamarlas. El espacio que dejaban libre la cocinera y su ayudante estaba ocupado por media docena de léperos tumbados, en posturas infinitamente más indolentes que las de los famosos *cargadores de Manchester*, que se apostaban sus medios pesos al albur de una carta. Estos eran sus jornales y sus diversiones antes de la comida [...] Esta suerte de diversión no les produce la menor molestia, porque la mayor parte de ellos lleva consigo una muy usada baraja en su bolsillo, dispuesta a ser utilizada en cada ocasión. (p. 62)

A Penny, como a otros viajeros, le resultaba difícil encontrar un lugar adecuado en donde tomar sus alimentos de una manera satisfactoria. Así, al llegar a la población de *Las Salinas* expresa: “[...] pude hacer aquí una tolerable buena cena de pollo frío que habíamos traído con nosotros, con frijoles y tortillas que fue lo que nuestro hospedero pudo proveernos.” (p. 65)

## RIO COATZACOALCOS

Las vivencias de Charles Brasseur en relación a la alimentación durante su viaje por el *Istmo de Tehuantepec* resultaron ser muy ilustrativas. Si bien no describe con exactitud el tipo de alimentos que preparaban los nativos de estas regiones, sí nos informa acerca de la dieta alimenticia que consumían los extranjeros que habían venido a establecerse con el propósito de hacer fortuna.

Las descripciones que ofrece corresponden a sus diferentes estancias en hoteles o albergues de propietarios americanos en su mayoría, de los cuales hace referencia. Así, de las impresiones que tiene al llegar al hotel del capitán Chamberlain relata:

Me llevó a ver mi cuarto, es decir, mi lecho; en seguida nos llevó al comedor. Era otra barraca, al fondo de un corral lleno de barro y sucio donde corrían a tropel los puercos, gallinas y perros del capitán Chamberlain. La cena consistió de sardinas medio desbaratadas, puerco salado frito con dos huevos, un plato de arroz cocido en agua y una taza de café. (p. 79)

Aparentemente dicho menú parecía ser el preferido del capitán Chamberlain, ya que nuestro viajero repitió el mismo durante tres días consecutivos, con una pequeña variación que consistía en una galleta de mar por pan. Brasseur no encuentra justificación alguna al hecho de no variar el menú, acabando éste por ser hostigoso y en algunos casos abominable y, según manifiesta:

[...] la comida del capitán Chamberlain se le podría objetar la dificultad de procurarse víveres frescos en estos lugares salvajes y desiertos, pero la objeción no sería aceptable. *Xúchil* estaba en comunicación constante con los Estados Unidos, de allí recibía la harina que expedía a El Barrio y otras partes, tenía corderos en casa y toda clase de aves de corral, y la

leche podría haberla conseguido en los ranchos vecinos. Pero los norteamericanos no son tan delicados puesto que si los licores no faltan, se pueden pasar muy bien sin lo demás. (p. 80)

*Xúchil*, que contaba con un almacén grande de abastecimientos al que acudían a surtirse las poblaciones circundantes, era sin duda un lugar de reunión y diversión como lo expresa **Brasseur**: “En el almacén de *Xúchil* había una francachela continua: jamones de *Maryland*, puerco salado, salchichones de *Cincinnati*, latas de sardina desaparecían entre las botellas con una rapidez temible.” (p. 82)

Las cenas en el *hotel del capitán Chamberlain*, por más que insistía **Brasseur** en variarlas, continuaron con su monotonía, de tal suerte después de varios días de alojamiento, nuestro atormentado viajero expresa:

Mi decepción no pudo ser más cruel al ver aparecer la eterna *omelette* de jamón rancio, el arroz hervido y el café ordinario, todo esto acompañado de un *pudding* inventado por el chef, pero que ni la peor fonducha de *París* o de *Londres* se hubiera atrevido a reconocer. Todos [...]comieron con deleite sin dejar de regarlo todo con jerez, madeira, champaña y otros líquidos magníficamente titulados [...] Se bebió y se comió desde las nueve de la noche hasta la una de la mañana cuando fue preciso ponerse en camino, casi todos estaban borrachos. Pero se estaba acostumbrado a este género de vida, que era el del istmo. (p. 86)

Al llegar al *hotel Chandrel*, cuyo propietario, como recordamos, era un médico, nuestro viajero menciona: “Todo lo que este amable doctor pudo ofrecerme fue una taza de frijoles hervidos, que me hizo pagarle gentilmente en la cantidad de seis reales.” (p. 90)

Después de otra jornada de camino llegó al *hotel Ladds*, del que refiere: “[...] después de dos horas de espera, nos sirvió una comida tolerable, a la que todos le hicimos el honor.” (p. 92)

Una vez que recobró sus energías perdidas, continuó su camino hasta llegar al *hotel Sandersons'* del que menciona: “[...] en seguida nos hicieron servir la cena: huevos, pollo con arroz y, de postre, una taza de café con leche, lujo inusitado desde que había dejado la mesa hospitalaria del señor Allen en Minatitlán.” (p. 96)

Tal parece que, a medida que se internaba en el Istmo de Tehuantepec, los alimentos mejoraban. De manera que, después de llegar al *hotel del señor Nash*, antiguo soldado **Brasseur** menciona:

Varias indias zapotecas, que formaban el harén de este sultán yanqui, trituraban el maíz sobre el metlatl, o piedra para moler el grano, amasaban las tortillas, o galletas, que ponían a cocer en seguida en un amplio comal, o tortera mexicana, montada sobre tres piedras, que hacía las veces de horno; otras freían los huevos y el pollo, mientras Nash se afanaba en prepararnos una sopa con la que contaba restablecer su buena fama. (p. 100)

Al llegar al poblado *Barrio de la Soledad* y hospedarse en el *hotel Francais* que era atendido por un francés, agrega: “[...] después de los primeros saludos pasamos al comedor [...] donde encontramos una comida aceptable, servida completamente a la manera *européa* y a la que todos por igual hicimos el honor.” (p. 107)

Las experiencias de **Charles Brasseur** en estos hoteles, generalmente de dueños norteamericanos, suscitaban en él recuerdos agradables de sus viajes anteriores por México: “En cuanto a mí, he viajado mucho por América y a menudo me he encontrado entre los indios, careciendo de muchas cosas, pero jamás obligado a tener que contentarme con una comida tan execrable [abominable] como entre los ciudadanos de la nación *civilisée par excellence*, quienes se vanaglorian de que entre ellos, dicen, no hay quien no sepa leer, escribir y, sobre todo, calcular.” (p. 80)

Y más adelante agrega: “Estaba impaciente por llegar al *Barrio de la Soledad* a fin de recobrar mi independencia, y volver a encontrar la cortesía española, así como la de los indios, de quienes prefiero la hospitalidad simple y sin ostentaciones a las pretenciosas y detestables posadas norteamericanas.” (p. 97)

## EL PUERTO DE SISAL

**Stephens**, por su parte, relató sus experiencias culinarias en el noreste de la *Península de Yucatán*. Sus primeras opiniones en relación a los alimentos las expresó en la *Ciudad de Mérida*, a la que arribó cuando se estaba celebrando la fiesta de *Todos los Santos* y era costumbre comer el famoso muchilpoyo:

[...] cuecen de bajo de tierra un pastel hecho de maíz, relleno de puerco y gallinas y sazonado con chile. Durante este día, ningún buen yucateco come otra cosa que muchilpoyo. Allá en el interior del país, en donde los indios son menos civilizados, colocan religiosamente al aire libre una porción de esta pasta, bajo de algún árbol ó en algún sitio retirado para que coman sus amigos ya finados [...] pero algunas personas maliciosas y

escépticas explican el hecho con decir, que en la vecindad hay otros indios más pobres que los que hacen la ofrenda a sus parientes difuntos, y que en materia de esta especie no consideran pecaminoso colocarse entre los vivos y los muertos [...]

Un vecino amigo nuestro que, además de visitarnos frecuentemente en unión de su esposa e hija, tenía la costumbre de enviarnos frutas y dulces en más cantidad de la que podíamos consumir, en aquel día nos remitió un enorme trozo de mucbilpoyo, tan recio como un tablón de encina, y como de seis pulgadas de espesor. Después de haber agotado vanamente nuestros esfuerzos para reducir aquel trozo a una disposición razonable y poderlo comer, en un arrebato de desesperación lo arrojamos al patio y allí lo enterramos en un hoyo. Aún permanecía hasta hoy en aquel sitio, si no hubiese sido por un malvado perro que acompañó a nuestro vecino en su próxima visita. Pasó el animal al patio, escarbó y cuando estábamos apuntando los platos vacíos y expresando al vecino nuestro reconocimiento por su bondad, he aquí que el malignísimo perro se presenta en la sala, la atraviesa y sale por la puerta del frente llevando en la boca el enorme pastel, que parecía haber aumentado sus dimensiones después de enterrado. (p. 27)

Después de este bochornoso incidente, Stephens preparó su viaje para establecerse en *Uxmal*, en donde una mujer de nombre Chepa Chí fue comisionada para encargarse de elaborar los alimentos:

[...] el primer ensayo de Chepa Chí fue el de cocer unos huevos que preparó para beber, según la costumbre del país; el modo de usarlos en esta preparación consistía en hacer un hoyo pequeño al huevo en una de sus extremidades, e introducir por allí una astilla para mezclar la clara con la yema, y sorberlo de la misma manera que lo haría un recién nacido [...]. Tuvimos que estar sobre ella, y en resumidas cuentas cocinar nosotros mismos los huevos. (p. 110)

En el poblado de *Halochó* se celebraba anualmente una feria tradicional, con una duración de ocho días. En este lugar veneraban al Santo Santiago y a ella asistían alrededor de 10 000 personas, provenientes de poblados cercanos y lejanos. En la iglesia se encontraba

la estatua ecuestre de Santiago, cuya fama se debía a los milagros y beneficios que recibían los pobladores, tales como sanar enfermos, curar los frios y calenturas, dar hijos a los padres deseosos de paternidad, restituir a su dueño una vaca o cabra pérdida, etc. La plaza central del pueblo se encontraba llena de vendedores que ofrecían collares, dijes, dulces y otros artículos. Unos jugaban a las cartas; otros más trataban sobre caballos, pero todos esperaban con entusiasmo la corrida de toros vespertina y por la noche la deliciosa cena, servida en alguno de los múltiples y variados puestos, tal como lo relata **Stephens**: “Era hora de cenar, y los mercaderes en pequeño tenían un buen despacho de sus comestibles. Los pavos que habían estado en traba todo el día, provocando al pueblo a que los comiese, ya estaban listos para aquella hora, y por materia de medio real se obtenía una buena ración.” (p. 133)

Después de haber disfrutado de la fiesta de *Halochó*, **Stephens** regresó a las ruinas de *Uxmal*. Cabe señalar que para entonces ya tenían a un hombre llamado Bernardo a quien nombraron inspector de las tres piedras y la sin par Cepa Chi fue comisionada para moler y tortear, de tal suerte que entonces lo único que faltaba eran los comestibles:

Algunos indios tenían unos cuantos pollos, cerdos y pavos de su pertenencia, que siempre estaban dispuestos a vender; y todas las mañanas, los que venían al trabajo traían consigo, agua, pollos, huevos, puercos, frijoles verdes y leche. Alguna vez teníamos una pierna de venado, a la cual añadía el doctor varias clases de patos, pavos silvestres, chachalacas, torcazas, codornices, palomas y papagayos, y otras aves pequeñas. Además, solíamos recibir de cuando en cuando algún regalo [...] de suerte que, en sentido absoluto, jamás habíamos vivido mejor durante la exploración de ningunas ruinas. (p. 176)

Y desde luego que con provisiones adecuadas y tales cocineros, no podía pasar desapercibido el guiso de un lechón a la usanza de la región:

Ellos tenían su manera peculiar de hacer esta operación; manera nacional, tradicional y derivada de padres a hijos [...] Hicieron, pues, una excavación sobre la terraza, encendieron en ella un gran fuego, que mantuvieron hasta que se encontró tan caliente como un horno. Dos piedras muy limpias se colocaron en el fondo de la excavación, sobre ellas se tendió al lechoncillo ya muerto por supuesto, se le cubrió con yerbas y arbustos y se echaron encima piedras adheridas de tal manera, que apenas dejase alguna ligera respiración al fuego y al humo. (p. 177)

La preparación y cocimiento de estos guisos indígenas es conocido como pibil y gozan de muy justa y buena fama tales como el pibil jalep, el pibil caquen y otros similares.

En una visita que realizó al pueblo de *Ticul* nuestro viajero señala:

La población sería de cinco mil habitantes, de los cuales había unas trescientas familias de vecinos, o gente blanca, y el resto era de indios. Diariamente había carne fresca en el mercado, y la tienda grande de D. Buenaventura Guzmán podía lucir hasta Mérida. El pan era mejor que el de la capital, y por su conjunto, apariencia, sociedad y conveniencias para la vida, es Ticul seguramente el mejor pueblo de Yucatán, y es además famoso por la lucha de toros y por la belleza de las mestizas. (p. 184)

En el *Rancho Chavi*, el cual se encontraba bajo la jurisdicción parroquial del Cura de Ticul, **Stephens** se sorprendió por el tipo de organización que tenían sus habitantes y particularmente en relación a su dieta alimenticia comunitaria:

Su comunidad consistía en cien labradores, u hombres de labor; cultivábanse las tierras en común, y se dividían proporcionalmente sus productos. El alimento se preparaba en una sola cabaña, a donde cada familia enviaba por su respectiva porción, lo que nos explicó un espectáculo singular que observamos a nuestra llegada; a saber, una procesión de mujeres y muchachos, llevando cada cual un cajete de barro lleno de una preparación caliente aún, como se echaba de ver por el humo,



caminando por una misma calle y dispersándose después en las diferentes cabañas.

Todo individuo perteneciente a la comunidad, hasta el más joven, tiene la obligación de contribuir con un cerdo. Por nuestra ignorancia en el idioma y por la variedad y urgencia de otras materias que llamaban nuestra atención, no pudimos saber los detalles de este arreglo económico que parece aproximarse mucho al mejorado estado de asociación de que hemos oído hablar entre nosotros; y como el de estos indios existe desde tiempo inmemorial, y no puede considerarse como un simple ensayo.(p. 5)

Durante su viaje en estas zonas tropicales, nuestro viajero logró obtener alimentos en algunas chozas, tales como huevos fritos, tortillas, revoltijos de pollo, arroz y frijoles. Es interesante y a la vez importante señalar que en estas regiones los habitantes contaban con muy pocos utensilios para elaborar sus alimentos: "Muy dudoso era conseguir uno de estos artículos, a saber una olla de barro, porque los indios no tenían más que una sola en cada cabaña y siempre estaba en ejercicio. Sin embargo nuestros mensajeros llevaron órdenes terminantes de comprarla, alquilarla, pedirla prestada o conseguirla del mejor modo que pudiese sugerirles su habilidad, a fin de que ningún caso volviesen sin ella." (p. 117)

En *Nohcacab*, **Stephens** y sus amigos fueron muy bien atendidos por don Juan, quien después de darles la bienvenida les ofreció una excelente comida y los colmó de atenciones. Desde luego don Juan tenía la secreta intención de que los viajeros le tomaran una fotografía a su esposa. Pero dejemos que **Stephens** relate la escena:

[...] todo el mobiliario consistía en una especie de aparador con botellas de aguardiente anisado para vender al menudeo a los indios, una mesita y tres hamacas. Estas últimas eran las que servían de asientos; pero como don Juan no había previsto jamás el caso extraordinario de que comiesen allí tres personas juntas, no se le había ocurrido colocarlas de manera que se hallasen en contacto con la mesa. En su consecuencia, envió a la vecindad a pedir prestados dos asientos, y con la mesa delante de las hamacas pudimos sentarnos todos, menos nuestro huésped que se proponía servirnos. Había un cierto arreglo aristocrático en el servicio doméstico de don Juan. La cocina, que era una vieja y raquítica fábrica de

estacas se hallaba del otro lado de la calle; y después de haberse dirigido varias veces a ella sin sombrero para vigilar los preparativos que allí se hacían echose por fin en una hamaca próxima a la puerta de la calle gritando con toda solemnidad [..] *Trae la comida muchacha*. El primer servicio consistía en una taza de caldo, un plato de arroz y tres cucharas; y aunque esto era un preliminar alarmante, parecía sin duda mucho mejor que la alternativa en que más de una vez nos habíamos visto de tener tres platos y una sola cuchara, o acaso ninguna; pero toda nuestra aprensión se disipó cuando vimos entrar de nuevo a la muchacha trayendo otra taza y otro plato. Seguía en pos don Juan con las dos manos ocupadas, y ya con eso tuvimos cada uno una taza, plato y cuchara. Despachado este servicio, vino otro plato, que según algunos restos de alas y piernas, pudimos inferir que sería la substancia de dos pollos, y mientras nos ocupábamos de dar fin al guisado, empeñámonos en la amigable tarea, rara vez emprendida por un viajero en sentido favorable a su huésped, de calcular los gastos que éste haría. (p. 131)

Las narraciones de **Stephens** permiten conocer la gama de alimentos que existían en esta amplia zona del país. Los poblados que se encontraban en la costa y cerca de ella podían obtener algunos productos de pesca, aves, animales de cría, así como frijol y maíz. Sin embargo, a medida que los poblados se alejaban de la costa, los víveres se iban reduciendo al grado que algunas pequeñas poblaciones dependían únicamente del maíz. De ahí la importancia de una buena cosecha que daba por resultado una estabilidad económica y seguridad a una población. Por el contrario, una mala cosecha o su pérdida, debido a un temporal no adecuado, acarrea desgracias por la falta de alimentos. Una de estas calamidades ya había ocurrido en el año de 1836 y precisamente en la época en que **Stephens** se encontraba en estas tierras amenazaba con producirse otra vez el mismo fenómeno, ya que el maíz escaseaba y su precio había subido. El propio **Stephens** narra al respecto:

El peligro de la proximidad de las lluvias estaba ya pasando, y previéndose la pérdida de la inmediata cosecha, el maíz había subido desde dos reales hasta un peso la carga. De los Estados Unidos se proveían los habitantes de las costas; pero no se hubiera podido soportar el gasto de conducción a

los pueblos del interior: el precio venía a ser en estos puntos el de cuatro pesos carga, lo que ponía este artículo tan indispensable para la vida, fuera del alcance de los indios. Siguióse de allí el hambre y los pobres indios sucumbían hambrientos. En los momentos de nuestro arribo, los criados de la hacienda, siempre improvidentes de suyo, habían consumido ya sus pequeños depósitos, y perdida la esperanza de sacar algo de sus milpas, con permiso del amo marchaban a otras regiones en donde la escasez no fuese tan severa. Según nos dijo el mayordomo, nuestra llegada había detenido este movimiento: en lugar de andar nosotros en caza de indios que quisiesen auxiliarnos, los pobres por el contrario cercaban en turbas nuestra cabaña pidiendo ocupación, arañando los reales que Albino distribuía entre ellos. Pero todo el socorro que podíamos proporcionarles había de ser de corta duración; y no puedo menos de decir que en los momentos de estar escribiendo esto, la calamidad temida ha sobrevenido: los puertos de Yucatán están abiertos pidiendo el alimento en el extranjero; y aquel país, en donde hace pocos meses viajábamos pacíficamente recibiendo por todas partes muestras señaladas de bondad, gime hoy en medio de los horrores del hambre, además de los de la guerra en que se halla envuelto. (p. 207)

Por lo que respecta a la obtención de agua en la *Península de Yucatán*, este líquido era escaso, debido a varios factores: uno de ellos era la uniformidad de su suelo, ya que este consistía en una loza plana con ligeras salientes y ondulaciones, entre las cuales el máximo desnivel no pasaba de seis mts., evitando con esto que las aguas pluviales se encauzaran para formar un río. Otro factor era la constitución de su suelo, el cual estaba formado de roca caliza que al ser disuelta por el agua ocasionaba la formación de grutas, cavernas y fisuras por las que circulaban corrientes subterráneas. El suelo y el subsuelo eran muy permeables y las aguas pluviales se infiltraban, sin dar lugar a la formación de corrientes superficiales. En los sitios en que la circulación del agua del subsuelo era muy intensa, se disolvía lentamente la caliza de éste y ocasionaba la formación de cavidades. En algunos casos, éstas tenían bocas pequeñas, pero se ampliaban hacia el interior, y en otros, cuando todo el techo de la caverna se había derrumbado, dejaba al descubierto un amplio espejo de agua en el fondo, entre paredes rocosas verticales, como ocurrió en el cenote sagrado de *Chichen Itza*.

Los cenotes han tenido marcada influencia en la vida vegetal y animal de la región; en épocas pasadas las poblaciones se establecieron a la orilla de estos depósitos, salvo en algunos casos como el de en *Uxmal* en donde, por no existir ningún cenote, se construyeron cisternas o aguadas para almacenar las aguas pluviales. Así, tenemos que debido a que esta región carecía de ríos, el abastecimiento de agua era a través de cenotes o aguadas

Un ejemplo de ello era el *Rancho Chac*, que contaba con un pozo de agua del que se abastecían durante todo el año sus habitantes, así como los de otras poblaciones aledañas y que dependían del mismo en temporada de sequía. El pertenecer a un rancho que tuviera un pozo propio tenía enormes ventajas, ya que sus habitantes podían contar con este preciado líquido, vital para la supervivencia y uso doméstico. Sin embargo, también se adquirirían ciertas obligaciones, siendo una de ellas la de sacar y llevar el agua del pozo al rancho.

Los comentarios de los habitantes del *Rancho Chac* sobre su pozo, su localización estratégica y la dependencia que tanto ellos como las poblaciones aledañas tenían de él motivó a **Stephens** a llevar a cabo un recorrido subterráneo por el mismo, del cual da su impresión. Simultáneamente su amigo y compañero de viaje, el señor Catherwood plasmó sus impresiones en un excelente dibujo, el cual permite contemplar la magnificencia de la impresionante caverna:

Nuestro primer movimiento fue entrar en un hoyo bajando por una escalera perpendicular, a cuya extremidad inferior nos encontramos de repente con una gran caverna. Precedíanos los guías con sus antorchas de Tah encendidas, y de esta suerte llegamos a un segundo descanso [...] Un grupo de indios desnudos palpitando y sudando bajo el peso de sus calabazos, estaban allí esperando que dejásemos vacante la escalera para emprender la ascensión [...] oprimidas las espaldas con la carga, ceñidas

las frentes con el mecapal, jadeando de fatiga y de calor, abatían sus antorchas [...] Ni con los detalles más exactos [uno puede] formarse una idea del carácter de la caverna con sus profundos agujeros y pasadizos a través de un lecho de roca, ni de la extraña escena presentada por los indios marchando con sus antorchas y calabazos, sin murmurar ni quejarse, a su diaria tarea de buscar en lo más profundo de las entrañas de la tierra uno de los grandes elementos de la vida. (p. 19)

Después de haber recorrido Stephens este pozo de agua y dirigiéndose al *Rancho Chaví*, reflexiona sobre la organización de estas comunidades, así como de sus privilegios: “Establecimos la conclusión, de que el ser admitidos en la comunidad de este pueblo exclusivo, no era por cierto un gran privilegio, supuesto que quien lo obtuviese tendría que estar sujeto, por 6 meses en el año a un descenso diario en el pozo subterráneo de Chaac.” (p. 20)

### CONSIDERACIONES

En este apartado, como en el anterior, se puede concluir que las circunstancias históricas fueron factores determinantes. Así, como consecuencia del mestizaje se puede apreciar una diversidad de platillos “típicos” con una fuerte influencia española. Resalta, sin embargo, que muchos de los guisos típicos prehispánicos tradicionales conservaban su preparación original.

La situación geográfica jugó también un papel importante, ya que de ella dependieron en gran medida los cultivos que se desarrollaron y en consecuencia la

disponibilidad de los ingredientes. La cercanía o lejanía con los litorales y el clima fueron también, por razones obvias, factores preponderantes.

Los productos alimenticios básicos en general fueron: el maíz, el frijol, el arroz, la calabaza, el tomate y el chile. En la costa desde luego el producto más abundante era el pescado en sus diferentes variedades según la región, así como camarones, ostiones, aves: patos, pavos, faisanes, chachalacas, palomas, codornices o torcacitas entre algunos.

De entre estos productos, el camarón de Pueblo Viejo, era abundante y se exportaba en su mayoría, el pescado de Veracruz con su enorme variedad y excelente calidad, así como los ostiones tipo mangle llamaron poderosamente la atención de los viajeros. La carne de res era escasa, de mala calidad y cara; su forma de destazarla y limpiarla resultó para nuestros viajeros antihigiénica y la manera de conservarla por falta de refrigeración fue en forma de cecina [salada y seca]. Como consecuencia la leche era escasa, el queso se conseguía en su preparación de cuajada y la mantequilla se vendía líquida debido a las altas temperaturas de la zona. Así, la dieta alimenticia se podía complementar con tortugas, armadillos y otros animales.

La cantidad de aceite, ajo, pimienta y pimientón, además de la inclusión de plátanos y pasas, que eran utilizados en la preparación de distintos guisos o platillos, fueron motivo de controversia entre los viajeros pues en algunos de ellos causaron sensaciones agradables y en

otros desagrado, como es el caso de la marquesa **Calderón de la Barca**, quien a su arribo rechazó la comida demasiado grasosa y condimentada. En cambio **Poinsett** señaló su agrado por el ajo y la liberalidad en el uso del aceite.

Con respecto al tipo de comida es interesante considerar la opinión de **Brasseur**. Cabe recordar que a raíz del proyecto de la nueva ruta interoceánica que la compañía Luisiana estaba desarrollando en el Istmo de Tehuantepec, varios comerciantes, sobre todo norteamericanos, con el afán de hacer fortuna establecieron una serie de “hoteles”, cuya majestuosidad se reconocía únicamente en lo rimbombante de su nombre. Estos “fastuosos” hoteles ofrecían al viajero alimentos, que para **Brasseur** resultaron ser insípidos y a la vez repetitivos, pues estaban compuestos por un *omelette* con jamón rancio, sardinas, puerco salado, arroz cocido y desde luego café. En ocasiones, la variante era una galleta de mar y desde luego nunca faltaban los licores como el whisky, la champaña, el jerez y la madeira, que resultaban ser para la mayoría lo más atractivo de la comida y de la sobremesa, la cual se prolongaba hasta horas tempranas de la mañana, y que al fin y al cabo, como **Brasseur** señala, era el tipo de vida que se solía llevar en el Istmo de Tehuantepec. Debido a la monotonía de los platillos, **Brasseur** calificó la comida que le fue ofrecida en estos establecimientos como execrable [abominable] y manifestó una y otra vez su deseo ferviente de ser atendido en establecimientos españoles o indígenas, que ofrecían una mejor comida y una atención caracterizada por su calidez y amabilidad.

Para la mayoría de los viajeros, el viaje de Veracruz a México resultaba ser una aventura llena de sorpresas, al descubrir paisajes, experimentar cambios de climas y paladear sabores diferentes. A su paso encontraban frijoles o alubias, huevos y arroz, en ocasiones pudieron conseguir carne de res o de gallina que solían sazonar con chile, aceite o manteca y el pescado en algunos lugares lo vendían preparado con ajo y chile. También pudieron adquirir algunas aves de caza, así como leche de vaca o de cabra y queso, aunque de mala calidad. En algunos lugares, estos alimentos eran limitados y en otros inclusive inexistentes, por lo cual el viajero tenía que sortear esta serie de imprevistos y adaptarse a las circunstancias. Sólo aquél que contaba con recursos y que como parte del equipaje cargaba comestibles en una mula de alquiler podía hacer uso de ellos en situaciones imprevistas y en ocasiones adquirir alguna gallina u otro animal para satisfacer su apetito. El caso de **Ward** fue excepcional, quien sorprendió a sus criados y acompañantes al hacer uso de alimentos enlatados en recipientes de latón.

Hay que hacer notar que, a su paso por las ciudades que llevaban a la capital del país, la impresión culinaria de los viajeros era de más agrado pues en Xalapa no pudieron dejar de degustar el guiso tradicional, el cordero asado relleno de nueces o algunos otros como el pollo encebollado o estofado. Además de los alimentos antes referidos, a lo largo del trayecto podían conocer y paladear frutos para ellos exóticos como lo eran las chirimoyas, las granaditas, los zapotes, las sandías, los melones y los plátanos, por citar solo algunos.



A su arribo a la Ciudad de México, los viajeros apreciaban una mayor variedad de alimentos. Así, en el mercado lograron encontrar leche y mantequilla de buena calidad, patos salvajes, cabritos, palomas, liebres, conejos, puercos, corderos, pescados, tortugas, ranas, ajolotes y otros. Pudieron percibir la costumbre de la clase alta de ingerir alimentos hasta en cinco veces al día en sus modalidades de desayuno, almuerzo, comida, merienda y cena y sorprenderse de la enorme cantidad de carne que se consumía, lo que llevó a la marquesa **Calderón de la Barca** y a **Bullock** a señalar que eran pocos los países donde se consumía tanto de este alimento y en especial la carne de puerco.

La clase pobre, como fue indicado por algunos viajeros, tenía que contentarse con una dieta consistente en maíz, frijol, chile, algunos vegetales y una generosa porción de tortillas, aunque en ocasiones se llegaban a incluir en ella las morcillas o pescados cocidos en hojas de elote y que se venden en la actualidad en algunos mercados como el de San Angel conocidos con el nombre de carpas.

El chocolate sin lugar a duda, se consumía en cantidades considerables, ya que se utilizaba como parte de la dieta alimenticia y también como bebida de carácter social. El pulque, bebida favorita de la mayoría de la población, era consumido por las diferentes clases y también tenía un carácter social. Este se producía principalmente en la parte central de México y en su mayoría era enviado y consumido en las grandes ciudades como: México, Puebla, Toluca y Guanajuato.

El agua, líquido indispensable en la preparación de alimentos y vital para realizar la vida cotidiana, se obtenía a través de diferentes métodos. Así, tenemos el "sistema de toneles" en Tampico, que consistía en almacenar agua de río en barriles para después ser trasladados a diferentes poblaciones. El "sistema de lluvia" en Veracruz, en el que a través de las azoteas de las casas se captaba este líquido que se conducía por tuberías a cisternas. En Yucatán, el "sistema de aguadas" se practicaba haciendo una excavación en la tierra para almacenar agua de lluvia en tanto que el "sistema de cenote" permitía, coleccionar agua de corrientes subterráneas en una cavidad natural que se formaba en la piedra caliza del suelo. Finalmente, el "sistema de acueducto" en la Ciudad de México, conducía agua de manantiales a distancias considerables y era depositada en "cajas de aguas", para de ahí ser distribuida a través de una compleja red a diferentes partes de la capital.

Los utensilios empleados en la elaboración de los alimentos eran el metate con su mano de piedra, una calabaza para guardar agua, alguna hornilla compuesta de algunas piedras dispuestas en círculo sobre las que se colocaba un comal, que servía de base para las ollas y recipientes de barro en las que se cocinaban los alimentos. Como combustible se utilizaban ramas y leña secas.

En fin, la alimentación de México de la primera mitad del siglo XIX fue el capítulo más controvertido entre los viajeros, pues en este terreno, más que en ningún otro, los hábitos alimenticios del país de origen, los prejuicios y las preferencias personales, la fantasía

y la capacidad de experimentar y adaptarse a los nuevos sabores, se plasmaron en sus comentarios. Para algunos, la comida mexicana fue siempre mala y poco deseable, para otros fue extraña pero paladeable, al menos en varias de sus especialidades, habiendo incluso viajeros que con el tiempo llegaron a apreciar ciertas costumbres como el consumo del pulque, que de poseer un sabor abominable en un principio paso a ser con el tiempo una bebida exquisita, por lo menos en el gusto de la marquesa **Calderón de la Barca**. Sin embargo, es casi seguro que los lectores de los viajeros en sus países de origen pudieron imaginar la enorme variedad de frutas, legumbres, pescados, aves y carnes que ofrecía México a sus habitantes y a sus visitantes, la riqueza de su cocina y lo exótico de sus bebidas. Es casi también seguro que más de uno de estos lectores sintió el deseo de visitar estas tierras, ya fuera para comerciar con su potencial alimenticio, para disfrutar de una exótica aventura gastronómica o para en una tarde placentera paladear un sabroso chocolate en torno de una agradable plática entre amigos.



El Dr. Francisco Xavier de Balmis, llegó en un buque  
de la Marina Real Española el 25 de Junio  
de 1804 al Puerto de Veracruz,  
trayendo consigo la  
vacuna para la  
viruela

## ENFERMEDADES

**H**asta ahora se han recogido los testimonios que algunos viajeros extranjeros nos han dejado con respecto a las condiciones de la vivienda y al tipo de alimentación durante sus travesías. Las siguientes preguntas a abordar son: ¿Cuáles eran las enfermedades más frecuentes en México durante la primera mitad del siglo XIX? ¿Qué características fueron las más sobresalientes y de qué manera llamaron la atención de estos viajeros? y ¿Cuál fue su actitud hacia ellas?

En este aspecto, como en los referentes a la vivienda y alimentación, la opinión de los viajeros refleja su idiosincrasia, sus culturas diferentes y sus prejuicios. Las opiniones vertidas son quizás más divergentes y en ello seguramente influyó la época del comentario, así como el estado de conocimiento que guardaban las ciencias médicas. No hay que olvidar que fue en el siglo pasado, en que, gracias a los estudios y descubrimientos de Luis Pasteur, la visión sobre las enfermedades infecciosas se transformó. La hipótesis de la generación espontánea, según la cual los gérmenes, las moscas y aun los ratones aparecían espontáneamente, se cambió por la concepción actual que considera que todo ser vivo proviene de otro semejante. El cambio substancial en dichos conceptos biológicos tuvo su mayor impacto en la medicina, lo cual significó un afianzamiento del concepto de que muchas de las enfermedades eran el producto de la acción de gérmenes adquiridos por contagio. Las ideas que prevalecían sobre el efecto mortal de ciertas enfermedades y otras influencias mágicas dejaron su lugar al concepto de que la transmisión del contagio se

realizaba a través de la introducción, a los organismos enfermos, de gérmenes productores de enfermedad el cual dejó como corolario la prevención de las mismas por medio de vacunas y medidas preventivas.

Aunque seguramente en México existían enfermedades similares a los países de origen de nuestros viajeros, éstos se refieren a ellas sólo en forma marginal y dedican en cambio una gran parte de sus relatos a describir enfermedades para ellos más desconocidas como la fiebre amarilla, el matlazáhuatl, la viruela y otras. Dejemos pues expresar a cada uno de ellos sus impresiones sobre algunas de ellas.

**ALEJANDRO DE HUMBOLDT.** En el capítulo que dedicó para tratar las enfermedades, sus causas y sus efectos, que incidían sobre la economía del país, advirtió que una de las más mortales fue la viruela, mal que causó graves daños e indescriptibles sufrimientos a la población. **Humboldt** refiere que Motolinía señaló que en el año de 1520 llegó a las playas de Veracruz con Pánfilo de Narváez un negro esclavo, enfermo de viruelas, que contagió a los indios, causando con ello la muerte de la mitad de los habitantes de México. Más adelante, agregó el mismo autor, que estas epidemias continuaron presentándose en años posteriores, indicando que la del año de 1779 había causado la muerte a más de 9 000 personas. Por lo que respecta a la epidemia de 1797 advirtió que ésta fue menos mortal debido a que ya se había iniciado la vacunación en la Ciudad de México y en Michoacán.

En su estudio, **Humboldt** denotó la importancia del viaje del Dr. Francisco Xavier de Balmis, quien llegó en un buque de la Marina Real Española el 25 de julio de 1804 al puerto de Veracruz, trayendo consigo la vacuna para la viruela, la cual introdujo y difundió por todo el país. Este hecho lo subrayó como uno de los más importantes acontecimientos "[...] que redundarían en beneficio de la humanidad y en especial a los pobladores de estas tierras americanas que han sido azotadas por esta terrible enfermedad". Asentó categóricamente que "[...] tal acontecimiento pasaría a formar parte de los anales de la historia".

Siendo este acontecimiento tan relevante, considero conveniente ampliar la información al respecto y con apoyo en la obra del Dr. Francisco Fernández del Castillo\*, mencionaré la importancia y beneficios que trajo consigo la expedición vacunal del Dr. Balmis.

En el año de 1796, el científico Edvard Jenner, de nacionalidad inglesa, descubrió e hizo su primera inoculación, demostrando que el *Cow-pox* era capaz de terminar con la viruela, una de las plagas que más perjuicios había ocasionado a la humanidad. Difundió este descubrimiento por toda Europa y de él se beneficiaron tanto la nobleza como los plebeyos.

Un médico de nacionalidad italiana envió al rey de España Carlos IV un ejemplar de la obra de Jenner sobre la vacuna contra la viruela. Debido a su importancia, el rey dio a

---

\* Francisco Fernández del Castillo, Los viajes de Francisco Xavier Balmis, México, 1985, Ed. Impresos en los Talleres Gráficas de Monte Albán S.A. de C.V. 2a. Ed.

publicar la noticia a través de la Gaceta Médica de enero de 1800. Reunió a los miembros de su Consejo para comunicárselas y a la vez discutir con ellos sobre el envío a las colonias españolas en América, así como nombrar a las personas para esta comisión, definir la organización de la misma y dictar las ordenanzas correspondientes.

El Dr. Francisco Xavier de Balmis, médico honorario de la corona, fue nombrado Director de la Real Expedición. El 30 de noviembre de 1803 zarpó del puerto de la Coruña, con 20 niños de la casa de expósitos de dicho puerto, cuyas edades variaban entre ocho y diez años y que sirvieron como “[...] reservorio de la pus vacunal”, así como la comitiva que integraba el grupo de trabajo. El itinerario de la expedición era llegar a las Islas Canarias para de ahí partir a las Antillas, cruzar de lado a lado la Nueva España, atravesar el Océano Pacífico, visitar las posesiones españolas en Oriente y regresar a España tras circunavegar el continente africano.

Cabe subrayar que este viaje no fue un viaje de exploración, ni sus fines los de recopilar información, datos científicos o con fines económicos, fue un viaje destinado a proporcionar, beneficios de salud a todos los súbditos de España en ultramar contra la viruela.

Fue así que, durante el trayecto de navegación, Balmis atendió con celo a que se inoculara sucesivamente a los niños, para que, al hacer su arribo a las Indias, se pudiera



realizar la primera operación de brazo a brazo ya que era el medio más seguro de conservar y transferir el fluido vacunal con toda su actividad.

Al llegar la expedición a Puerto Rico en febrero de 1804, Balmis se desilusionó al ser informado de que ya se había llevado la vacuna de la isla de Saint Thomas sin bombos ni platillos, cosa que él esperaba en su condición de director. Esta misma desilusión sucedió en La Habana. Al llegar al puerto de Veracruz el 25 de julio de 1804, la linfa vacunal, como en los anteriores lugares, le había precedido. Según el barón de Humboldt, esta se había introducido a Veracruz por un vecino respetable llamado Thomas Murphy, sin decir dónde la obtuvo. Desafortunadamente, al ser aplicada a varios niños de la casa de expósitos de la Ciudad de México, no dio el resultado esperado, debido a que el virus se había inactivado en el camino. Por tal motivo, el virrey José de Iturrigaray esperaba ansioso la llegada de Balmis.

Al no obtener el éxito esperado en Veracruz, el Director de la Real Expedición continuó su camino a la Ciudad de Xalapa en donde no llevó a cabo la vacunación, debido a que su llegada coincidió con una aplicación local de la misma. Por lo tanto, decidió dirigirse a la capital de la Nueva España. Al llegar se entrevistó con el virrey para discutir la forma de organización de aplicar la vacuna, pero surgieron grandes diferencias entre ellos. Ahora bien si en algunas partes del sur de la Nueva España la vacuna había precedido a Balmis, la empresa de vacunación fue bien recibida y reconocida al norte de la capital, al igual que en otras colonias como las Filipinas, Cantón y la Isla de Santa Elena. El objetivo del enviado real no fue únicamente vacunar, sino formar una junta conservadora de la linfa en los lugares

que visitó y entregarles el manual para perpetuar y asegurar, para las generaciones venideras, la valiosa pústula. Fue así como la viruela, mortifera plaga que asoló por tantos siglos a la humanidad, empezó a ser efectivamente combatida mediante la inoculación de la vacuna del pus obtenido por humanos. El Dr. Francisco Fernández del Castillo, en su obra Los viajes de Francisco Xavier de Balmis, sintetizó en unas cuantas líneas el periodo colonial en América: "En 1492 España abre un nuevo libro en la historia de la cultura con el descubrimiento de América, tierra a la que pobló y dio su civilización cristiana. A principios del siglo XIX cierra ese mismo libro pero lo hacen como dice Aristóteles Mol, con un acto verdaderamente regio".

Otra de las enfermedades que menciona el barón de **Humboldt** fue el Matlazahuatl, del que refiere que "[...] es una enfermedad exclusiva de la casta india y por la misma razón temida por esta población, conocida por los autores españoles como peste". Las epidemias que causaron mayores estragos fueron las de los años 1545 y 1576. **Humboldt** indica que Juan de Torquemada asentó que en la primer epidemia fallecieron 8 000 personas y en la segunda 2 000.

Nicolas León,<sup>(64)</sup> en su artículo sobre el matlazáhuatl, describe y define la enfermedad en forma detallada, así como la manera de contrarrestar sus efectos. Indica que la palabra matlazáhuatl pertenece al idioma náhuatl; etimológicamente se divide en matlatl, red; zahuatl, sarna, erupción de granos, esto es erupción como de red o en forma de red. Más

<sup>(64)</sup> Enrique Florescano y Elsa Malvido, Ensayos sobre la historia de las epidemias en México, México, 1982, Ed. Instituto Mexicano del Seguro Social, T.1, p. 383

adelante subraya que esta enfermedad ha quedado registrada en los códigos en forma de representaciones gráficas, donde aparecen los convalecientes con casi todo el cuerpo manchado con pequeñas pintas de color negro, distribuidas con cierta simetría simulando los nudos del tejido de una red y finalmente señala que en el peritoneo se hace más notable su efecto.

En el mismo artículo, el Dr. Anacleto Rodríguez, médico cirujano jubilado de la Real Armada de México, menciona que los síntomas que presentan los enfermos son: debilidad en los primeros días, calentura, dolor de cabeza, encendimiento del rostro, inapetencia, así como dolor y tensión en el vientre. Agrega que estos síntomas son moderados hasta el sexto o séptimo día y a partir del siguiente día crecen, las petequias [manchas que aparecen sobre la piel por hemorragias minúsculas] en la espalda, pecho y extremidades. Concluye diciendo que para dicha enfermedad la terapéutica es riquísima, utilizándose sangrías, jarabes agrios, chicoria, borraje, culantrillo de pozo, pollo cocido con acederas, pasas, chocolate, ventosas, limones, naranjas, fregamiento de brazos y piernas y otros más. El uso de la sangría era la que dominaba sobre todos los remedios enumerados y se hacía en los brazos, manos, hombros, piernas, pies, sienes, orejas, pico de la nariz, lengua y mastoides. Los enfermos que no eran debidamente atendidos morían entre el noveno y onceavo día y los que lograban sobrevivir se restablecían entre el catorceavo y vigésimo primero.

Por su parte Humboldt menciona que, “[...] si bien el hambre no era una enfermedad, ésta favorecía el desarrollo de las epidemias causando con ella la muerte de

muchos individuos". Una de las causas eran según el autor, el aumento de la población india, sin que la producción de alimentos se incrementara proporcionalmente con su trabajo. A este respecto indica que "[...] los indios estaban acostumbrados a contenerse con la menor porción de alimentos para vivir" y más adelante agrega:

[...] en gran medida, esto se debe a que cuentan con un suelo fértil y un buen clima, haciendo que los indios tomen una actitud pasiva y despreocupada hacia el trabajo ya que la naturaleza se encargó de abastecer y facilitar el suministro de alimento. Sin embargo, la producción del cultivo del maíz, patatas y trigo se encuentran por debajo de la demanda de la población y se contentan las familias indias con solo una mínima porción necesaria para el equilibrio, contentándose con cultivar maíz, patatas y trigo en proporción necesaria.

El Dr. Miguel Bustamante<sup>(65)</sup> señala que otras de las causas del hambre la constituían las guerras y México fue un ejemplo de ello en el siglo XIX, ya que a raíz del movimiento de independencia, se multiplicaron las guerras civiles, ocasionando con ello hambre y epidemias como consecuencias inmediatas.

En el capítulo sobre las enfermedades, **Humboldt** aborda el tema de la minería. Señala que por mucho tiempo se había considerado a esta actividad como una de las principales causas de disminución de población en América. El autor considera que la mortandad entre los mineros en México no era mucho mayor que la que se observaba entre los demás oficios (artesanos, campesinos, orfebres y albañiles). Sin embargo, indica que durante la primera época de la conquista y aun en el siglo XVIII perecieron muchos indios a causa de verse obligados a desempeñar trabajos forzados. No obstante, a diferencia de otras

---

<sup>(65)</sup> Enrique Florescano y Elsa Malvido, *Ibid.*, p. 37

colonias en América, a finales de esta centuria no había restricciones para prestar servicios en las minas en la Nueva España, los mineros podían desempeñarse como tenateros, barrenadores, barreteros y faineros; dentro de estas actividades las que afectaban con mayor facilidad a la salud eran las dos primeras, de las cuales habla brevemente. Refiere que por lo que respecta a los primeros, "[...] los tenateros se encargaban de llevar el mineral a hombros y permanecían cargados durante seis horas con un peso de 225 a 300 libras (100 a 135 kilos) a una temperatura muy elevada subiendo de ocho a diez veces sin descansar por escaleras de 1 800 escalones" y que "[...] no podían laborar más de tres veces por semana, debido a que este tipo de trabajo era sumamente perjudicial para su salud". Al referirse a los barrenadores, señala que:

[...] eran los que sufrían más rápidamente las consecuencias severas del trabajo que se reflejaban en un deterioro general en su salud, ya que el estado general de su constitución padecía graves daños, debido a que su trabajo consistía en hacer saltar la roca por medio de la pólvora y rara vez pasaban de los treinta y cinco años de edad. Algunos de estos hombres desempeñaban jornadas extraordinarias, con el objeto de tener mayores ingresos. Bajo estas condiciones, únicamente podían dedicarse a este oficio de cinco a seis años y posteriormente a otras actividades menos dañinas para su salud.

En la visita que Humboldt realizó a la Escuela de Minas, comprobó con satisfacción que el arte minero se perfeccionaba, ya que en los seminarios y conferencias los alumnos comunicaban sus conocimientos sobre la circulación del aire en los pozos y galerías, así como las ventajas que representaba introducir maquinaria moderna para suplir al antiguo método de hacer llevar a hombros y por escaleras muy pendientes el mineral y el agua.

Durante su estancia en Veracruz realizó un estudio nosográfico [clasificación y descripción de las enfermedades], donde su atención se enfocó en la fiebre amarilla, conocida también como vómito negro. En su estudio hace una relatoría de los diferentes brotes y epidemias de dicha enfermedad en el Continente Americano. Inicia diciendo que un médico portugués, Juan Ferreira de la Rosa, fue quien llevó a cabo la primera descripción en Olinda, Brasil (1687- 1695), poco tiempo después de la conquista de Pernambuco por un ejército de su país. Más adelante agrega que en el año de 1691 la fiebre amarilla se presentó en la Isla de la Barbada, en donde la designaron con el nombre de fiebre Kendal, sin que se hubiera comprobado que algún barco la hubiese llevado. En el año de 1729 aparece por primera vez en Santa Martha de Cartagena. Asimismo refiere que el abate jesuita Francisco Javier Clavijero mencionó que la primera aparición de la fiebre amarilla en la Nueva España se manifestó en Veracruz en el año de 1725. Por su parte agrega que la primera epidemia de la fiebre amarilla que causó grandes estragos en Veracruz se presentó en el año de 1762, repitiéndose constantemente por un lapso de trece años. Posteriormente siguió un periodo sin manifestaciones de dicha enfermedad, debido a la pavimentación de algunas calles. En un principio sus habitantes se preocuparon por el empedrado de las calles y por el calentamiento del aire, ya que consideraban que los rayos del sol se reflejarían con más fuerza. Pero esto no sucedió así y durante casi veinte años no se presentó otra epidemia. En el año de 1794 indica que se presentó la segunda gran epidemia con la llegada de tres buques de guerra, el navío *Miño*, la fragata *Venus* y la urca *Santa Bibiana*, que habían anclado en Puerto Rico. Asegurando que a partir de la fecha la enfermedad había retoñado todos los

años cuando dejaban de soplar los vientos del norte, causando con ello gran preocupación en los habitantes.

El contagio que se presentó en Veracruz entre los años de 1801 y 1802 dio origen a una agitación política que no se había manifestado con tanta efervescencia durante las epidemias de otras épocas. Ante tal situación, se rescataron algunas memorias en que se había discutido la problemática de dicha enfermedad. Con base en ellas se presentaron al gobierno propuestas con el propósito de disminuir o erradicar los brotes pandémicos, tales como:

"Arrasar la Ciudad de Veracruz y precisar a los habitantes a establecerse en Xalapa, o en otro punto de la cordillera, donde los arrieros, negros y naturales, pudieran acarrear sus géneros hasta la hacienda de Encero que es un lugar saludable; o mejor dicho el límite para que las gentes de la meseta central y otros lugares como Querétaro pudieran hacer sus acopios sin temor a contraer la fiebre amarilla."

"Ensanche la ciudad."

"Cerrar el puerto durante los meses de los grandes calores y permitir la entrada a los buques en el invierno, que es cuando los europeos no corrían ningún riesgo de enfermar de la fiebre amarilla".

La primera opción fue descartada, debido a que las fortificaciones habían costado más de 50 millones de pesos y era el único puerto del golfo de México que daba seguridad a los barcos. La segunda no presentaba en un principio grandes problemas, pero no se consideró adecuada debido a que, por estar amurallada, el ensanchamiento de la ciudad implicaba gastos muy elevados. Con respecto a la tercera opción, cerrar el puerto, se dijo que si los barcos llegaban a Veracruz sólo durante el invierno, la navegación se tornaría peligrosa y los naufragios serían muy frecuentes, tanto en las costas de América como en las de Europa, debido al gran tráfico y a los nortes que azotaban las costas americanas durante dicha época.

En cuanto a las causas e influencias en el desarrollo de la fiebre amarilla, **Humboldt** llevó a cabo una serie de recorridos y observaciones, tomando en consideración la existencia de factores tanto internos como externos.

De los factores internos señaló, que estos se originaban y desarrollaban dentro de la ciudad y destacó los siguientes: Explosión demográfica, ya que la población contaba con 16 000 habitantes limitados y circundados por una muralla en un espacio de 500 000 metros cuadrados; Falta de vivienda, en virtud que las casas de la ciudad eran de un piso y se encontraban habitadas por familias numerosas; Falta de circulación de aire, debido a que la muralla que protegía a la ciudad de las invasiones de piratas impedía la corriente del mismo; Traza de la ciudad, esta tenía sus calles anchas orientadas de noroeste a sureste y las más angostas transversales corrían de suroeste a noreste, lo que hacía que los vientos en la época



de calor no corrieran o circularan debidamente y finalmente; Putrefacción, por las materias vegetales que se encontraban en diferentes partes de la ciudad, junto con charcos y pantanos que eran unos focos de infección cuando no estaban cubiertos de agua. Por su parte de los factores externos indica que eran dos: Putrefacción, por los elementos presentes en la ciudad pero localizados afuera de ella y al sur de la misma, afirmando que eran altamente contaminantes y peligrosos y los Médanos, especie de cerros de arena de figura cónica, los cuales llegaban alcanzar quince metros de altura y en proporción con su masa conservaban de noche la misma temperatura. Así los meses de mucho calor alcanzaban una temperatura de 50° C en su interior y a la sombra de 30° C. Por tal motivo eran considerados como focos que calentaban el ambiente, no sólo por el calor que irradiaban en todas direcciones, sino también por su agrupamiento, que impedían la circulación del aire. Resultaba difícil contender con dicho problema ya que los mismos vientos que los forman, los desplazaban fácilmente y todos los años cambian de posición.

Por lo demás, Humboldt se interesó también por el radio de acción de la fiebre amarilla, así como por investigar cual era la población más propensa o susceptible a adquirir este mal. Respecto al primero indica que "[...] era limitado; en el caso de Veracruz el límite de la fiebre amarilla era la Hacienda de Encero que se localizaba a 928 metros sobre el nivel del mar (m.s.n.m.) y a una distancia del puerto de Veracruz de 105 kilómetros." En cuanto a la población con mayor probabilidad de contraer esta enfermedad, indica que eran los habitantes de la meseta interior de México, debido a que la temperatura media en esta región era de 16° o 17° C y en algunas ocasiones menor. Por tal motivo, cuando estos hombres

bajaban de la población de Encero a Plan del Río, y desde allí hasta la Antigua y al puerto de Veracruz, enfermaban con más facilidad que los europeos o los habitantes de los Estados Unidos que llegaban por mar, luego de pasar por grados a las latitudes australes y aclimatarse poco a poco a los grandes calores propios de las costas de México. Así tenemos que, cuando los residentes de la Ciudad de México se proponían viajar a Europa extremaban sus precauciones y permanecían en Xalapa hasta que el barco iba a hacerse a la vela; entonces se ponían en camino con el fresco de la noche y atravesaban Veracruz en una litera, luego abordaban una lancha que los aguardaba en el muelle y finalmente llegaban a la embarcación. Sin embargo, aun tomando todas estas precauciones, algunos de ellos llegaban a contraer la fiebre amarilla y morían en los primeros días de navegación.

El índice de mortandad fue especialmente elevado entre dos clases de individuos con ocupaciones diferentes; Humboldt señala que "[...] uno de ellos lo constituían los arrieros, debido a que estaban expuestos a fatigas extraordinarias al bajar con sus acémilas por caminos tortuosos; el otro estaba formado por soldados de recluta destacados la guarnición de Veracruz." Cabe señalar que las mujeres corrían menor riesgo de contraer la fiebre amarilla que los hombres. Los habitantes de La Habana, cuando se trasladaban en tiempos de epidemia, en algunas ocasiones llegaban a contraer esta terrible enfermedad. Los nativos de Veracruz no estaban expuestos a padecer el vómito negro y esto representaba una ventaja. Aunque se ausentaran de su lugar de origen, por mucho tiempo y en lugares distantes como era Europa, a su regreso no eran atacados por esta enfermedad ya que eran inmunes a este padecimiento.

La terapéutica en México, como recordamos, ha contado desde tiempos inmemorables con un vasto caudal de medicamentos para aliviar cualquier tipo de padecimientos; sin embargo, el sistema de Brown desarrollado para el tratamiento de la fiebre amarilla ganó gran popularidad en estas tierras. Este método estimulante estaba en abierta oposición con los debilitantes tan en boga en esa época, cuya principal medida la constituían las sangrías y las purgas, que incluso en forma preventiva se aplicaban a los europeos recién desembarcados y que se empleaba popularmente, además del uso de bebidas tibias y mucilaginosas, infusiones de tamarindos y fomentos en la parte alta del vientre para calmar la irritación abdominal. Por el contrario, el método de Brown hacía uso de sustancias estimulantes, tales como el éter sulfúrico y la tintura del opio; recomendaba también el uso del agua de nieve y los baños, sobre todo en la primera fase de la enfermedad, con lo cual se eliminaban las sangrías que tanto extenuaban al enfermo.

También la quina, que tan buenos resultados había producido en España y en las Antillas, fue probada en Veracruz, pero sus resultados fueron limitados. Los helados, el jugo de piña y la infusión de palo mulato estuvieron en boga por un tiempo pero acabaron perdiendo prestigio como agentes curativos.

De acuerdo con las creencias imperantes en la época y muy influenciadas por la teoría de los humores de Hipócrates, se creía que el sistema biliar estaba relacionado con la fiebre amarilla y que el calor excesivo aumentaba su actividad. Por lo anterior, se consideró

que el uso de la nieve debería resultar altamente benéfico en el tratamiento de la enfermedad. No fue sorprendente entonces que se organizara una posta [correo] para llevar al puerto de Veracruz grandes pedazos de nieve a lomo de mula desde el volcán de Orizaba.

Florencio Pérez Camoto,<sup>(66)</sup> médico residente del puerto de Veracruz, en tiempos de **Humboldt**, aseguraba que el germen de la fiebre amarilla no había provenido de otras localidades, sino que se había engendrado en esta ciudad, donde permanecía latente y sólo se desarrollaba bajo ciertas condiciones climatológicas. El calor y la humedad del aire podrían influir en el desarrollo de la enfermedad de dos modos diferentes, ya sea coadyuvando a la diseminación de las epidemias o propiciando las miasmas y la creciente irritabilidad de los órganos.

Por su parte, el viajero alemán consideraba que "[...] durante la génesis del color amarillo, que adquiría el cutis de los enfermos, no había ninguna posibilidad de que la bilis pasara a la sangre y que las materias negras que se arrojaban con el vómito, a pesar de presentar una débil analogía con la bilis, no tenían las características químicas que esta poseía."

**JOEL R. POINSETT.** Al igual que **Humboldt**, también abordó el tema de las enfermedades, ya que se sabía expuesto a ellas y que las podía contraer de un momento a otro, sobre todo cuando se trataba de la fiebre amarilla. Llegó a manifestar que era

---

<sup>(66)</sup> Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, México, 1966. Ed. Porrúa, Colección Sepan Cuántos # 39, p. 519

peligrosa; sin embargo, la posibilidad de caer en las manos de un médico mexicano le atemorizaba aún más.

Si se recuerda, la obra de **Humboldt**, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España fue una lectura obligada para todo viajero que pretendía llegar a México. **Poinsett**, al igual que otros personajes, se apoyó en ella para escribir sus notas, diarios, libros, etc. Así, en su libro, existen algunos relatos similares a los descritos por el científico alemán y tal parece que se le estuviera leyendo aunque sin la precisión y conocimientos que caracterizaban a aquél.

Al llegar **Poinsett** a la Ciudad de México le sorprendió el descubrir la gran cantidad de ciegos que existían en ella, al grado de expresar que "[...] no había ciudad italiana que contara con igual número de mendigos miserables, ni ciudad en el mundo donde hubiera tantos ciegos". Consideró que esto "[...] se atribuía a la exposición constante de los individuos a la intemperie, a la penuria, y al consumo excesivo del aguardiente". Menciona además que "[...] muchos de estos hombres habían perdido la vista como resultado de la viruela, enfermedad que antes de la introducción de la vacuna, asolaba con frecuencia este país". También indicó que "[...] existían otros males como el tifo, la escarlatina, y las afecciones pútridas de la garganta que prevelecan sobre todo entre las clases bajas".

Al referirse a los padecimientos que afectaban a los habitantes de la Ciudad de México, refiere que "[...] al sur de ésta se desprendía de su superficie gas de hidrógeno

sulfurado y cuando soplabla el viento de ese cuadrante se podía oler en las calles de la Ciudad de México". Agrega que "[...] a pesar de esta circunstancia y las enormes extensiones que había de agua estancada en el valle, eran muy raras las fiebres intermitentes".

Al hablar del matlazáhuatl señala que "[...] era una epidemia de la que se sabía poco, que sólo respetaba a los europeos, y a sus descendientes y atacaba únicamente a los indios, sin embargo, ya no se presentaba con tanta frecuencia en el país". Consideró que su desarrollo debió haber sido distinta al de la fiebre amarilla debido a que se desarrollaba en las regiones más elevadas, como la meseta central y la altiplanicie y nunca en tierras calientes.

También abordó el tema del hambre y declaró que "[...] ésta conjuntamente con los males que la acompañan habían diezclado a la población de esta país". Asienta que "México contaba con un suelo fértil, con un clima benigno y que el hombre, al satisfacerse con poco y estando naturalmente propenso a la indolencia, siembra y cultiva, únicamente lo necesario para llevar una subsistencia cómoda". Agrega que "[...] no era previsor, ni almacenaba alimentos para las temporadas malas y cuando las heladas prematuras destruían sus cosechas, salían a los bosques y se mantenían con raíces y frutas silvestres y comían arcilla. Por tal motivo, eran muchos los que perecían de miseria y alimentación defectuosa". Ahora bien, ya Eduardo Enrique Ríos, quien escribió el prólogo y notas de este libro, indicó que "[...] ni los antiguos mexicanos comían tierra ni los actuales",<sup>(67)</sup> pretendiendo con esto poner en evidencia la exageración del autor.

---

<sup>(67)</sup> Joel R. Poinsett, *Op. cit.*, p. 124

A **Poinsett**, como a otros viajeros, le sorprendió la costumbre tan arraigada de las mujeres y los hombres criollos, de fumar excesivamente, a diferencia de los indios que rara vez lo hacían.

Como otros pueblos, México tenía creencias muy antiguas y arraigadas que se practicaban con el devenir de la vida diaria y **Poinsett** fue víctima de una de ellas. Relata que, al encontrarse en las márgenes del río Limón, localizado a corta distancia de la población de Altamira, y estando alojado en un bohío, vio a la dueña de la casa con su hijo en brazos; al acercárseles y dar unas palmaditas al niño en las mejillas y felicitar a la madre por la hermosura y aparente salud del bebé, éste empezó a llorar fuerte sin quererse tranquilizar. La pobre mujer atribuyó tal inquietud al hecho de que **Poinsett** hubiera acariciado al niño, por lo cual lo puso en el suelo, llevó una taza de agua y pidió al estadounidense "por la Virgen" que introdujera sus dedos en ella. Así se hizo; le preguntó entonces si era la misma mano con que había tocado al niño y, al asegurarle **Poinsett** que sí, obligó a su hijo a tomar el agua. Este, agitado por tanto llorar pronto se durmió, y la madre quedó satisfecha por el efecto de su curación.

Después de esta experiencia, **Poinsett** continuó su camino hasta Altamira, donde tuvo conocimiento que tanto este lugar como Tampico eran sitios insalubres. Altamira se caracterizaba por las fiebres biliosas y Tampico por la fiebre amarilla, por lo que decidió quedarse en Altamira a esperar la llegada de un barco. Durante su estancia observó, desde el

lugar donde se hospedaba, a enfermos con rostro amarillo y extenuado, moribundos con destino al hospital y muertos que llegaban al cementerio, apoderándose de él un gran temor ante la probabilidad de contraer este mal. Después de una serie de contratiempos, logró abordar el barco sin llegar a ser víctima de la enfermedad.

**WILLIAM BULLOCK.** Hombre ansioso y precavido, antes de realizar su viaje, acudió con el Dr. James Copland, médico inglés con amplia experiencia en climas tropicales, quien le indicó las precauciones que debería tener en tierras mexicanas y en caso de enfermar las medidas pertinentes a seguir.

En relación a las medidas preventivas destacó el uso adecuado de ropa en un país que presentaba tanta variedad de climas, sugiriendo en general el uso de prendas de franela pegada a la piel. En caso de sentir un calor picante, ocasionado por los efectos del calor y la tela, debería tomar una ligera dosis de sales laxantes. Le encargó evitar el uso de ropa húmeda y conservar los pies secos; si por alguna razón esto no pudiera ser posible, era conveniente beber grandes cantidades de líquidos calientes (infusiones, té, café, etc.), añadiéndoles pimentón, con el objeto de estimular la sudoración. Otra recomendación fue no exponerse al sol, ya que el clima tropical resultaba dañino para el europeo, por lo que sugería el uso de sombrero ligero de ala ancha y de ser posible protegerse con una ligera sombrilla de seda.



El Dr. Copland pidió a **Bullock** que evitase pernoctar en lugares cenagosos, bajos y húmedos, por lo que el viajero inglés insistió siempre en dormir en cuartos altos y lugares secos, así como que tratara que éstos tuviesen ventanas orientadas hacia ciénegas o pantanos. Si la habitación de hospedaje fuera baja y el lugar pantanoso, debería tomar una cucharada de té de quina con unos cuantos granos de pimientón en un vaso de agua con un poco de vino blanco, antes de irse a dormir. En temporada de lluvia se sugirió a **Bullock** que mantuviese un fuego en la habitación durante la noche, procurando tener la cama seca y ventilada. El tipo de ropa de cama debería ser adecuado, ya que si ésta era ligera estaría expuesto a alguna enfermedad y si era mucha, causaría fatiga e inquietud. Con respecto a la dieta alimenticia, el Dr. Copland recomendó que ésta fuera ligera pero por ningún motivo baja. Era importante que, antes de iniciar una caminata o desempeñar cualquier actividad física, se desayunase, evitando cualquier recargo de estómago, y desde luego tomar agua durante las comidas con la ocasional añadidura de un poco de vino. Con la finalidad de mantener los intestinos ligeros, recetó tomar sales refrescantes con unos granos de colamel, antes de acostarse, y una pequeña dosis de sales por la mañana.

El médico insistió en que el estado de ánimo, era esencial para la buena salud por lo que era importante mantenerse jovial, mostrarse satisfecho y programar adecuadamente sus actividades, evitar las pasiones deprimentes y no mostrarse ansioso ante cualquier contratiempo.

Según el Dr. Copland, la fiebre, la disentería, la diarrea y el cólera morbus eran las enfermedades que podrían contraer los viajeros en los trópicos e indicó a Bullock como se manifestaban y como combatirlos:

La fiebre, se manifestaba con dolor de espalda, lomos, piernas y brazos; bostezos, apatía, rostro pálido, piel fría, migraña y náuseas. Para combatirla era conveniente aligerar los intestinos con un purgante añadiendo algo caliente y estimulante, como el pimientón, e inmediatamente beber líquidos y tomar baños calientes. Después del baño, debería darse fricciones con una toalla en toda la superficie del cuerpo provocando así una reacción de excitación en el organismo. En caso de presentarse con fuerte dolor de cabeza, palpitación de sienes, ojos y cara irritados, pulso agitado y fuerte, piel caliente y seca, e incluso con transpiración, lo indicado era realizar una sangría, la cual se repetiría, si los síntomas continuaban, así como efectuar una purga para mantener los intestinos abiertos. En caso de no ceder, lo pertinente era aplicar agua fría en la cabeza y frotar el cuerpo con una esponja con agua fría. Si prevalecía el vómito con mal aspecto, lo pertinente era aplicar un vejigatorio en el estómago y en caso de que la energía del enfermo se encontrara debilitada por la enfermedad, se debería recurrir a un baño de agua caliente aplicando fricciones sobre el cuerpo con vainas de chile machacadas, hasta que se presentara cierto grado de erupción. La sed podría mitigarse con cerveza de abeto, cerveza embotellada o con agua, la cual resultaría más agradable al añadirle zumo de lima y algo caliente como pimientón. Si en la defecación se presentaran materias negras y la piel adquiriera un tinte amarillento, se aplicaría una dosis de aceite de trementina cuya variación sería de un cuarto a una onza, con lo cual se proporcionaría un alivio al enfermo.

Como medida preventiva, Copland recomendó a **Bullock** no visitar lugares donde prevaleciera la fiebre amarilla para evitar en lo posible el adquirirla.

En cuanto a otras enfermedades, el médico sugirió, en caso de disentería, si ésta se presentaba con “[...] dolor violento y fiebre”, “[...] realizar una sangría y aplicar un

vejigatorio en el abdomen"; Así mismo, "[...] ingerir pequeñas dosis de opio, de preferencia con jugo de lima, cada una o dos horas, ya que era un remedio excelente". Sobre la diarrea "[...] ésta no debería ser contenida inmediatamente a menos que se debilitara la fuerza del paciente. En caso de persistencia se podría contener por medios suaves, tales como pequeñas y repetidas dosis de riubardo, combinadas con un grano de calomel, agregando al acostarse un grano sólido de opio". Por último, el colera debía ser atacado "[...] de inmediato con una dosis grande de opio, de dos a tres gramos y después de que el vómito violento y la purgación hubiera disminuido, tomar dosis pequeñas de riubardo y calomel hasta lograr evacuaciones biliosas. En caso de no ceder, se recomendaba tomar vino de Madeira o brandy aguado, con grandes cantidades de pimientón".

**HENRY GEORGE WARD.** Es asombroso el encontrarse ante un hombre incansable e interesado no sólo en aspectos políticos y económicos sino, además, con un interés profundo por todo lo que le rodeó; sus narraciones son amenas y accesibles para cualquier tipo de lector y escribe cosas tan simples como lo es una anécdota en un día de campo, hasta temas amplios y complejos como la negociación de un tratado comercial. Ante semejante personaje no podía pasar desapercibida una enfermedad como la fiebre amarilla. Consideró necesario e indispensable el realizar un estudio formal de ella para conocer su origen y desarrollo, con la finalidad de estar en posibilidades de controlarla y erradicarla. Según el una consecuencia lógica sería una mayor afluencia de europeos, especialmente ingleses, lo que repercutiría en un mayor intercambio comercial entre México e Inglaterra.

A través de la obra de **Ward** se puede entresacar información sobre algunas de las particularidades de la fiebre amarilla. Indica quiénes son los individuos más propensos a contraerla, las precauciones extremas que tomaban algunos extranjeros e insiste en repetidas ocasiones en el beneficio que recibiría la humanidad si alguien lograra reducir o eliminar dicha enfermedad.

Al hacer su arribo a la Ciudad de Veracruz, **Ward** trató de obtener la mayor información posible sobre la fiebre amarilla y señaló que "[...] se manifestaba en forma severa durante la época de calor, que comprendía de finales de marzo a mediados de octubre. La época no peligrosa estaba comprendida entre octubre y febrero, debido a que era la temporada de los nortes, en el golfo de México". Al igual que **Humboldt**, **Ward** señala que el límite de acción de tal enfermedad en Veracruz, era la Hacienda de Encero, que como recordamos se localizaba a una altura de 928 (m.s.n.m.) y a una distancia de 105 kilómetros. Agrega que la población de Tampico era igualmente peligrosa, para cualquier extranjero porque en ella prevalecía también y que Nueva Orleans, localizada al norte del golfo de México, también estaba sujeta a ella. Lo anterior llevó a **Ward** a deducir que en toda la línea costera del golfo de México podrían presentarse brotes epidémicos de este padecimiento.

El viajero inglés advertía que la fiebre amarilla era muy peligrosa para quienes visitaban la región. Señalaba su efecto sobre los extranjeros; sin embargo, a diferencia de otros, menciona que los habitantes del sur de España e Italia eran más susceptibles que los

demás europeos (se refiere a los nórdicos) y que los hombres de apariencia más robusta eran los primeros en ser atacados. Al igual que otros autores afirma que quienes llegaban a sobrevivir el ataque de la enfermedad quedaban aclimatados y ya no requerían de ninguna precaución posterior.

En cuanto a los habitantes de la mesa central, estos eran según **Ward** aún más susceptibles que los extranjeros, debido a la transición tan repentina de Perote a Veracruz, lo cual no permitía al organismo adaptarse a cambios tan violentos como era el pasar de una atmósfera seca a una temperatura húmeda y a nivel del mar, en donde "[...] todos los poros se abren y la relajación del organismo hace que los individuos sean especialmente susceptibles al mal". Por tal motivo los arrieros que vivían en la meseta central por lo regular no bajaban más allá de Xalapa durante los meses calientes; desde luego hubo siempre quienes se arriesgaron y continuaron la travesía hasta la costa, llegando algunos a caer víctimas de la peligrosa enfermedad, que cuando esto sucedía "[...] se sentaban o tendían bajo un árbol que los resguardaba de los rayos del sol, se envolvían la cabeza con un sarape y afrontaban su suerte con resignación".

Al igual que **Humboldt** asienta que "[...] los nacidos en Veracruz o en tierra caliente aledaña, estaban exentos de contraer la fiebre amarilla, aunque se alejaran a temprana edad y permanecieran a considerable distancia dentro del país e inclusive en países europeos, estos hombres no perdían su resistencia. Los niños y las mujeres presentaban menor susceptibilidad a contraer esta enfermedad". **Ward** dice que:

[...] debido a los riesgos mencionados, los extranjeros más precavidos o temerosos, al llegar a la costa, contrataban a bordo del barco los servicios para llevar a cabo el traslado de sus personas y transporte de sus pertenencias con el fin de alejarse de inmediato e internarse tierra adentro. Aún tomando todas las precauciones, algunos viajeros alcanzaban a ser atacados por la fiebre amarilla, por lo que trataban de llegar a ciudades que contaran con mayores recursos y con un clima más benigno. Sin embargo, el vómito característico de esta enfermedad seguía manifestándose con la misma intensidad tanto en la costa como en Xalapa u otras ciudades del interior. Agrega que [...] los remedios frecuentemente utilizados en los enfermos eran la aplicación de sangrías conjuntamente con infusiones de varias clases, acompañadas de aceite de oliva. Cuando el paciente lograba sobrevivir al quinto día se podía decir que estaba fuera de peligro; sin embargo, en algunas ocasiones, cuando el enfermo estaba en etapa de convalecencia se presentaba una postración tal, que frecuentemente, la resistencia del enfermo fallaba en el momento en que se tenían las mayores esperanzas de su recuperación.

Al igual que otros viajeros Ward compartió la idea de que las emanaciones de los pantanos contiguos a la ciudad contribuían grandemente al desarrollo de esta enfermedad. En su libro México en 1827 da algunas recomendaciones para los extranjeros que venían a tierras mexicanas, tales como no ingerir vino durante el viaje con la finalidad de que se fortaleciera el cuerpo antes de llegar a la costa, permanecer el menor tiempo posible en el puerto de Veracruz, no exponerse demasiado al sol y no estar ansioso o nervioso, ya que dicho estado crearía una irritación mental y con ello una predisposición a la fiebre amarilla. Menciona que "[...] no tiene conocimiento de que se halla llevado a cabo en Veracruz un estudio minucioso de la fiebre amarilla, a excepción de un médico estadounidense del que no menciona su nombre". Sin embargo, admite que en el año de 1826 este médico hizo observaciones *in situ*, obteniendo éxito en una buena parte de sus investigaciones. Desafortunadamente, al final de la estación (septiembre-octubre) fue víctima de la misma

enfermedad. En tal sentido confiaba en que el tema atrajera la atención de otros hombres de ciencia y algún día descubrieran alguna de las causas, lo que sería de gran beneficio para la humanidad, si bien reconocía la dificultad que implicaba erradicar este mal en un lugar que presentaba condiciones favorables para su desarrollo, ya que sus "[...] semillas parecen encontrarse en la acción del sol sobre la masa vegetal en descomposición".

Madame CALDERÓN DE LA BARCA. Mujer interesada en conocer los atractivos de México, no se limitó a recorrer los lugares tradicionalmente visitados por extranjeros, sino que acudió también a las instituciones de salud de la Ciudad de México, como era el caso del Hospital de San Juan de Dios ubicado en la calle de San Cosme [hoy Museo Franz Mayer]. Al conocerlo, nuestra viajera manifestó asombro por la belleza y dimensión del edificio y destacó dentro de su descripción los grandes patios con fuentes así como las galerías y los amplios aposentos, con sus ventanales abiertos. Indica que el mosocomio contaba con dos salas separadas, una para varones y otra para mujeres. Le sorprendió encontrar los cuartos de los enfermos limpios y agradables, dando éstos una sensación de no estar en un hospital. Señala que "[...] no existe ningún lugar en Europa en el que todo el año puedan los enfermos gozar de semejantes ventajas" y esto lo atribuye al clima prevaleciente en la capital mexicana.

Otro centro hospitalario que visitó fue el Hospital de Jesús, sitio en el que reposaron los restos mortales del conquistador Hernán Cortés<sup>(68)</sup>. Durante su recorrido en una de las

<sup>(68)</sup> Charles A. Hale, El liberalismo mexicano en la época de Mora 1821-1853, México, 1978, Ed. Siglo XXI, p. 102

salas, encontró a varias personas heridas; dicha estancia se encontraba dividida con cortinas contando cada sección con un catre, una silla y una pequeña mesa para cada enfermo. Al lado opuesto de la sala se hallaban los baños de agua caliente y fría. Este sitio, al igual que el anterior, se encontraba totalmente aseado; sin embargo, le pareció más propicio que el anterior para cumplir dichos fines.

Refiere nuestra viajera que el Hospital de San Hipólito, fundado en 1566 por Bernardino Alvarez con el objeto de albergar dementes, fue el primer hospital en el mundo para este tipo de enfermos. Le pareció que, como el Hospital de San Juan de Dios, sus jardines eran amplios con fuentes y árboles frutales. Por lo que respecta al refectorio [comedor] relata que era amplio y la cocina bien equipada. El director, quien la atendió personalmente, le informó que la institución albergaba alrededor de 100 enfermos mentales afectados por diversos padecimientos. Según dijo, "[...] las enfermedades más frecuentes eran el amor y la bebida; la locura causada por el amor era casi invariablemente incurable, mientras que las víctimas de la bebida se curaban por lo general".

En cuanto al Hospital de San Lázaro, ubicado al oriente de la ciudad y construido en 1572, gracias al entusiasmo y apoyo económico que dio el Dr. Pedro López, albergaba y cuidaba a enfermos de lepra. Al hablar de este lugar, nuestra viajera menciona que todos, los leprosos deberían ser enviados a este hospital; sin embargo, esto no ocurría así y en una de sus visitas de cortesía encontró que la dueña de la casa padecía esta enfermedad. Cabe señalar que estos centros asistenciales contaban con recursos limitados, sin embargo, hubo



personas generosas entre ellas religiosos y filántropos, que desafiando el contagio atendieron y cuidaron en dichos lugares a enfermos y convalecientes de la viruela, a pesar del temor de perder la vista.

Otro padecimiento de esta época, que sufría buena parte de la población, era la viruela, y esto se debía, como lo indica madame Calderón, a la desidia de sus habitantes o más bien al prejuicio que tenían para vacunar a sus hijos.

La irritación nerviosa y las inflamaciones eran otros de los padecimientos comunes en la población; por lo que respecta a la primera nuestra autora señala que los achaques nerviosos de las señoras eran una fuente de ganancia sin fin para los hijos de Galeno por que parecían incurables. Por lo que respecta a los padecimientos inflamatorios, señala que éstos eran a causa de la gran cantidad de picante que consumía la población en sus alimentos.

Para curar afecciones nerviosas, reumas, inflamaciones y por lo regular cualquier tipo de padecimiento, la señora Calderón asienta que se recomendaba la aplicación o uso de baños calientes. Los españoles y criollos acudían a los baños del Peñón, localizados al noreste de la ciudad. Estos contaban con un manantial de aguas naturales que salían en estado de hervor, se depositaban en unas piscinas y alrededor de las cuales existían unos cuartos en donde se descansaba. Era recomendable llevar consigo un colchón para acostarse en él después del baño, así como ropa blanca y una botella de agua fría para utilizar en caso

de desmayo, ya que lo único que había por ahí era una pequeña taberna en la que sólo se vendía aguardiente y pulque.

Por su parte, los indios estaban acostumbrados a usar otro tipo de baños, llamados temazcalli, que se encontraban únicamente en sus poblados y se fabricaban con ladrillos crudos, con la forma semejante a la de un horno de pan, con la diferencia de que el piso era abovedado y más bajo del nivel del suelo. La entrada tenía una altura apenas suficiente para que un hombre se introdujera de rodillas. En la parte opuesta a la entrada se encontraba un hornito de piedra o ladrillo que se abría también al exterior y que dejaba salir el humo a través de un agujero en la bóveda. Para preparar el baño, lo primero que se hacía era introducir dentro del temazcalli una estera, un jarro de agua y unas hierbas. Después se prendía el hornillo y se mantenía encendido hasta que las piedras estuvieran calientes. El enfermo pasaba entonces al baño, dejando un poco abierto el agujero superior, con la finalidad de que saliera el humo generado por el hornillo. A continuación echaba agua sobre las piedras calientes, formándose con ello un denso vapor. En seguida se acostaba en la estera y atraía hacia abajo el vapor agitando las hierbas y con las mismas, mojadas con el agua del jarro, se golpeaba, el mismo u otra persona, en todo el cuerpo y sobre todo en las partes adoloridas. Una vez realizada esta operación dejaba escapar el vapor y abría la puerta principal.

**JOHN F. STEPHENS.** Quien ya mostró su interés por conocer las ruinas de Yucatán en compañía del dibujante Frederick Caterwood y del Dr. Samuel Cabot, quienes después de

desembarcar en el puerto de Sisal se dirigieron a Mérida la ciudad más importante de la península, la cual, por estar a una distancia considerable de la costa así como mal comunicada, era visitada rara vez por extranjeros e inclusive nacionales. La ciudad se hallaba por tanto muy aislada: las noticias de acontecimientos relevantes o de avances de la ciencia médica llegaban tarde y raramente.

Uno de los avances de la ciencia médica quirúrgica de entonces era la reciente operación para curar el estrabismo, la cual el Dr. Cabot dominaba ampliamente. Durante una reunión de tertulia, que era un evento común en la ciudad, solicitaron al Dr. Cabot que operara a un muchacho de unos 14 años, que padecía dicha enfermedad. El accedió con amabilidad. La operación se realizó en una casa particular; con el objeto de tener buena iluminación, se colocó una mesa cerca de la ventana y acostó en la misma al paciente. **Stephens** actuó como ayudante, lo que le permitió explicar en su libro en forma sencilla y breve, que era el estrabismo y como se realizaba su operación. Indica que: "[...] la ciencia moderna ha descubierto, que el ojo es detenido en su órbita por seis músculos mismos que le dan movimiento en todas direcciones; la indebida contracción de cualquiera de estos músculos producía la llamada bizquera, la cual se suponía procedía de convulsiones en la niñez u otras causas desconocidas. Esta intervención quirúrgica consistía en cortar el músculo contraído con el cual el ojo venía a dar inmediatamente a su propio lugar". Agrega que "[...] estos músculos están bajo la superficie; por lo que se requería un conocimiento especial de la anatomía del ojo, destreza y poseer los instrumentos adecuados".

Relata que en el momento de la intervención "[...] el paciente se encontraba acostado en perfecta quietud con los brazos cruzados en el pecho. Sin embargo, cuando el instrumento estaba cortando el músculo lanzó un gemido tan angustiante, que hizo que todos los que estaban en la pieza contigua penetraran ante tal quejido. Sin embargo, antes de que extinguiese el gemido que había lanzado, había quedado concluida la operación y momentos después el recién operado regresaba a su casa".

Debido al éxito de la operación y a que ésta no implicaba costo alguno, el Dr. Cabot recibió un sinnúmero de solicitudes para realizar otras intervenciones iguales. Cabe hacer mención que, mientras operaba, el cirujano explicaba a los médicos de la Ciudad de Mérida como se debería realizar la operación y les ofrecía inclusive, sus instrumentos. Les indicaba cada vez el cuidado que deberían de tener en cada uno de los pasos de la cirugía, de tal manera que después de varias ocasiones los médicos de la Ciudad de Mérida podían practicar exitosamente este adelanto científico.

Más tarde, cuando los viajeros se hallaban en la ruinas de Uxmal, se presentó un indio joven con la pierna inflamada y cubierta de úlceras, llevando consigo un recado de don Simón, el dueño de esas tierras y haciendas. Stephens relata que, informados de que dicho indio estaba a punto de casarse y que, a pesar de que don Simón lo había enviado seis meses a la Ciudad de Mérida para ser tratado por un médico, no había experimentado ninguna mejoría y muy probablemente quedaría inválido en un par de años, el Dr. Cabot se comprometió a operarlo en la Hacienda de Uxmal. Al realizar los preparativos, le sorprendió

que no hubiera una sola cama, la cual le parecía indispensable para cualquier lugar donde residiera un grupo de personas. **Stephens** justificó la falta de dicho mueble mencionando que "[...] para ellos no les era indispensable, ya que nacían en hamacas y esperaban morir en ellas, resultado innecesario para ellos el tener una cama". Al cabo de un rato aparecieron unos hombres con unas tablas, mencionando que éstas alguna vez formaron parte de una cama y en unos cuantos minutos la armaron. Una vez que se tuvieron las condiciones adecuadas para la intervención del enfermo, el doctor pidió al indio se pusiera en pie y notó que "[...] tenía la pierna derecha casi tan gruesa como su propio cuerpo, cubierta de úlceras y resaltadas las venas como del espesor de un látigo". Después de examinarlo consideró necesario cortar las venas, y pidió al enfermo que recargara todo el cuerpo sobre la pierna enferma, hasta hacer brotar en toda su plenitud las venas, mientras se sostenía apoyando las manos en una banca. A continuación, y sin aplicar ninguna anestesia, le cortó una vena y le ató la herida y procedió a realizar la operación sobre la otra vena, introduciendo con fuerza un alfiler en la carne viva que quedaba bajo la vena sacándolo del otro lado, atando un hilo a las dos extremidades y dejando que el alfiler se abriese paso a través de la vena para facilitar la supuración, después le ató la pierna y colocó al paciente en la cama. A **Stephens** le sorprendió que "[...] durante la operación ni un solo músculo de la cara se le movió al indio, excepto una ligera contracción de sus manos apoyadas a la banca en el momento en que introdujo el alfiler bajo la vena, mencionando que nadie hubiera dicho que estaba sufriendo operación de ninguna especie". Es sorprendente y cruel lo que tenían que padecer los habitantes de las poblaciones que se encontraban alejadas y que carecían de recursos necesarios e indispensables para ser atendidos en casos de enfermedad o de accidentes.

En esta misma Hacienda de Uxmal, otro indio solicitó al Dr. Cabot una intervención como médico. Tenía el rostro demacrado, llevaba el brazo encabestrillado en una venda, debido a que, pocos días antes, por cierta torpeza se había dado un machetazo en el brazo izquierdo cerca del codo. Para detener la salida de sangre, su mujer, de escasos catorce años de edad, había atado con toda la fuerza posible un cordel en el puño y otro en la parte superior del brazo y así había permanecido tres días. Si bien este procedimiento detuvo momentáneamente la sangre, hubiera podido parar para siempre su circulación. **Stephens** relata que:

[...] la mano estaba sin movimiento y parecía muerta. La parte del brazo entre ambas ligaduras se había inflamado horriblemente y el sitio de la herida era una masa de corrupción. El doctor arrancó las ataduras y procuró que la mujer aprendiese a restablecer la circulación interrumpida por medio de fricciones o estregando el brazo con la palma de la mano. Cuando el doctor auscultó la herida, ésta arrojó una carga de líquido pestilente, y se convirtió en un arroyo de sangre arterial, el pobre hombre se había trozado una arteria.

Actuando con rapidez, el médico apretó el brazo con una fuerte presión sobre la arteria y pidió a **Stephens** que fijara bien los dedos sobre la misma, mientras él iba a las ruinas en busca de sus instrumentos. Sabedor de la responsabilidad que implicaba dicha encomienda y el tiempo que habría que esperar, nuestro viajero pasó el brazo a uno de los indios que se encontraban en el lugar, advirtiéndole que la vida de un hombre dependía de él. Mientras tanto la cabeza del paciente se movía de un lado a otro a causa de los desmayos. A **Stephens** le sorprendió la fuerza con que el responsable cumplía su cometido, al punto que

"[...] podía haber servido de modelo a un escultor ya que ni por un solo momento cambio de posición el brazo". A su regreso, el Dr. Cabot continuó la operación, curó la herida y mandó al enfermo con iguales probabilidades de morir o vivir. Supieron poco tiempo después que el indio había sanado y trabajaba de nuevo en el campo.

**Stephens** hace reflexiones acerca de la vida humana en estos lugares en donde ésta era un juguete de la casualidad y la ignorancia. Concluía que, en este caso, de no haber sido por la intervención del Dr. Cabot, el indio se hubiera ido a descansar a la sepultura. Considera también que "[...]" es de suma importancia el conocimiento de tratamientos médicos en un país que carece de servicios médicos adecuados, ya que sólo en ciudades importantes como Mérida o Campeche existían médicos calificados".

A continuación señala que los curas, además de ejercer su ministerio, se desempeñaban como médicos, valiéndose de un mal recetario, lo que hacía que estuvieran limitados tanto por falta de conocimientos como de medicinas, ya que por estos lugares no existían las boticas. En los ranchos o aldeas los habitantes tenían que aplicar y utilizar de la mejor manera los conocimientos que tradicionalmente se pasaban de generación en generación. Sin embargo, en muchas ocasiones éstos no resultaban ser los más adecuados y los enfermos padecían y morían víctimas de la ignorancia y del empirismo.

## CONSIDERACIONES

Quizás, por razón de su propia seguridad personal, el tema de las enfermedades causó interés a la mayoría de los viajeros. Algunos lo trataron en forma breve, otros con mayor amplitud y no faltó quien realizara un estudio minucioso de alguna de ellas. Dando respuesta a nuestras interrogantes podemos decir que las enfermedades que más llamaron su atención fueron la viruela, la fiebre amarilla y el matlazáhuatl. Otras de menor grado fueron la ceguera y las enfermedades de la garganta. Si bien el hambre no es una enfermedad, ésta fue considerada como importante por propiciar o favorecer el desarrollo de ellas.

La viruela fue sin lugar a duda una de las enfermedades que causó mayor daño y sufrimiento en México durante el periodo que nos ocupa. La facilidad de su transmisión y su alto grado de contagio hizo que se expandiera en forma vertiginosa e invadiese pueblos enteros, cobrando la muerte de una parte considerable de la población.

Las primeras epidemias de viruela fueron conocidas como viruelas “grandes” o “gruesas”, viruela “negra” o del “Señor” y correspondían a las que presentaban invariablemente una fuerte hemorragia que llevaba a la muerte a sus víctimas. Cuando las pústulas eran menos numerosas y los enfermos sobrevivían, las viruelas eran llamadas “de la Virgen”. Quienes llegaron a padecer esta terrible enfermedad, tuvieron que soportar constantes y prolongados periodos de fiebre, la aparición y la distribución de máculas, pápulas, vesículas y pústulas en la cara, los puños, las manos y los tobillos. Los que lograron



salvarse solían quedar con las caras marcadas; se les llamaba “cacarizos” mismos que fueron rechazados por la sociedad, al grado de no poder conseguir trabajo.

Las epidemias de viruela, al provocar una baja de la población y aumentar el desempleo con los “cacarizos” sobrevivientes, daban por resultado una disminución considerable en la mano de obra, lo que a su vez ocasionaba una falta importante de alimentos, incremento de precio en los mismos y favorecía la desnutrición.

Afortunadamente para la humanidad, el Dr. Jenner había diseñado un método para el control y posterior erradicación de la viruela y el Dr. Balmis, de acuerdo con las “órdenes reales”, introdujo y organizó la vacunación en México, labor que continuaron con éxito un sinnúmero de personas e instituciones durante los siglos XIX y XX.

A Poinsett le llamó profundamente la atención la cantidad de ciegos que existían en la Ciudad de México, señalando que ésta era superior a la de cualquier otra ciudad del mundo. Atribuyó este mal al modo de vida de algunos de sus habitantes, caracterizado por la exposición constante a la intemperie, la penuria y el exceso en el consumo de aguardiente.

La fiebre amarilla, fue otra de las enfermedades que más terror causó a los viajeros que llegaban a través del golfo de México a las costas mexicanas, en especial en las ciudades de Tampico y Veracruz, así como a poblaciones aledañas.

**Humboldt** trata el tema con amplitud, señala los años en que se presentó esta enfermedad por primera vez en Veracruz y hace un estimado de las muertes que causó. No trata de indagar donde se inició este mal, pero sí a dar su opinión sobre las posibles causas que pudieran originarla señalando factores tanto internos y externos. Indica cual es el radio de acción de la enfermedad e identifica cuales son los individuos más propensos a adquirir esta enfermedad. Trata también el tema de la terapéutica que se utilizaba y señala los dos sistemas en boga, el estimulante que era conocido como Brown que recomendaba el éter sulfúrico, la tintura, el opio y los helados entre algunos. Por otra parte el sistema debilitante que estaba basado en la aplicación de sangrias, purgas, bebidas tibias, fomentos y otros.

Como resultado de esta peligrosa enfermedad existían tres hipótesis sobre el origen de la fiebre amarilla. La primera estaba basada en que la enfermedad era transmitida por contagio, esto es, que el virus lo transportaban individuos de procedencia de otros países y al hacer contacto en poblaciones de clima tropical se producía el contagio y por consiguiente la epidemia; la segunda se apoyaba en la acción que el sol ejercía a los factores internos y externos de la ciudad, los cuales al presentar las condiciones propicias daban paso al inicio de una epidemia y la tercera se sustentaba en la opinión del Dr. Pérez Camoto al señalar que el germen se producía *in situ* bajo ciertas condiciones climatológicas.

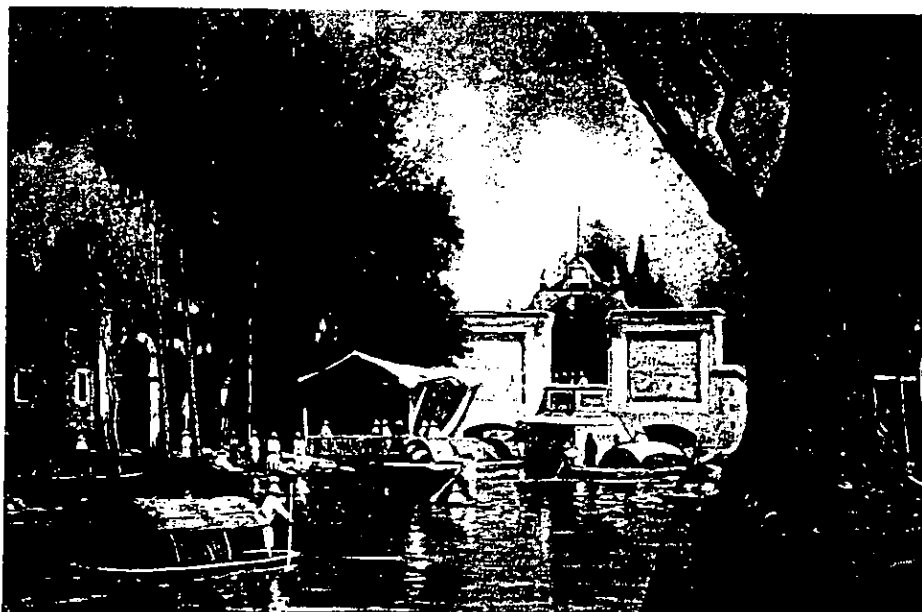
Personajes como **Bullock** no abordan formalmente el tema de la fiebre amarilla, sin embargo, publica una receta médica expedida por el Dr. Copland sobre las enfermedades tropicales más comunes, su forma de manifestarse y como proceder en caso necesario. Lo

interesante de este documento es lo explícito sobre el sistema debilitante que es el que aconsejaba este médico. Además, recomienda que las bebidas que se ingieran se les agregue un poco de vino, así como mantener el buen estado de ánimo ya que ayuda como elemento preventivo hacia dicha enfermedad. Al igual que nuestros anteriores personajes Ward se interesó sobre este tema y exhortó a los científicos de la época a interesarse en investigar el origen y en lo posible la erradicación de la fiebre amarilla. Sin ser muy explícito señaló que los habitantes del sur de España e Italia eran más susceptibles que los del norte del mismo continente y a diferencia del Dr. Copland, recomienda no ingerir vino ya que éste hace más vulnerable al individuo de adquirir este mal. Finalmente se inclinó en favor de la segunda hipótesis, señalando que la semilla de la enfermedad está en la acción del sol sobre la masa vegetal en descomposición

El matlazáhuatl, que coincidía con el tifo, fue la tercer gran enfermedad comentada por parte de nuestros viajeros. Se decía que era exclusiva de la casta india y que la manera como se presentaba era en forma de una erupción de granos que simulaba una red. Poinsett aceptó esto y aseguró que el matlazáhuatl no atacaba a los europeos y a sus descendientes sino únicamente a los indios de las regiones elevadas. Al respecto de dicha enfermedad existían dos hipótesis, la primera en relación a los humores podridos, causados por el aire pestilencial que emanaba de las lagunas, y la segunda al aumento de población india vs. la misma producción de alimentos, lo que traía consigo el hambre, así como la desnutrición, factores que propiciaban y favorecían las condiciones para el desarrollo de epidemias u otro mal.

El método más utilizado para esta enfermedad era el debilitante y la practica más usual era la sangría. Llama la atención como ésta se empleaba en cualquier parte del cuerpo que se veía afectada, inclusive al grado de aplicarse en la lengua.

En fin, en este asunto, como en los anteriores las opiniones de los viajeros dependieron de su preparación y conocimientos previos. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con la vivienda y la alimentación, sus comentarios son más uniformes pues todos se describen explícitamente o dejan ver entre líneas su miedo a padecer las distintas enfermedades que podían encontrar. En sus testimonios abundan las teorías en relación a su origen e ideas acerca de como prevenirlas y aun como combatirlas, destacándose como causas muy importantes, la denutrición y los hábitos personales de los pobladores, así como la influencia del clima y de las miasmas provenientes de los pantanos. No hay duda de que la lectura de sus obras desanimó a muchos posibles visitantes y contribuyó a generalizar una idea ambivalente, aún actual en sus países de origen, de temor a la vez que de curiosidad e inquietud por estas tierras mexicanas.



“[...] la Viga, que ahora se está poniendo de moda.  
Le bordea un canal, con árboles que le dan  
sombra, y que conduce a las Chinampas y  
se ve siempre lleno de indios con sus  
embarcaciones en las que traen  
fruta, flores y legumbres al  
mercado de México”

**madame Calderón de la Barca**

## CONCLUSIONES

Los relatos, fantásticos o no, de los viajeros que visitaron la Nueva España, en relación a su supuesta riqueza y/o magnificencia, junto con las perspectivas de desarrollo que ofrecía su juventud al separarse de España y transformarse en México, atrajeron sin lugar a dudas a una pléyade de numerosos viajeros, que llegaron a estas tierras con intereses disímolos. Algunos, quizás los menos, se presentaron atraídos por la sed de aventura que es innata en el hombre, otros con intereses comerciales o profesionales y algunos más en calidad de espías, con la misión de hacer, en la medida de su competencia, un inventario económico, político y militar que ayudara a sus países de origen a normar sus intereses y aun su conducta hacia esta nación que hacía sus primeros balbuceos como país independiente.

Algunos de los viajeros dejaron testimonio escrito, confidencial o público de sus visitas. Los puntos de vista vertidos por los viandantes en torno a los temas señalados fueron, como habrá advertido el lector, en algunos casos discordantes y en última instancia, cada uno refleja su formación intelectual, la constante comparación con lo visto y vivido en sus países de origen, sus preferencias personales, su fantasía y aun sus prejuicios.

La vivienda y las enfermedades, quizás por ser temas objetivos, generaron comentarios más o menos uniformes de su parte. La alimentación suscitó en cambio varios puntos de vista, sobre todo en lo tocante a la preparación y al gusto por tales o cuales platillos y bebidas.

En cuanto a las enfermedades abundan los testimonios con relación a la gravedad de las epidemias de viruela, al temor de los habitantes y de ellos mismos a contraer la fiebre amarilla y a la supuesta predisposición de la clase indígena a padecer con exclusividad el matlazáhuatl. No faltaron incluso ideas de su parte, de las causas de estos padecimientos y la manera de prevenirlos. Los comentarios en torno a la vivienda reconocen únicamente su adaptación al clima y la disponibilidad de los materiales de construcción en los lugares de su erección. Abundan en sus testimonios anécdotas de “desventuras en posadas, hoteles y mesones”, pero no escasean sin embargo, elogios que subrayan la perfección del trazo de varias ciudades mexicanas de la época y la belleza de algunos de sus edificios, o mejor dicho palacios, según más de uno de los viajeros consultados.

En el terreno de la alimentación, los comentarios de nuestros viajeros son claros. La escasez y la poca calidad de algunos productos alimenticios derivados del ganado vacuno eran superadas por la variedad de pescados y mariscos, así como de verduras y frutas.

Dejamos, sin embargo, que la subjetividad de los lectores de este trabajo festeje o condene las opiniones vertidas por nuestros ilustres trotamundos en torno a la bondad gastronómica de tal o cual platillo preparado de acuerdo a alguna de las recetas de la época.

En fin, las opiniones expresadas ayudan a conocer en forma crítica la vida de los habitantes del México del siglo XIX, al conducirnos por sus caminos y permitirnos pernoctar

en alguna de sus "posadas"; al vagabundear en su compañía por las calles de algunas de sus ciudades; al compartir su gusto o disgusto por los platillos y bebidas más en boga y, por qué no, al aterrorizarnos con ellos a la vista de las epidemias que con más frecuencia afectaban al país.

Considero, por último, que este tipo de testimonios han sido los que han hecho de México, debida o indebidamente, un país mágico que atrae y atemoriza a un tiempo, que despierta en los extranjeros un sentimiento de curiosidad infinita y que mueve a propios y extraños a adentrarse en lo más interno de sus raíces.



## BIBLIOGRAFIA BASICA

BRASSEUR Charles, Viaje por el Istmo de Tehuantepec, 1859-1860, México, 1984, Ed. Fondo de Cultura Económica, Col. Lecturas Mexicanas, # 18, 208 p.

BULLOCK William, Seis meses de residencia y viajes en México, México, 1983, Ed. Banco de México, 286 p.

CALDERON DE LA BARCA, Madame, La vida en México, México, 1959, Ed. Porrúa, Col. Sepan Cuántos, # 74, 606 p.

HUMBOLDT Alejandro de, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, México, 1966, Ed. Porrúa, Col. Sepan Cuántos, # 39, 696 p.

LYON Georges Francis, Residencia en México, 1826, diario de una gira con estancia en la república mexicana, México, 1984, Ed. Fondo de Cultura Económica, 302 p.

ORTEGA Y MEDINA Juan, Zaguán abierto al México republicano (1820-1830), México, 1987, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 216 p.

POINSETT Joel Roberts, Notas sobre México, México, 1950, Ed. Jus, 510 p.

STEPHENS John L., Viaje a Yucatán 1841-1842, México, 1937, Ed. Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía, T.I y II.

WARD Henry George, México en 1827, México, 1981, Ed. Fondo de Cultura Económica, 788 p.

- LOPEZ DE SANTA ANNA Antonio, La Guerra de Texas: Antonio López de Santa Anna, México, 1983, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, Col. de Cultura Universitaria, Serie Testimonios # 9, 246 p.
- MINGUET Charles, Alejandro de Humboldt historiador y geógrafo de américa española 1799-1804, México, 1985, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, T. I y 2.
- MOYANO PAHISSA Angela, La pérdida de Texas, México, 1991, Ed. Planeta, 150 p.
- OLIVARRIA y FERRARI Enrique, México a través de los siglos, México, Ed. Publicaciones Herrerías S.A. T. IV.
- ORTEGA Y MEDINA Juan, Estudios de tema mexicano, México, 1973, Ed. Secretaría de Educación Pública, Col. Setentas # 84, 191 p.
- POBLETT MIRANDA Martha, Cien viajeros en Veracruz, crónicas y relatos, México, 1992, Ed. Gobierno del Estado de Veracruz, 1a. Edición, T. I, II, III y IV.
- RANDALL R. W., Real del Monte: Una empresa minera británica en México, México, 1986, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1a. Reimpresión, 284 p.
- RODRIGUEZ O. Jaime E., La independencia de América española, México, 1996, Ed. Fondo de Cultura Económica, 308 p.
- SARTORIUS Carl Christian, México hacia 1850, México, 1990, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 328 p.
- SCHOLES Walter B., Política mexicana durante el régimen de Juárez 1855-1872, México, 1976, Ed. Fondo de Cultura Económica, 233 p.
- SIMS Harold D., La expulsión de los españoles en México 1821-1828, México, 1984, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1a. Reimpresión, 300 p.
- SORDO CEDEÑO Reynaldo, El congreso en la primera república centralista, México, 1993, Ed. El Colegio de México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 472 p.
- TOVAR Y TERESA Guillermo, La ciudad de los palacios: Crónicas de un patrimonio perdido, México, 1991, Ed. Obsidiana, 2a. Edición, T. I y II.
- VILLEGAS COSIO Daniel, Historia general de México, México, 1981, Ed. Colegio de México, 3a. Edición, T. I y 2.
- ZARATE Julio, México a través de los siglos, México, Ed. Publicaciones Herrerías S.A., T.III.

ZAVALA Lorenzo de, Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808 hasta 1830, México, 1981, Ed. Secretaría de la Reforma Agraria, 2 Vol.

ZAVALA Lorenzo de, Umbral de la independencia, México, 1949, Ed. Empresas editoriales, 262 p.